

LOS MISTERIOS

DE

LONDRES

LOS MISTERIOS

de

LONDRES.

Novela escrita en inglés,

por Sir Francis Trollope,

y trasladada al español de la versión francesa

por D. I. M. de A.

TOMO SESTO.

CAJAZ.

Imprenta, librería y litografía
DE LA REVISTA MEDICA,
plaza de la Constitución núm. 11,
1844.

LOS MISTERIOS

COMPLETOS.

Novela escrita en inglés.

por Mr. George Thompson.

y traducción de español de la señora Francisca

M. D. N. A.

TERCERA EDICIÓN.

COMPLETOS.

Importada, libraria y papelería
DE LA REVISTA MEDICA.

Se vende en la Librería de la Revista Médica.

1881.

CAPÍTULO PRIMERO.

La caverna.

 El movimiento de Bishop el asesino, había sido tan repentino, tan imposible de preveer, que Estephen no había podido ponerse á la defensiva. Además, para que tenía de defenderse? el asesino era de un vigor atlético, y Stephen se encontraba allí privado de todo socorro.

La sangre fría era la única arma que

podía vencer en aquel inopinado combate, y respecto á esta, Stephen estaba bien provisto.

—No soy un agente de policia, contestó con calma; hay otros mercaderes ademas de vos en Londres, Mr. Bishop, y vuestros modales no son muy apropiados para atraer los parroquianos.

Bishop medio lo soltó.

Un agente de policia hubiera temblado bajo mi garra, murmuró, pero al fin yo no conozco á este muchacho.....Y sin embargo no quisiera echar á perder mi comercio.....No sois miedoso mi joven señor, añadió muy alto: me gustan las personas así.....Pero por que diablos venis á hablarme de súbditos y de simplezas del mismo género.....Soy un honrado vendedor de cerveza de gin, de nluskey, de escuba, de todo cuanto se puede beber.....Pero súbditos, que diantre! no comprendo nada de esto! Os lo pregunto de nuevo ¿que quereis?

Stephen, que tenia ya la libertad de sus movimientos, sacó su cartera y entregó su despacho al asesino.

—Ah! ah, exclamó este, sois muy aturrido para un hombre de la facultad, mi joven caballero. Mal haya si no habeis arriesgado vuestros huesos..., Concluis por donde hubierais debido empezar.... Ah! ah!..... muerto, Turco, hijo del diablo..... No se viene de

ese modo á mi oficio, de punta en blanco, como si vendiese guantes de Francia, ó azúcar candí para los niños..... Creo que me dispensareis, caballero, un agente de policia se parece mucho á un hombre, y debo estar seguro de quien viene..... ¿Quereis aceptar alguna cosa?..... un vaso de whisky, ó de cerveza..... un grog?.....

—Dispensadme, señor, contestó Stephen, no puedo aceptar nada.

Bishop frunció sus grandes cejas y se tendió cuan largo era en la otomana.

—Nada?..... ni aun siquiera un dedo de vino de Jerez, señor Mac-Nab? añadió con tono de mal humor. Pues bien! debo deciros que sois dueño de hacer como mejor os parezca, y no soy hombre que me formalice por una negativa..... pero no quisiera ver me guardabais ningun rencor.... Quizá sereis un buen marchante con el tiempo.... A fé mia que os habeis librado de una buena..... pues me ha sucedido mas de una vez, transformar un espia en un súbdito de cinco ó seis buenas guineas.

Al decir esto, Bishop, dió una carcajada, y el perro Turco, incitado por la alegría de su amo, lanzó rogizas luces de las pupilas de sus grandes ojos.

Bishop tomó un frasco de gin que estaba sobre una mesa junto á la otomana y se llenó un vaso. El azul pálido de la gine-

bra se enrojeció con los mil rayos de fuego que salían de todos los lados de la sala. Cuando el asesino se acercó el licor á los labios, se hubiera jurado que iba á beber sangre.

—A vuestra salud, señor Mac-Nab; tenéis la apariencia de un hombre regular.... Vamos..... ¿qué puedo hacer para complaceros?

Stephen, que no se conmovió al atle-tico apretón del cortador de carne humana, se sintió lleno de sudor al oír aquella pregunta, que sin embargo debía prever. El momento había llegado : iban á abrirle las puertas de aquel museo de la muerte, donde quizá Ana y Clary.....

Stephen vaciló, y se apoyó en el respaldo de un sillón.

—Oh! á fé mia, exclamó Bishop manteniéndose á su lado, creo que vamos á tener mal de corazón, mi jóven caballero!.... Esto es muy tierno, estoy pronto á jurarlo!..... Eh! pero, si estais ya mareado, que será cuando hayais entrado en mi gran salón de aparato!..... Ah! ah! reponeos, señor Mac-Nab, con gin ó sin él, como quisiereis, pero reponeos..... Qué diantrel habeis venido para algo, esto es seguro!.....

—He venido para elegir y para comprar, señor, dijo con esfuerzo Stephen, que conocía el peligro si permanecía mas tiempo callado.

—Muy bueno es eso , señor Mac-Nab.
¿Y qué género os hace falta?

—La esplicacion seria muy larga y tecnica , añadió Stephen , mejor quiero hacer por mi mismo la eleccion.

—Eso es hablar como un guapo muchacho..... ¿Cómo vá de ánimo?

Estoy pronto á seguiros.

Bishop guiñó el ojo con aire de despreciadora superioridad. La visible emocion del jóven cuya causa ignoraba, le daba lástima.

—Verdaderamente, señor Mac-Nab, añadió entre dientes, me recordais el tiempo en que yo sudaba á rios, cada vez que me era preciso pasar la noche en el cementerio.. pues es necesario ser criado antes de llegar á ser amo: bien sabeis esto vos que habeis estudiado el griego y el latin en mas libros de los que yo he visto en mi vida , á Dios gracias..... He manejado por mucho tiempo la piocha y la pala.... he necesitado un vaso de *ruine-blenc* (1), ya veis, cada vez que pienso en esto.....es un oficio pesado á fé mia, y, en las noches de otoño se ven cosas estrañas en los cementerios.... Pero no hablemos de eso. Tambien tengo mis trabajadores ahora, y maí haya si yo he tocado á una tumba hace ya dos años... Las noches se han hecho para beber y dormir; bebo ó duermo. El dean de san Pablo no puede decir mas.

(1) Bloue ruin, nombre popular del gin.

Bishop se levantó y amarró un cordon grueso de seda al cuello de Turco sugetándolo solidamente á un anillo que estaba de firme en el artesonado.

—Esta es una medida de precaucion, señor Mac-Nab, murmuró. Ese diablo de Turco, cuando se le deja en libertad, os deteriora un subdito ante que se tenga tiempo para decirle, alto!..... Devora en un instante un brazo, ya veis.....

Stephen hizo un gesto de disgusto.

—Bien! bien! caballero! murmuró Bishop, se que teneis el corazon sensible..... Pero al fin, un perro no es un hombre, y Turco no tiene en esto mas malicia de la que teneis vos cuando comeis una costilla.

—Os suplico que nos despachemos, señor, dijo Stephen.

—Hagase vuestra voluntad, mi jóven señor.

Bishop, ese dogo salvage revestido con cuerpo de hombre, del que seguramente deben acordarse los parroquianos al tribunal de sesiones, Bishop era la personificacion mas completa y posible de la brutalidad. No era mas picaro que otro, nos ha dicho muchas veces el viejo Noll Brye, carcelero de Newgate, á quien se le encargó especialmente la custodia del terrible asesino antes de su condenacion, pero tenia un no sé qué que causaba espanto. Asi, Mr. Bishop, (Noll-Brye no

habla nunca de sus clientes sino con las formulas de la mas esquisita cortesía), Mr. Bishop echaba abajo una puerta de una patada cuando le hubiera bastado destorcer una llave para conseguir el mismo resultado. En lugar de trinchar un ave, con gusto y modo, como hace un caballero, la despedazaba con sus manos y dientes: en vez de destapar una botella, le rompía el gollete.....

Muchas cosas hay en la cabeza del viejo Noll-Brye, y podemos asegurar que sabe mas respecto á ciertos individuos, que todos los miembros reunidos de la sociedad frenologica.

Es verdad que estos últimos no saben nada.

Esta vez, Bishop no derribó la puerta, pero cogió con violencia un boton de cristal colocado en los terciopelos del artesonado, y, con su esfuerzo uno de los tableros se corrió por una muesca, dejando descubierto un agujero negro, de donde salía una bocanada de aire húmedo.

—Tomaos el trabajo de entrar! dijo con un estrepito de grosera alegría.

Stephen no podía ya dudar. Su inquietud pasando por todas las fases del temor y del deseo, tocaba ya en la fiebre; perose avalanzó resueltamente hácia el agujero.

Esperad un instante, exclamó Bishop empujándolo con bastante rudeza; dispensad

mis modales, mi jóven señor, pero mas vale, segun creo, apartar á un hombre que dejarlo se rompa la cabeza.... Cuando os he dicho que entreis, era un modo de hablar... Era necesario decir bajar, pues no hay mas que un agujero de veinte pies de profundidad, y una escala.... Permitidme que pase primero,

Bishop se sostuvo en el artesonado, y colocó de espaldas sus pies en la escala, Stephen lo siguió.

—No tengais miedo, murmuraba Bishop bajando..... La escala es buena y volvereis á subirla.... Todos los que la han bajado no pueden decir otro tanto M. Mac-Nab..... Esta es la escala de la ciencia, pardiez!.... No conserva mas que el doctor polvo de las botas del Real Colegio,.... Ah! ah! mi jóven caballero, habeis venido en buen dia. Esta noche han hecho la ronda en los cementerios de el este y de Southwarck.... La esibicion ha sido completa.

Stephen acabó de bajar.

—¿No teneis mas que estos cadáveres exhumados? preguntó.

—Vaya! vaya! dijo Bishop con una horrorosa coqueteria de tendero, no digo si, ni no, señor Mac-Nab..... Vais á verlo! vais á verlo!.... la cosa merece la pena.... Y sin embargo, quiero confesaros ahora mismo que me dan mas mérito del que tengo.... Es co-

mo para las gentes de talento, caballero; se les achacan todas las buenas palabras que se dicen veinte leguas á la redonda.... Un gato no puede ser asesinado de noche en las calles de Lóndres sin que me atribuyan este honor..... Ha sido Bishop, dicen, Bishop el asesino... Os aseguro que mi Grey, ni Melbourne, ni Holland, el sobrino de Fox, ni Stanley, ni Peel, ni Fraham, el tonto conformista, ni Althorp, ni John Russel, guapo chico, si los hay! ni aun el viejo Wellington, son tan conocidos como yo.... Esto es un hecho, señor Mac-Nab.... Y no veo que diferencia pueda haber entre la nombradía de un hombre y el de otro..... Ah! ah! cuesta mucho adquirirse reputacion, caballero; ya lo notareis esto en vuestra carrera; pero cuando se adquiere, ya no hay nada mas que hacer y todo sale á las mil maravillas.... Bishop por aqui, Bishop por alli..... Ah! ah! Bishop.... Solo Croquemitaine da valor á ese nombre!

El asesino se reia todo cuanto podia, y hacia estremecer la escala bajo las convulsiones de su siniestra alegría.

—Y bien, M. Mac-Nab, añadió con mas seriedad, todas estas son tonterias. Se mata cuando hay necesidad de matar, seguramente.... á no ser por esto, en conciencia seria uno un pobre vendedor..... pero no se asesina como creen los cokneys, desde la mañana hasta la noche en las calles. Diantre.

caballero! si se tratase de obrar asi, la policia se veria al fin precisada á dar muestras de vida.... su silencio cuesta sin esto bien caro, caballero , y se lleva la mitad de mis utilidades.... No digo mas, que la pura verdad! Ah! ah! no creais que se calle como me dice ese desapiadado badulaque de comisario adjunto de Lambert-Street, M. Robert Plaind esg. «en el combinado interés de la ciencia y de la humanidad?» A fé mia que al fin esto es posible, y yo me burlo de ello.... pero no debemos ir mas lejos, sin embargo, en el combinado interés de nuestras espaldas y nuestros cuellos.... eh! eh! la broma no me parece demasiado mala.... Y ademas, M. Mac-Nab; los cuerpos asesinados son doblemente apreciados.... Aqui para entre nosotros, no nos dedicamos mucho á este artículo sino con la certeza de buena colocacion y con una espresa orden.... Ya llegamos abajo, caballero.

Stephen sufria horrorosamente; su sangre pasaba por las alternativas de frio glacial y de abrasadora calor. A cada momento se abria su boca para decir á M. Bishop que se apresurase, y no hablaba por que un irresistible terror paralizaba su lengua.

Mr. Bishop abrió una puerta. La ávida mirada del jóven médico vió de pronto una gran sala abovedada , de forma oblonga , é iluminada con lámparas ; al rededor de a-

quella pieza, que era una cueva y se hallaba precisamente en el sitio que ocupan las cortinas y despensas en las casas comunes, se veian mesas de mármol inclinadas.

Las encaladas paredes, destacaban mas descolorida la pálida luz de las lámparas sobre las formas humanas, tiesas, inmóviles, tendidas, y resaltando con una estraña energia sobre el mármol negro de las mesas.

En el centro de la sala, una gran cazoleta donde se quemaban inciensos, dejaba pasar sus débiles columnas de vapor por entre mil agujeros de su tapadera de plata.

El contraste de aquella pálida claridad esparciendo por todas partes sus blanquecinos destellos con la enrojecida luz del gabinete de Bishop, era tan grande, que se hubiera podido creer estaba hecho de intento. Parecia que al pasar el dintel de aquella cueva mortuoria, un velo sepulcral se interponia de pronto entre la vista y los objetos. Acostumbrada aquella al rojizo brillo de los resplandores del piso superior, conservaba en su pupila como una percepcion del color encarnado, que, mezclándose á las descoloridas tintas de la cueva, daban un colorido violeta á los blancos contornos de aquellos cadaveres simetricamente adornados sobre sus sombrías camas.

Causaba horror ver aquella muerte presentada en toda su desnudez, y adornada de seducciones comerciales.

Una ciencia sacrílega habia pasado sobre aquellos helados miembros, robando el santo polvo de las tumbas. Habian estirado aquellos músculos tiesos, peinado sus cabellos enmarañados, entreabierto aquellos labios de donde habia salido para siempre el supremo aliento.

Aquella joven, arrancada á la tierra de bendicion, habia tomado una posicion lasciva sobre su lecho de piedra. Habian despedazado su último velo, y sin formas de vírgenes se prostituian á la vista, privadas de la noche tutelar y casta en que la creia dormida su madre.

Aquel anciano manifestaba en toda su fealdad, la horrorosa destruccion de los años. No habian dejado á aquella ruina humana ni un pedazo de lienzo para velar su horror.

Lo menos habian diez mesas, y ninguna estaba vacia.

Apenas se abrió la puerta de la cueva, cuando la palabra espiró en los labios de Bishop. No era ya el mismo hombre; bien fuese por efecto del cambio repentino de claridad, ó porque realmente estuviese conmovido, apesar de la horrorosa ligereza de su reciente discurso, sus facciones parecieron cubrirse instantáneamente de una palidez mortal.

Cogió el brazo de Stephen, y su mano estaba fria.

—Todo está blanco aquí, y allá arriba todo rogizo..... Es para olvidar... Cuando no veo encarnado á mi alrededor, señor Mac-Nab, todos los hombres me parecen cadáveres.

Procuró sonreirse, y continuó murmurando una blasfemia.

—He olvidado la botella de gin, ya veis que no valgo nada sin gin entre ese rebaño de pícaros muertos..... Esto causa compasion, pero es asi.... Pasemos pronto y elegid.

Stephen no esperó que se lo repitiera. Entró y dió precipitadamente la vuelta á la cueva antes que Bishop hubiese llegado á la mitad del camino.

En seguida se dejó caer jadeante de rodillas.

—Gracias! gracias! murmuró.

A Dios era á quien se dirigia.

—Y bien! señor Mac-Nab, exclamó de lejos Bishop, cuya voz parecia singularmente turbada; no me esperais!.... mirad!..... ese viejo miserable con barba blanca se ha movido, os lo aseguro!.... aun se mueve, mirad!.... Os aseguro que al fin es un oficio del diablo, señor Mac-Nab!

Stephen no se cuidaba de responder; estaba entregado á la felicidad que la causaba el no haber visto alli lo que tanto temia encontrar.

Bishop se reunió á él, teniendo cuidado de no mirar ni á derecha ni á izquierda. Su paso era mal seguro, y cuando llegó al dintel de la puerta, empujó á Stephen sin cumplimiento, y se apresuró á cerrarla.

Así que hizo esto, un estrepitoso suspiró salió de su pecho.

—Ah! ah! M. Mac-Nab, exclamó sin conservar ninguna señal de su turbacion, los pícaros han querido hacerme una mueca, me pertenecen y los venderé!..... Subid, caballero, subid!.... Una pared de seis pies de espesor separa todo este hato de la calle, y seria necesairo un milagro para que me los robasen..... Tengo mis pequeños recursos, bien lo veis, y no os los he manifestado todos.... Un espia podria bajar mi escala y no veria alli mas que fuego.... Os digo la verdad, caballero!.... Me ha costado mas de mil libras el preparar esto, però está perfectamente hecho, y apretando solamente un boton.... Creo que me escuchais?.... Las tablas se separan y dejan ver..... Pardiez! adivinais qué M. Mac-Nab?.... ¿no quereis acertarlo?..... ó quizá no podeis?..... Pues bien, dejan ver magníficos toneles de cerveza.... Toneles que tienen pagado el derecho, y sobre los que no tienen nada que decir..... Subid, subid; tengo sed.

Bishop respiró y añadió:

—Señor Mac-Nab, por último, que os

parece esto?..... No me contestais ni una palabra. Ah! ah! ah! ¿habeis tenido miedo? vaya, sed franco.

—No, señor, contestó Stephen.

—Ni yo tampoco, pardiez! Pero habia olvidado mi botella de gin.

Al entrar en el salon rojo, Bishop se apresuró á reparar su olvido, y bebió á tragos dos grandes vasos.

—Es la esacta verdad, M. Mac-Nab, dijo en seguida, no cambiaria mi oficio por el del papa..... Vamos!..... ¿habeis hecho vuestra eleccion?.....

Stephen contestó con brevedad que nada de lo que habia visto podia servirle para sus estudios del momento.

—Oh! oh! dijo Bishop sin demasiado mal humor: tanto peor, caballero, tanto peor!.. ¿Creo que habreis quedado contento de mi *ecsibicion*?

Stephen hizo un signo afirmativo.

—Basta con esto, M. Mac-Nab. Otra vez nos arreglaremos, pues creo que puedo contar con vuestro ejercicio..... Además, bien veis, añadió con maliciosa sonrisa, mi parecer es que solamente habeis venido por pura curiosidad..... No se vé esto así corriendo y de una ojeada, y si entre diez presas no se encuentra una que pueda convenir... pero no importa!..... estoy muy contento por haberos conocido. M. Mac-Nab.

Stephen lo saludò, y se dirigió hácia la puerta: M. Bishop lo acompañó hasta el mismo escalon, y así que llegaron á él, añadió con una singular mezcla de embarazo y descaro.

—Se me ocurre la idea, mi joven caballero, que me habeis creído un tonto al observar mi conducta allá abajo..... Lo cierto es que yo no estoy á mi gusto sin mi botella de gin..... pero cuando lo tengo, bien lo veis, me burlo de todos esos pálidos picaros como del gran Mogol..... Hasta la vista, M. Mac-Nab.

Stephen era médico, y los trabajos del anfiteatro debilitan cierta parte del corazón. Cometeríamos una inverosimilitud si dejemos que la vista de aquella tienda mortuoria habia causado en él una impresion comparable á la que hubiera experimentado en su lugar un hombre de mundo dotado de la mas ordinaria sensibilidad. Sin embargo, al salir de casa de Mr. Bishop, respiró con alegría el aire libre de la calle.

Pero no era la idea de la muerte la que lo oprimia, sino la del crimen.

Por un momento se entregó enteramente á la consoladora idea de que las dos hermanas no habian caído en poder de un asesino; pero muy pronto moderó la reflexion su alegría. Bishop no era el solo proveedor de los cirujanos de Lóndres; y los o-

tros menos ricos, ó menos audaces, rodeaban su vergonzoso comercio de un misterio impenetrable.

Stephen no tenía ningún medio de adquirir respecto á esto una completa certeza.

Cuando volvió á la casa de Cornhill, Bess le dijo que un hombre desconocido lo esperaba en la sala de recibo, y que hablaba de las dos jóvenes robadas.....

Betty no pudo decir mas. Stephen la separó bruscamente para entrar en la sala.





CAPITULO SEGUNDO.



La muestra de Shakspeare.

STEPHEN habia olvidado enteramente á Donnor d' Ardagh el pobre irlandés, y la estraña compra que este le habia propuesto á la puerta de Bishop el asesino.

Si cuando oyó decir á Betty que un hombre le esperaba en la sala de recibo y que hablaba de las dos hermanas se hubiese acordado de Donnor d' Ardagh, se hubiera

separado mas de cien leguas del pobre irlandés.

Al entrar, mas bien conoció á Donnor por su desgarrado vestido, que por su semblante, pues el pobre se habia dormido esperándole, y apoyando su cabeza en sus manos la ocultaba con sus desgreñados cabellos.

Stephen, que entraba con todo el ardor de inquieta curiosidad, se detuvo admirado.

—¿Vos solamente estais aqui? preguntó.

Donnor no pudo comprender el sentido de estas palabras, pero se despertó sobresaltado y puso la mano sobre su estómago.

—Oh! murmuró, estaba soñando que comia pan..... Esto me hace mucho bien aunque sea en sueños, pues ya no tengo hambre.

Asi que vió á Stephen se estremeció todo su cuerpo.

—No he soñado, continuó, si no que he comido..... el precio de mi sangre. Ya estoy aqui, vuestro honor, dijo con resignada tristeza. He ido á Saint Gilles; mi hija ya tiene vestidos y yo he comprado pan..... Tal vez haya hecho mal en esto, continuó, porque el pan es bueno y aumenta las ganas de vivir..... Pero es igual, ya me teneis aqui.

Donnor se habia levantado, y permanecia de pié con los brazos cruzados en pre-

sencia de Stephen, quien lleno de cansancio acababa de sentarse en un sillón.

—Muy bien, murmuró Stephen distraído; procuraré ocuparos.

—Escuchad, vuestro honor, dijo Donnor con resolución; no tardeis!..... Ahora que no padezco deseo vivir..... y además solo tengo cuarenta años..... Concluyamos. En el bolsillo tengo una cuerda, y no se necesita más que un clavo donde colgarla.

Stephen lo miró admirado.

—Dadme los veinte y cinco shellings que aun me debeis, añadió, y enseñadme el camino de vuestro laboratorio.... Esta tarde quedará todo arreglado.....

Stephen recordó entonces lo que habia pasado.

—Yo necesito personas vivas, Donnor dijo Stephen con involuntaria sonrisa, y procuraré haceros olvidar el placer que manifestais en ahorearos..... Pero desde que llegasteis ¿habeis estado solo aquí?

—Vuestro honor! Vuestro honor! exclamó D' Ardagh en lugar de responder; decidme eso mas claro y con mas estension..... Soy un pobre hombre..... y seria una crueldad persuadirme..... No quereis ya mi cuerpo en cambio de vuestro dinero?

—No, amigo mio, contestó Stephen con dulzura.

—Oh! dijo Donnor sorprendido.

Y en seguida continuó con suma alegría.

—Debi haberlo sospechado.....pues ya me lo indicásteis en Worshit-Street, Vuestro honor.,....pero no queria comprenderos por que he esperado ya muchas veces.....y es tan malo esperar inútilmente.....Pero oh! vuestro honor,cuando he visto que viviais en ésta casa en donde muchas veces me han dado limosna las dos señoritas.....

—¿Y sois vos quien ha hablado de ellas?
lo interrumpió Stephen.

—Si, yo he sido, vuestro honor.

—¿Y las conoceriais?

—Aunque fuese entre mil; por mi salvacion.....He hablado de ellas, porque en Worship Street me dijisteis que andábais buscando dos jóvenes robadas.....y he sospechado.....

—A ellas son á las que busco, Donnor.

—A ellas! repitió el Irlandés juntando sus manos y poniéndoselas en la cabeza..... á ellas!... á esos dos ángeles!.....¿Y vuestro honor las ha encontrado?

Stephen movió la cabeza con tristura.

—Oh! yo las encontraré exclamó Donnor cogiendo á Mac-Nab del brazo; yo las encontraré aun cuando se hallasen entre las garras de ese demonio de mil cabezas, *la Familia*.....Conozco muy bien esto , Vuestro honor..... Mis hijos Snail y Loo, han caido en el lazo , y forman parte de ese terrible

ejército que sitia vergonzosamente á Londres por las noches.....Siempre he rehusado el dinero que me querian dar aun cuando me moria de hambre; porque el hijo de mi padre se mantenia puro, vuestro honor, á Dios gracias!...pero por vos que os habeis compadecido de mi..... por esos dos pobres ángeles que tantas veces han socorrido mi indigencia.....Oh! yo no se lo que haria.

—Gracias, Donnor, gracias le dijo Stephen, ¿pero que es lo que esperais hacer?

—Mi hija Loo, tiene buen corazon, contestó el Irlandés, y el muchacho Snail es muy listo... Vuestro honor si la familia tiene alguna parte en el robo de las dos señoritas, yo lo sabré..... tambien sabré donde están.....y entonces vendré á deciroslo para que me deis vuestras órdenes y poderos ayudar en cuanto de mi dependa.

Stephen le apretó la mano, y Donnor, cuyo semblante estaba impasible por la miseria, se animó con el entusiasta fuego de la pasion, y dijo con ese acento de reconocimiento que nunca ha podido imitar la mas sagáz hipocresia.

—Me habeis dado, vuestro honor, un vestido para la pobrecita niña que estaba encuerecitos en Church-Street; me habeis prometido una cruz para la pobre Nell; y en cambio de esto os he ofrecido mi cuer-

po..... Daré mi vida , vuestro honor , si es necesario, por vos y por las señoritas , por que solamente vosotros tres son los que se han compadecido en todo Lóndres del pobre irlandés.....

No dejará de tener muchos deseos el lector de saber lo que pensaron mistress Footes, mistress Crubb, y mistress Bull, del vestido negro y andrajoso, y de los desgñados cabellos del pobre Donnor d' Ardagh, pues no olvidarán que estaban de observacion en la ventana de mistress Bloomberry con mistress Brown, y mistress Crosscairn para sorprender alguna señal de desolacion en casa de Mac-Nab ; pero como en cierto modo nos han criticado el importante papel que hacen en nuestra historia estas virtuosas señoras, nos limitaremos solamente á manifestar la opinion de mistress Black y mistress Dodd que nada pensaron.

Donnor bajó con toda la ligereza que le permitian sus piernas la calle de Cornhill, dirigiéndose á san Pablo. Estaba sumamente estenuado, y sus debilitadas piernas á causa de una continua abstinencia, se tambaleaban bajo el peso de su transido cuerpo, de suerte que un puñetazo de Tom Turnbull ó de Michlo hubieran destrozado como si fuese un cristal; pero su fisionomia habia perdido aquella profunda inmovilidad. Sus espresivos y cariñosos ojos estaban llenos de fuego y a-

nimacion: el cansancio producido por una rápida caminata, imprimió un color sonrosado en los prominentes juanetes de sus flacas mejillas, y el conjunto de su semblante anunciaba el ardor de una resolución superior á sus fuerzas.

Llevaba la frente erguida, la vista fija, é iba corriendo y hablándose solo, según la costumbre de los que viven en la soledad, y que no tienen á quien confiar sus pensamientos.

—Oh! este buen caballero! iba diciendo con la elocuente verbosidad de las personas de su país..... Oh! que hermoso corazón tiene..... y esos pobres angelitos!..... Ah! Dios Todopoderoso, la Virgen Santísima, y mi santo patrono, protejan á los tres!.... Es posible que la desgracia haya caído precisamente sobre esta pobre casa, la única en Londres en que he hallado buenas almas que se compadezcan de mí..... Ah! Donnor, Donnor! es necesario que trabajes, que inquieras, y si es preciso morir en la empresa... ¿Y lo harás, Donnor?..... Si, si, lo haré así.

Se detuvo sin aliento al fin de Fleet-Street, delante de Temple-Bar.

—¿Y dónde hallaré yo ahora á ese pícaro de Snail? Dios sabe donde vivirá, si acaso vive en alguna parte..... Veamos; él concurre á la taberna de la muger Peg, en Before-Lane..... pero vá por la noche á la ho-

ra del espectáculo..... Tambien concurre al Temple.... pero ignoro la contrasena, y no me dejarán entrar..... y ademas que Snail mejor quiere beber y divertirse que dormir en una cueva..... Ah! tambien vá él á Spirit-Shop de Shakspeare! que está á dos pasos de aqui.... y mis pobres piernas tienen tambien necesidad de descanso.

Donnor continuó su carrera, tomó por la izquierda de la iglesia de san Clemente, y dió la vuelta á Wych-Street donde se hallaba el Spirit-Shop de Shakspeare, conocido en todo Lóndres por el punto de reunion de los ladrones de todas clases.

Todavia se veia en esa época sobre la fachada pintada de varios colores, la famosa muestra alegórica de un pescado y un pájaro dentro de un globo de cristal.

Mucho trabajo nos cuesta creer que los parroquianos de *Shakspeare* necesitasen de esta advertencia simbólica para que temiesen á Newgate, ó á la deportacion.

Este célebre *rookery* (1) era entonces lo que es hoy dia un café de buen aspecto situado en el centro de Wgch-Street á una

(1) Ya hemos dado una explicacion de este término que literalmente significa, sitio donde abundan las cornejas. La palabra rook ha pasado de la gerigonza al lenguaje comun y se usa por lo regular para significar, ratero, ladronzuelo, y asi rookery significa guarida de ladrones.

distancia de trescientos pasos de la iglesia de san Clemente: sus parroquianos son siempre ó empleados en la policia, ó ladrones, con esclusión de toda otra clase de ciudadanos.

Estas dos clases de personas que los tontos creen son enemigos mortales, viven en la mejor inteligencia, y se guardan mutuamente las consideraciones que ecsige un aprecio reciproco.

Alguna que otra vez uno de la policia que está de mal humor, echa mano sin cuidado á un ladron: no se inquieta por eso la concurrencia porque no lo considera fuera de órden, y estos pequeños azares pueden sucederle á cualquiera.

He aqui la verdadera descripcion de las personas que frecuentan el café de Skakspeare.

Muchas lágrimas derramaria la policia de Lòndres si por una increíble fatalidad llegara á destruirse este rookery modelo, porque seguramente le sirve de depósito, y no tiene mas que meter el garfio en él, para sacar de vez en cuando un plato preparado para el tribunal de sesiones. En todos los paises trata la policia de dar pruebas de su celo, sin renunciar á las dulzuras del *far niente* habitual. Donnor entró bruscamente hasta el mostrador, y pasó con celeridad por delante del obeso dueño del café, este estuvo tentado de impedirle el paso, pero como los la-

drones de Lóndres usan muchas veces de estrafios y singulares disfraces, nuestro hombre se contuvo temiendo disgustar á algun célebre bandido cubierto con aquellos miserables harapos.

Serian como las cuatro de la tarde: la sala del *rookery* estaba casi vacia, escepto dos ó tres habiteciones que se hallaban ocupadas: en una de estas se hallaba maese Snail, vestido con el famoso traje de caballero que compró dos dias antes en Harte-Street, de órden del buen capitan Paddy O'Chrane, jugando muy formalmente al Whist con Tom Turnbull y otras dos personas mas de la familia.

Tom Turnbull tenia amarrado un pañuelo en la frente, pero no conservaba ninguna otra señal del horroroso combate que sostuvo en *the Pipe and Pot*. El gordo Mich fué menos afortunado ó mas sensible, pues se hallaba en manos de un cirujano.

En otra habitacion, frente á un espejo colgado de la pared, estaba la muchacha Loo peinándose para el paseo de la tarde, arreglándose los rizos de sus largos cabellos rubios y tiñéndose de colorado sus macilentas mejillas.

La luz del dia iluminaba sus pálidas facciones, presentaba mas visibles y horrorosos los estragos que habia causado el vicio de aquella miserable víctima de una precoz disolucion. Apesar del colorete resaltaba la

cardena palidéz de aquella desventurada , y ningun aceite podia encubrir el azulado, profundo, y vasto círculo que habia causado en sus ojos la embriaguéz , el insomnio, y los padecimientos.

Con el esfuerzo que hacia cada vez que levantaba los brazos á la cabeza para componer sus rizos, salia de su oprimido pecho un estertor quejumbroso y ronco. Tenia entonces que detenerse y beber gin.

Asi que acababa de beber parecia que un soplo de vida corria por sus estropeados miembros se sonreia al espejo, y entonaba con voz lánguida un retazo de una cancion obscena.

La desventurada presentaba un cuadro completo , vergonzoso y funesto de la mas prematura degradacion en que muere en su gérmen una parte de la juventud pobre de Lóndres. Cualquier corazon sensible hubiera experimentado un profundo dolor al ver á aquella impuber sacerdotisa de la venus inglesa, gastada por las noches de infamia, combatiendo laagonia con la embriaguéz, y cantando con indolencia en medio del despedazador sollozo de sus abrasados pulmones.

Pero á la compasion no debia añadirse el desprecio ó la cólera: muy cruel é insensato seria el que vituperase ciegamente á la victima, cuando debia guardar para el verdugo todo su desden, todo su enojo, y todo

su odio! El hombre que siente, dedica una lágrima á esas pobres que ha estragado la mano del vicio, y que está prócsima á llevársela á la tumba: el hombre que piensa, busca un remedio para esa lepra contagiosa y mortal, y el hombre fuerte se indigna contra ese pueblo corrompido hasta el corazon, contra esa gran capital prostituida con todos los vicios vergonzosos, cuya corrupcion colossal descubierta algun dia, espantará al mundo, y acabará por desplomarse abismada como Sodoma y Ninive, bajo el inmenso peso de su ignominia.

Empero habia en Lóndres en este tiempo un hombre que sentia, que pensaba, y que era fuerte, este hombre tenia un golpe de vista perspicáz y esacto; conoció el exceso del mal, y para combatirlo levantó su poderoso brazo, capáz de trastornar un imperio. Pero sin duda quiere Dios un corazon puro en los ministros de sus venganzas, y este hombre hizo á veces del crimen un arma para luchar, y un médio para engrandecerse y subir á la altura de su gigantesco enemigo.....

Mientras que la tierna Loo se componia los oropeles marchitos que servian para su peinado de la noche cantando y bebiendo, Snail, á quien inspiraba un orgullo natural su traje de caballero, continuaba su partida de whist con sus tres camaradas.

—Tres y el contingente? dijo barajando las cartas, ganancia triple, camarada Tom..... quien diria al verme jugar así con vosotros que habeis matado á mi cuñado Mich?.....

—Pobre Mich! dijo Loo á lo lejos. Ya hace tres dias que no me pega.

—Mira, hermana Loo, bebe y canta, y no impidas jugar tranquilamente á los hombres.

El juego continuó, y por mas trampas que hacian á Snail siempre ganaba este.

—Cantidades iguales! apuntad tres puntos solamente Tom, dijo..... Ah! mi linda Madge me ha contado esta noche un suceso en-diablado.... Dios me confunda si entiendo una palabra..... Me ha dicho que los millores de la noche, han comprado á Saunders el elefante, el circo d' Astley, para abrir una mina debajo del palacio real.

—No es debajo del palacio del rey, añadió Charlie el gordo *waterman*, sino debajo de los almacenes de la Torre donde están las joyas de la corona.

—Famosa idea! exclamó Snail; pero mucho tendrá que cavar el elefante, porque el almacen está en medio de la torre, y esta es muy ancha.

—Bah! dijo Tom Turnbull..... esas son tonterias..... atended á vuestras cartas!

—Bien se puede hablar y jugar, camarada Tom Turnbull añadió Snail con impa-

ciencia..... mirad si los caballeros de los clubs hacen un robo entero sin hablar como quieren..... escuchad , mi muger Madge refiere cosas muy curiosas acerca de esto: desearia que estuviese aqui, pero se embarcó hoy por la mañana para llevar verduras frescas y carne al brik el Kean que ancló ayer en Greenwich..... Dice que Saunders trabaja solo tanto como doce hombres..... y está bien gordo, muchachos!

—Doce hombres como tú, limaza charlatan! gruñó Tom.

—Como yo, ó como tú, Turnbull..... no hay mucha diferencia..... ambos somos valientes! Por lo que respecta á ese Saunders pardiez! daria media guinea por verlo trabajar..... Os acordais? El año pasado levantaba un caballo en el circo d' Astley!

—Levantaba lo que queria, hijo del diablo!..... Sirve á espadas.

—Sirvo á espadas, Tom..... y envido á bastos , camarada..... Paddy el capitan es la trompa del elefante..... y yo le diré que me deje ver eso.

—Lo cierto es que debe ser cosa muy graciosa, dijo Charlie; pero si se toman las joyas de la corona, ¿qué nos tocará? algunos shellings.... Ah! si su honor no hubiera venido, Turnbull, tendríamos ahora los billetes de M. Smith.....

—Vaya un muñeco, dijo Tom.

—Qué fun! añadió Snail.

Leo tosió en su habitacion, y arrojó un estupo de sangre.

—Ya no tengo gin, murmuró.

En seguida añadió apretándose con las dos manos su agitado pecho.

—El fuego vuelve!..... el fuego!.... fuego es lo que tengo aqui dentro!

Entonces fué cuando entró por la puerta Donnor d' Ardagh.

—Muchachos, muchachos! exclamó Snail sin turbarse; mirad á mi padre!..... Me parece que debiais quitaros los sombreros,.... Hermana Loo, te suplico que le hagas una reverencia.





CAPITULO TERCERO.



Donnor.

A el aspecto de Donnor d' Ardagh y de su vestido negro hecho pedazos, el primer movimiento de los bandidos reunidos en la sala comun del *rookery* fué el de la risa, pero el honrado semblante del pobre irlandés tenia un no sé qué que inspiraba interés, lo cual, unido á las palabras de Snail, hizo callar las risas de su estrepitosa alegría.

—Ah! este es tu padre, dijo Tom llegando al sombrero: diantre!.....

El gordo Charlie y el otro jugador hicieron un movimiento amigable con la cabeza.

—Si, es mi padre, exclamó Snail, mi honrado padre que viene á beber con nosotros, pardiez!

Donnor habia continuado adelantándose con paso precipitado, mientras duró su impulso; pero su carrera lo habia agotado: se dejó caer sobre un banco y procuró secar con sus manos el sudor de su frente.

—¿Quereis beber, *daddy* (papá)? preguntó Snail, os presento á estos tres caballeros que son mis amigos y camaradas.

Los tres *caballeros* hicieron tres saludos tal para cual.

—Si mi muger Madge no estuviese en el rio trabajando pardiez! continuó Snail levantando su cuello con grotesca gravedad, os la presentaria, *daddy*.

Donnor no contestaba, y miraba á su hijo con muda admiracion. El tuno de Snail habia estado desde el principio de aquella escena, ccsento de la indecorosa burla. El picaruelo habia llegado al punto de decir todas esas simplezas con la mejor fé del mundo.

—No tengo sed, dijo al fin el irlandés con esfuerzo; teneis hermosos vestidos, Snail,

—Si, daddy..... no estoy disgustado con mi sastre..... Creo que mi vestido es como el de todas las personas que valen algo.

—Pobre Nell! murmuró Donnor.

Snail no lo oyó, y si lo hubiese oído, no hubiera comprendido cuan amargo dolor encerraba el recuerdo evocado de una casta esposa en presencia de la depravacion de un hijo.

—Daddy, añadió con ese tono amistoso que tomara un hijo honradamente enriquecido para con su padre que hubiera quedado pobre, no os cuidais! Estais delgado como un para-rayo, daddy..... ¿no es verdad Tom?..... Qué diantre! me hareis pasar por un mal hijo!

—Dejemos esto, hijo, dijo Donnor con una gravedad llena de tristeza; no he venido aqui para ocuparme de mi..... ¿dónde está vuestra hermana Loo?

—Loo!..... pardiez! creo, daddy, que teneis razon.... habia olvidado á Loo á que viniese á saludaros como es su deber..... Estará borracha, daddy, probablemente, mirad..... Esto es la cosa mas sencilla..... Es necesario que humedezca su pobre pecho.... ¿Pero dónde diantre está? añadió recorriendo la sala comun con la vista.

Loo habia desaparecido.

—Vaya! esto no está bien, añadió Snail con tono sentencioso; ya veis, Tom, amigo

mio, nunca hubiera yo creído esto de mi hermana Loo..... Qué diantre! es necesario saberse comportar..... Loo! hermana Loo!

—Basta; Snail, dijo el irlandés, os hablaré solo.

—No así, daddy, no así: es necesario que Loo tenga buenos modales..... Es la hermana de un caballero, y no debe obrar como una muchacha cualquiera..... Loo! hermana Loo!

Se oyó el ruido ahogado de una tos convulsiva que procuraban contener.

—Ah! bien lo sabía yo, exclamó Snail; se ha caído en algún rincón..... Si es así, daddy, bien conocéis que no hay nada que decirle..... cuando se está borracho.....

—Esa tos es horrorosa, murmuró Donnor que se había levantado.

—Es una tos mala, daddy..... Pero con que se la hace callar?..... Mirad! estoy viendo el rivete de su vestido.

Corrió hacia Loo, y tiró de su brazo, pues estaba oculta tras el tabique de un cuarto.

La pobre muchacha se resistía: el embrutecimiento de sus facultades intelectuales había impedido que el veneno del ejemplo obrase tan eficazmente en ella como en su hermano Snail; aun podía tener vergüenza de presentarse ante su padre á quien amaba.

Por eso era por lo que se había ocultado.

Snail la hizo salir á la fuerza de su escondite, y la empujó delante de Donnor diciendo:

—Vamos Loo, por los mismos diablos hermana mia, nada de niñerías! ven á saludar á daddy, Loo!

La jóven confusa, se cubrió con las manos sus humedecidos ojos.

—Padre..... oh! padre!..... murmuró llorando.

Donnor tenia despedazada el alma. Al ver aquel vestido característico, aquel oropel de infamia, al ver aquel aceite colocado sobre los juanetes de las macilentas mejillas, donde el gin y la consuncion habian impreso una estrecha señal rogiza; al ver aquel pecho ahuecado y levantado convulsivamente, no podia menos de llorar sangre su corazon. El dedo de la muerte estaba fijo sobre aquella muchacha adornada para la orgía. Jadeaba entre sus lágrimas, y su tos contenida hacia salir á sus descoloridos labios una saliva rogiza.

—Sin embargo de esto se parece á Nell en su juventud, murmuró Donnor. Pobre Nell! que bien ha hecho en morirse!

Loo permanecía delante de su padre, inmóvil y cubriéndose los ojos con sus dos manos. Donnor le dió un beso en la frente levantando su humedecida mirada hácia el cielo.

—Dios tenga misericordia de vos, hija mia, dijo.

—Oh! marmnró Loo, os amo, daddy y lloro cuando pienso en vos.... Pero necesito gin para apagar el fuego que siento aqui dentro.

Y apretó su pecho con sus dos manos.

—Fuego..... añadió, siempre fuego..... Si supieseis, daddy, que deseo tengo de morir.....

Donnor hizo un gesto de muda desesperacion.

—Diantre! dijo el gordo Charlie, esto comienza á fastidiarme.

—Ese hombre vestido de negro es un verdadero quita solaces, añadió Tom Turnbull, pero nada de escándalo, os digo. Tiene la apariencia de un hombre honrado.

—Verdaderamente, daddy, me haceis llorar como á un niño, exclamó durante esto Snail que se habia conmovido sin saber por qué..... Un caballero no debe llorar, que diantre, y ademas, he dado mi pañuelo de batista á Madge..... Vamos, daddy! vamos Loo! basta ya de esas geremiadas, ó que Dios me condene!..... y viva la alegria.

Snail terminó esta elocuente arenga por un formidable mahullido que hizo saltar á la vez á todas las personas presentes. Apesar de sus pretensiones al título de caballero, encantado del efecto producido, iba á

repetirlo cuando una mirada de su padre le cerró la boca.

—Mal haya si se puede reir con vos, daddy, murmuró.

—Tengo que hablaros, Snail, añadió con dulzura Donnor que recordaba el objeto de su visita.

—¿A mi, daddy?..... en particular creo? Algun secreto de familia que quiere confiarme el padre, añadió volviéndose hacia sus camaradas..... Soy el hijo mayor, ya veis..... el heredero presunto, á fé mia.

—Haced vuestro deber, señor Snail, dijo gravemente Tom Turnbull.

—Guardame mijuego, añadió aquel..... esperadme, volveré: daddy, estoy á vuestras órdenes.

Donnor llevó á sus hijos al cuarto mas retirado, y se sentó entre ellos.

Turnbull comenzó á barajar las cartas.

—Lo cierto es añadió con una especie de formalidad, que si yo fuera hombre honrado y al mismo tiempo padre de dos canallas semejantes, los aplastaria uno contra otro.

—Bah! murmuró Charlie, Loo no vivirá arriba de quince dias, y Snail no tardará mucho en que lo lleven á la horca..... Perderias tu trabajo, Turnbull.

Tres dias se habian pasado, y el pobre

Donnor d' Ardagh, en su entusiasta celo habia prometido con ligereza más de lo que podia cumplir. Snail no sabia nada, y no tenia ningun medio para saberlo, á pesar de su inteligencia que verdaderamente era muy precóz. Efectivamente, la gran *familia* no se cuidaba de confiar sus secretos á sus agentes subalternos. Snail habia jurado, á fè de hombre, que iba á complacer á su padre en el término de veinte y cuatro horas. Presuntuoso, vano, y no careciendo, ademas de cierta voluntad, quizá procuró hacerlo, pero no pudo conseguirlo.

Despues de estos tres dias, Stephen no tenia aun ningun indicio que pudiese ponerlo en la pista de las dos hermanas. Unicamente sabia que no habian caido bajo la cubilla de los asesinos de la resurreccion. Este era un consuelo negativo, un pretesto para esperar, una animacion para continuar sin descanso las diligencias y las pesquisas.

Donnor d' Ardagh se multiplicaba. Su ardiente celo le daba fuerzas, é iba durante el dia, informándose, escudriñando, y espiondo. Asi que llegaba la noche daba cuenta á Stephen de sus esfuerzos del dia, y como estos habian sido vanos, se acusaba amargamente de su impotencia.

Quizá no hay en el universo entero, dos pueblos tan esencialmente diferentes uno del otro como los ingleses é irlandeses. Los pri-

meros tienen cierta dignidad que raya en desden: son reservados hasta la frialdad, personales hasta ese egoismo que se abraza á su nombre en los dos mundos á manera de locucion proverbial, y los otros son desde luego fáciles, comunicativos, solícitos, serviciales, y siempre prontos á ponerse á la disposicion de otro.

Es verdad que estas cualidades amables van acompañadas, en los irlandeses, de una especie de loca enagenacion. Hablan de poner la mano en el fuego por un amigo de un dia, y os hacen despues de un cuarto de hora de haberos conocido, el brusco ofrecimiento de su bolsillo y su corazon.

Se puede tomar su corazon que es bueno, aunque voluble, atronado, y olvidadizo.

Pero desafiamos á cualquiera que sea que haga uso de su bolsa. No decimos esto con ánimo de ofenderles, pues, si tuviesen alguna, creemos sinceramente que la abririan con voluntad.

El inglés por el contrario, tiene siempre una bolsa, pero no la abre, á no ser para prodigar de pronto cualquier dia que le aguijonase el deseo, su renta de dos años con el estrepitoso fasto de una ostencion grosera y brutal. Si el Times publicase en sus dilatadas columnas los nombres de las personas caritativas, los ingleses se arruinarían haciendo limosnas.

Tambien tienen su fuerte por las asociaciones de beneficencia, en donde la limosna hace un estrepitoso ruido, y en donde cada cual tiene derecho de firmar su ofrenda.

No habrá muchos ingleses en el reino de los cielos.

El inglés es un comerciante leal; su palabra vale lo mismo que su firma, que es buena; y nunca se compromete con ligereza. Desgraciadamente el irlandés no sigue este método, si hace un negocio que seguramente es raro, obra con delicadeza, promete sin tino, y deja protestar sus letras.

Pero, fuera del comercio, el inglés es siempre un traficante: hasta los mismos llores son usureros. Por el contrario el irlandés, sabe ser hombre, y tiene todos los sentimientos generosos. Ama, y se consagra al servicio de alguno, y su reconocimiento cuando consigue atravesar la atmósfera del olvido y del atolondramiento en que nada su corazón infantil, sueña con todos los caracteres de la pasión.

Si la Inglaterra alcanzase al fin el objeto de sus deseos, y consiguiese dominar el mundo, el universo entero se moriría muy pronto de esplin. Si la Irlanda llegase á ser un pueblo y se pusiese al frente de las naciones, que alegres meetings se verían por todas partes! New-York echaría buenos tragos

con Berlin, Canton con Paris, y se bailaría la polka de noche y de día, en toda la superficie del globo.

Conocida es la inmensa iniquidad de la conducta de la Inglaterra respecto á la Irlanda. Esta cuenta se saldará algun día, y Jonh Bull que engorda del otro lado del canal de Saint-Georges sus mil rollizos beneficiados protestantes, verá algun día cercenada su ración. Daniel O' Connell, tiene ya bastante trabajo con impedir que muerdan los grandes dientes de la Irlanda, aguzados con un ayuno de dos siglos.

En el interin, una cosa que merece ser notada, es el odio mohino de los ingleses protestantes contra los irlandeses católicos. Podría decirse que los primeros presienten el próximo término de su odiosa y usuraria tiranía. Cuando el verdugo desciende hasta el odio, es por que teme mucho á su víctima.

Por lo que respecta al desprecio sistemático, blasonado hace tanto tiempo por la metropoli, los mismos sucesos se han encargado de hacerle justicia.

Donnor d' Ardagh era un verdadero irlandés, pero los defectos inherentes á su raza estaban mitigados en él por una especie de melancolia nativa. No estaba enteramente exento de ellos, y quizá habia manifestado mas de una vez en su vida la olvidadiza volubilidad del carácter nacional. Pero

en aquella circunstancia la mano de su bienhechor lo habia sacado de una angustia tan profunda... La vida era la que le habian dado como limosna, y despues su reconocimiento ardientemente escitado encontrándose frente á frente con una desgracia, no tuvo tiempo de respirarse. Donnor comenzó al punto su tarea. Estando débil, trabajó como un hombre fuerte. En cuanto puso mano á la obra, la continuó sin cansarse. Mientras mas se sirve, mas se desea servir, cuando se tiene un alma noble. La adhesion se multiplica por si misma en su carrera, y hay en el corazon del hombre una facultad sublime que lo impulsa á amar mas á medida que se aumenta el sacrificio.

El lazo habia quedado anudado para lo sucesivo, y Donnor pertenecia á Stephen mas completamente que si el jóven médico hubiera aceptado la fantastica compra propuesta delante de la puerta de la oficina de Mr. Bishop, en Worship-Street.

Desgraciadamente el poder del pobre irlandés estaba bien lejos de tener las mismas proporciones que su celo.

Stephen luchaba con su tranquila energia, y la sangre fria de su valor contra la desanimacion que se apoderaba de él. Afligida su madre por aquel horroroso golpe que habia herido de improviso, estaba en la cama, y Mac-Nab dividia el tiempo que le de-

dejaba la actividad de sus pesquisas, entre la cabecera de la anciana señora enferma, y la de Frank Perceval.

Este último estaba en la convalecencia, y el viejo Jak se deleitaba en reconocer diariamente alguna mejoría.

A lo menos esto, decía, desmentirá la divisa del gran escudo..... siu embargo que es una hermosa divisa..... *Mors ferro nostra mors*..... Pero poco agradable puesta en acción..... Hemos librado á Su Honor. Bendito sea Dios!

Desde aquella noche de vela que habia precedido á la fatal noticia, aquella noche en que el monólogo de Stephen, atormentado á la vez por sus celos y recuerdos, se habia hermanado de un modo tan extraordinario con el sueño de Perceval, el jóven médico no habia tenido tiempo de hablar á su amigo. Sus visitas habian sido hacia tres dias cortas apariciones, en las que se apresuraba á ejercer su oficio de médico, para marcharse al punto, y volver á comenzar su penosa tarea.

Sin embargo, no habia olvidado su designio de preguntar á Perceval. Separado de allí habia acrecido su deseo entre las funestas circunstancias por las que acababa de pasar, por que el robo de las dos hermanas se adheria para él por un lazo vago y que no sabia definir, al objeto de sus sombrías

meditaciones durante la noche de vela.

En el espacio de los tres días se había dicho muchas veces que el desconocido de Temple-Church no era extraño á el robo.

Esta idea carecia de toda razon, pues la conducta d' Edward durante aquella noche que habia sido como el prólogo de las desgracias del pobre Stephen, manifestaba claramente que no conocia á las dos hermanas. Y ademas, aun suponiendo que las conociese, por que el hermoso pensador habia de robar á las dos jóvenes? Los ladrones de su clase se contentan con una presa cada vez, y no tienen la prevision de formarse una reserva de queridas.

Pero por mas que Stephen se repetia todas estas cosas razonables, no las creia. Habia decidido aborrecer al magnífico desconocido de Temple-Church, y los escoceses son casi tan testarudos como los galos.

Al tercer dia, se despidió de su madre al anocheecer, y se dirigió hácia Dudley-House, resuelto á intentar descubrir lo que podia haber de comun entre el sueño de Perceval y su propia preocupacion.

La extraña semejanza que tenia el sueño y la vigilia podia ser solamente una casualidad: pero.....

Pero, en definitiva, todas estas cosas pueden explicarse con esa palabra casualidad, y seguramente todas esas cosas quedarán mal explicadas.

—Y bien! amigo mio, exclamó Perceval asi que Stephen entró en su habitacion, ¿qué noticias traeis?

—Ningunas; contestó tristemente Stephen.

—Desventurado Mac-Nab! cuanto desearia estar levantado para ayudaros en vuestras indagaciones!..... Ah! cada minuto me parece mas grande el daño que me ha causado ese marqués de Rio-Santo!..... ¿Creeis Stephen que podré levantarme mañana?

Este le tomó el pulso y lo ecsaminó.

—Tal vez será asi, dijo en seguida; estais mejor Perceval; no se puede temer ya dejaros hablar..... y tengo que haceros importantes preguntas.

—¿Preguntas? repitió Frank admirado: estoy pronto á responderos..... ¿pero que podeis tener que decirme que se necesite un ecsordio tan solemne?

Stephen procuró sonreirse.

—Dios mio! dijo, mi tristeza se manifiesta en todas mis palabras, y en todas mis acciones, Frank..... pero lo que tengo que preguntaros no tiene nada de solemne..... Por el contrario, se trata de una circunstancia fútil y que cifra todo su interés en un recuerdo terrible, el asesinato de mi padre, que un reciente encuentro ha venido á haermelo revivir..... He aqui de lo que se trata, Perceval.

Stephen contó en pocas palabras sus sombrías meditaciones mientras que velaba á la cabecera de su amigo herido. Habló de sus celos, del desconocido de Temple-Church, y de su semejanza con el asesino de su padre.

—Una cosa faltaba á aquella semejanza, Frank, añadió, una cosa que no podía descifrarmela, y vos, en vuestro delirio, habeis puesto término á mis incertidumbres.

—¿Cómo es eso? preguntó Frank.

—Buscaba el rasgo, la marca, que faltaba á ese hombre para asemejarlo completamente á el asesino..... y habeis nombrado exactamente la marca que faltaba.

—Ah!..... dijo Perceval con indiferencia.

—Dijisteis: la cicatriz.....

—La cicatriz! repitió Frank que palideció y medio se levantó.

—En seguida pintasteis esa cicatriz.....

—Ah! dijo de nuevo Perceval, pero entonces no con la misma indiferencia: y, decídmelo Stephen..... ¿he pronunciado el nombre del marqués de Rio-Santo?

—No, contestó Stephen, que se admiró á su vez; ¿sabeis lo que yo quiero decir?

Frank volvió la cabeza hácia el retrato de miss Harriet Perceval que iluminaban confusamente los últimos destellos del día.

—Si, Stephen, oh! si, murmuró con dolorosa emocion: sé lo que quereis decir.....

Desventurada hermana!..... Tengo este
sueño con frecuencia..... y es sumamente
horroroso.....





CAPITULO CUARTO.

El camino real.

LA mirada que Frank Perceval habia dirigido al retrato de su hermana era tan dolorosa, sus últimas palabras estaban llenas de una tristeza tan profunda, que Stephen conservó un silencio embarazoso, temiendo haber reavivado involuntariamente despedazadores recuerdos.

No se engañaba; su pregunta acababa de

abrir una herida mas cruel que la que habia hecho la espada de Río-Santo.

Frank le alargó la mano y añadió:

—Sois mi único amigo, Stephen, y os debo una confianza..... Pero hay ciertos dolores que se cubren con un velo..... ciertas heridas que no es necesario manifestarlas....

—Frank, le interrumpió Mac-Nab, y os suplico que me dispenseis y no digais una palabra mas.

—Sufro mucho, cuando ese delirio se apodera de mi sueño, añadió con lentitud Perceval que pareció no habia oido la interrupcion de Stephen, desventurada Harriet!... era jóven..... y hermosa..... y dichosa, Stephen!..... Acercaos á mi aun mas cerca, pues quiero deciros por que ha muerto mi hermana Harriet..... á vos sólo, ois, Mac-Nab.

Se detuvo y pareció un instante absorto en sus recuerdos. Stephen esperaba.

—Es una narracion estraña! continuó Perceval, estraña y llena de aventuras que parecerian solo hijas de una imaginacion ardiente..... Ay! y no obstante todo es cierto.. seguramente muy cierto!.... Algunas veces dudo, pues mis recuerdos se asemejan á las locas fantasias de un sueño..... Pero mi duda se destroza contra el frio mármol de una tumba, Mac-Nab.....

—Hace dos años que pasó esto. Harriet pedida en matrimonio por Henri Dulton,

lord Sherbone, á quien ella amaba, quiso pasar el fin de la primavera al lado de nuestra madre, y partimos para Escocia los primeros dias de julio.

Harriet era una niña muy noble, y los dos nos queriamos mucho. Bien lo sabeis, Stephen, pues en otro tiempo os hablaba siempre de ella, nos queriamos los dos mas como lo que se quieren un hermano y una hermana en la vida comun: asi es que el viaje fué encantador y alegre. Ibamos solos en un coche tirado por buenos caballos. Hablábamos del porvenir, hablabamos de nuestros amores, de lord Sherborne, de Mary Trevor! Oh! Stephen, el tiempo pasaba con rapidéz, y no nos cuidabamos de maldecir los malos caminos de los condados del norte.

Pasamos la frentera; el tiempo era magnífico, y cuando entramos en Annan daban las diez de la noche en el relox de la antigua iglesia.

—¿Vamos hasta Lochmaben? me dijo Harriet.

Yo siempre hacia con gusto lo que me parecia le agradaba, Stephen.

—Vamos hasta Lochmaben, le contesté, pediremos hospitalidad por esta noche á M. Mac-Farlane, tio de mi amigo Mac-Nab.

Mudaron los caballos de nuestro coche, y nos pusimos de nuevo en camino, conducidos por un postillon escocés.

El camino d' Arnnan á Lochmaben pasa incesantemente por entre paisages admirables; sabeis esto mejor que yo, Stephen, pues que es el lugar de vuestro nacimiento. Mi hermana y yo los mirabamos á cada momento encantados cada vez mas por los aspectos nuevos, sombríos, graciosos, ò grandiosos, á los que la blanca y pálida luz de la luna daban fantásticas seducciones.

Pero adelantabamos muy poco por que los buenos caminos son raros en los países pintorescos. Mi relox señalaba las doce de la noche y aun estabamos á muchas leguas de Lochmaben.

Sin embargo, no teniamos ningun temor. Harriet se felicitaba de aquel retardo que prolongaba los placeres de aquella hermosa noche.

Desventurada hermana mia! aquella noche vió su última sonrisa.

Acababa de poner mi relox en el bolsillo, cuando nuestro coche dió un violento golpe con un objeto colocado al través del camino. Venció aquel primer obstáculo, gracias al ímpetu de los caballos, pero fué para caer mas pesadamente, y desamparado, en una cortadura que, á veinte pasos mas distante, cortaba el camino en toda su anchura.

Ni Harriet ni yo nos herimos. El posillon relató con bastante buena gracia una

sarta de juramentos escoceses, y maldijo á los agentes del gobierno que, con el pretexto de reparar los caminos, forman verdaderos lazos donde vienen á caer los pobres viajeros.

Seguramente, Stephen, que era aquella cortadura un verdadero lazo; pero tengo motivos para creer que no habia sido hecha por disposicion de los agentes del gobierno. Por lo que respecta al primer obstáculo que habia causado el destrozo de nuestro carruaje, era el tronco de un árbol, echado de intento en medio del camino.

Nos bajamos, é hice sentar sobre la yerba á Harriet horrorizada, y fui á reconocer el carruaje: á mi parecer aun podia andar. Sin embargo, el postillon escocés nos manifestó, apoyando su dicho con juramentos, que de continuar el viaje seria esponer gratuitamente nuestra vida.

No tenia ninguna razon para desconfiar de aquel hombre, Stephen, y lo creí.

Las noches son muy frescas del otro lado del Solway, y cuando volví para reunirme á Harriet, comenzaba á temblar de frio.

—¿Dónde pasaremos la noche Frank? me preguntó.

No podia decírselo, é hice la misma pregunta á nuestro postillon, que me contestó.

—El castillo del laird está del otro lado

de la cuesta, vuestro honor, pero mal haya si Duncan de Leed se incomodaria á esta hora de la noche para abrirnos!.....

—¿Tan cerca estabais de Crewe? le interrumpió en esto Mac-Nab.

—Estabamos todo lo mas á una milla del castillo de vuestro tio, Stephen. Y aun que digo una milla, es por conformarme con la medida de nuestro postillon, pero creo que estabamos menos distante.

—Continuad, dijo Stephen, y por la continuacion de vuestra historia adivinaré fácilmente el sitio en que se paró vuestro coche..... Creo que conozco á palmos el terreno que hay entre Annan y Crewe.

Perceval continuó:

—¿Y no hay en las inmediaciones mas que el castillo del laird? pregunté al postillon.

Entonces ignoraba que al que llamaban el laird era M. Mac-Farlane.

—Tambien hay la quinta de Leed, al norte del castillo, contestó el postillon; pero tanto vale ir hasta Lochnaben!.... No conozco mas que la casa de Randal.....

—La casa de Randal Graham!..... exclamó Stephen.

—¿Conoceis esa casa, Mac-Nab? preguntó Frank.

—Si la conozco!..... oh! si, la conozco..... En ella fué asesinado mi padre.....

—Y en ella fué deshonrada mi hermana! pronunció Perceval con voz profunda y contenida.

Los dos jóvenes permanecieron un momento sumidos en un doloroso silencio. Frank se habia sentado en la cama, y tenia cruzadas sus dos manos bajo su cubierta: su noble semblante pálido por el sufrimiento, tenia una espresion de austera tristeza.

Stephen tenia su cabeza apoyada en su mano.

—Esto es una estraña coincidencia, dijo al fin Perceval.

En seguida añadió bruscamente levantando sus ojos hácia su amigo:

—Stephen, ¿responderiais de vuestro tio Mac-Farlane?

—No os comprendo!..... murmuró el joven medico admirado.

—Bien veo que teneis confianza en él, añadió Frank..... muy bien..... os suplico que no me pidais satisfaccion de mi pregunta hasta que termine mi narracion..... Creo, y espero, que alguna luz nos proporcionará á entrambos esta conversacion; pues el asesino de vuestro padre, Stephen, debe ser el verdugo de mi hermana.

—Asi lo creo, contestó Stephen.

—La casa de Randal Graham, continuó Perceval, está, como vos sabeis, separada del camino por un espeso bosque de encinas, y

se eleva entre dos montecillos llenos de árboles, en el lindero de las ruinas de la antigua abadía de Sainte-Marie-de-Crewe..... Ignoro en que posición está el castillo de vuestro tío respecto á la casa y las ruinas... pues no he vuelto á aquel funesto lugar.

—El castillo d' Angus Mac-Farlane, contestó Stephen, no es otra cosa que la antigua casa del convento de Sainte-Marie. Está construido mas allá de las ruinas, á media milla de la casa de Randal.

—Ah! exclamó Perceval, arrugando la frente; el escocés me engañó..... Y decidme, Stephen, sabéis?..... Pero erais muy joven cuando salisteis de el condado de Dumfries.....

—Conocia las ruinas lo mismo que esta habitacion, Frank, y no he olvidado nada.

—Pues bien! entonces quizá podreis responderme..... ¿No oisteis hablar nunca de subterráneos..... de pasadizos que se comunicaban por entre las ruinas, entre la casa de Randal y el castillo de Crewe?

—Nunca, contestó Stephen.

—¿Entonces á donde daban? murmuró Frank como hablándose á si mismo.

Y añadió mas alto:

—¿Hay en las inmediaciones algun otro castillo ademas del de Crewe?

—Ninguno en mas de dos leguas en contorno..... ¿Pero quién es ha dicho que existen esos subterráneos?

—Los he atravesado, contestó Frank: son grandes, y en sus vastas vueltas puede un hombre perderse con facilidad..... Ya volveremos á hablar de eso Stephen. Era un poco mas de media noche cuando llegamos á la puerta de la casa de Randal. Mi hermana sufría, y tenía miedo en aquellos silvestres y sombríos caminos, que no iluminaba ya la luz de la luna. Yo mismo me sentía atormentado de una vaga inquietud.

El postillon llamó, y casi al mismo tiempo oímos levantar el pestillo de el interior y una voz nos gritó:

—¿Quién vive?

—Un servidor vuestro, señor Smith, contestó el postillon. Aquí está un jòven lord y una lady, cuyo coche se ha roto en la barranca de Rooses: mal rayo parta á los comisionados del rey que están pagados para conservar los hermosos caminos de Escocia! roto como un cristal, señor Smith.

—¿Y tú, quién eres? preguntó la voz.

—Oh! yo soy el postillon Saunie, Saunie d' Annan, Saunie el ladrador, señor Smith.

La puerta se abrió.

M. Smith, personaje á quien ocultaba casi enteramente el semblante una gran visera de seda verde, nos recibió con un frio y ceremonioso saludo.

—Caballero, le dije, dignaos recibir ante todo nuestro agradecimiento. Si no fuese por vuestra hospitalidad.....

—Jóven, me interrumpió M. Smith con voz gazmofia, creo que ni vos ni esa jóven señora os hallais en los lagos de la gran prostituta que se sentaba sobre las siete montañas. (1).

—No somos católicos, caballero.

—Bendito sea Dios, jóven.... Creo que esa jóven señora os pertenece cristianamente... que es la carne de vuestra carne.....

—Esta señora es mi hermana, le respondí.

—Ah! exclamó M. Smith, que favorecido por su visera me pareció hacia de la desgraciada Harriet un minucioso ecsámen; Maudlin!

—¿Qué hay? gritó de lejos una voz afluata.

—Mandad preparar dos habitaciones separadas, dijo M. Smith.

—Caballero, quise decirle, mi hermana está débil y sufre mucho; desearia no separarme de ella.

—Vaya! jóven! vaya!..... La noche es la hora poderosa del tentador..... La noche.....

—Qué! caballero, exclamé con indignacion y disgusto, ¿os atreveriais à suponer?..

(1) Esta ambicion y absurda metáfora ha quedado en el lenguaje usual de los presbiterianos de Escocia. Quiere decir sencillamente la iglesia romana.

(Nota del autor).

—El corazon humano , jóven , declamó M. Smith con voz nasal, es un sepulcro blanqueado..... La carne es débil..... y si no quereis conformaros con las reglas de mi casa, marchaos á acostaros á el cielo raso.

M. Smith saludó con gravedad y se retiró.

Un momento despues trajo un criado varios refrescos, á los que, Saunie , nuestro postillon, hizo en grande los honores. Harriet y yo apenas tocamos á los manjares que nos presentaron.

—¿Quién es este M. Smith? pregunté á Saunie.

—Oh! exclamó este con la boca llena, es ese caballero que os acaba de hablar ahora mismo con una visera verde sobre la nariz.

—Ya entiendo , amigo mio , pero ¿qué clase de hombre es?

—¿Qué clase de hombre es? repitió Saunie con aire inocente; oh! es un hombre como vos y como yo, milord!..... Voy á acostarme..... Estad tranquilo; mañana estará el carruage tan listo como podeis apetecer.

Harriet y yo seguimos el ejemplo de Saunie, y nos retiramos á nuestras habitaciones. Estaban contiguas, y separadas únicamente por una puerta cerrada, por la cual hubiéramos podido hablar. Pensaba que per-

maneciendo allí , M. Smith hubiera podido hacer otra separacion peor.

Oi á Harriet meterse en la cama , y su dulce voz me dió las buenas noches.

Yo estaba cansado; me eché vestido sobre mi cama, y casi al momento me quedé dormido , pero ya sabeis, Stephen , con ese sueño inquieto, ligero, vivo, que deja á los órganos la facultad de sentir.

Cuan pérfido es ese sueño, Dios mio! se oye y se cree soñar.....

Eso mismo fué lo que me sucedió. Mi ventana se habia quedado abierta por casualidad , y apenas habia yo cerrado los ojos, cuando un rumor de voces contenidas vino á zumbiar en mis oidos. Hoy dia que recuerdo aquellos sucesos, creo que las voces venian de fuera y que hablaban bajo mis ventanas.

—Es hermosa, decia una de ellas que creí reconocer por la de M. Smith , aunque su acento estaba ya despojado de la gatzmoñeria puritana.

—Si, contestaba otra, pero no es la duquesita de*** y mal haya si esto merece la pena de echar encinas en medio del camino por tan poca cosa..... Esto es cojer un conejo en la trampa de un lobo , seguramente.

—Es hermosa , repitió de nuevo M. Smith, y su honor está en el castillo.

—Lo sé..... su honor se la tragará de un bocado..... pero debía recoger cinco mil libras y muchas alhajas en el coche de sus gracias el duque y la duquesa de*** mientras que en el de estos no hemos encontrado nada absolutamente..... No se hacen cortaduras para esto, mayor ; que diantre!

—Eh! Paulus, amigo mio; la encina y la cortadura no quedarán perdidas, aun cuando, al fin, la encina sea muy débil y la cortadura mal hecha, pues que el carruage de ese tonto jóven está en muy buen estado. Sus gracias llegarán aquí á su vez.....

—Mandaré dar unos cuantos hachazos á la cortadura, murmuró Paulus.

—Y yo voy á ocuparme de la jóven señora, dijo Smith á el mayor , pues seria para su honor, un regalo de su gusto.....

Stephen, yo oia todo esto perfectamente bien; ni una sola palabra perdia; pero tenia un velo sobre mi inteligencia , y creia que soñaba..... Seguramente que tambien os ha sucedido esto. Creia soñar, y sin embargo , raciocina vagamente; me decia que ese sueño era producido sin duda por la desagradable impresion que me habia causado M. Smith.

Esa luz indecisa que ilumina la imaginacion en esos momentos, Stephen , sirve para afirmar el error, de tal suerte que la

accion de los objetos exteriores, los sonidos, los olores, y hasta los mismos toques, se combinan por si mismo con ese estado de medio sonambulismo, y vienen á ayudar el sueño.

Ya no oí mas, y me dormí enteramente murmurando:

—Lo que son los sueños!..... apuesto á que va á reproducirse.

Asi fué, Stephen, ó mas bien el drama horroroso cuya primera escena acababa de ver, continuó á mi lado.

Y mi oido seguia oyendo los sonidos con singular claridad. Pero el sueño de mi inteligencia velaba las percepciones de mis despiertos órganos.

Oí un ruido sordo como en la habitacion de Harriet; luego gritos sofocados, gemidos: despues reinó el mas profundo silencio.

Continuaba el sueño.

Ningun ruido se oia ya cuando me desperté sobresaltado por uno de esos choques electricos que vienen muchas veces á sacudir el sueño. Parece que va uno á caerse en un precipicio, tropezar á orillas de un abismo, qué se yo?..... Salté al suelo.

Todas esas cosas que yo habia oido durante mi sueño, se presentaron á mi imaginacion llenándola de un vago terror. Aun

no creia en su realidad; pero ¿en la turbacion de las noches se puede percibir el camino que toma el miedo para entrar en nuestra alma?

Me acerqué con fiento á la puerta de Harriet, y puse mi oido en la cerradura. Nada!

¿Qué esperaba? qué hubiera deseado oir? nada. Seguramente Harriet dormia, y sin embargo ese silencio me hizo estremecer.

Harriet! pronuncié muy bajito.

Tampoco nada.

—Harriet! Harriet! exclamé.

Siempre el mismo silencio.

Entonces mi cabeza y mi corazon se llenaron de crueles temores. Entrevi la verdad, y lo que creia efecto de un sueño habia pasado realmente á mi lado.

Grité, llamé furiosamente á la puerta con mis puños cerrados. Ninguna voz me respondia.

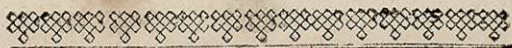
—¿La habrán asesinado? decia para mi, mientras que un sudor frio inundaba mi frente.

Tomé la barra de fierro de la ventana, y sirviéndome de ella como de un ariete eché abajo la puerta de la habitacion de Harriet. La luna, entrando por una

ventana sin cortinas, llenaba el cuarto con sus rayos.

La cama de mi hermana estaba vacía.





CAPTULO QUINTO.

Novela.

HABIAN robado á Harriet, continuò Perceval; aquellos quejidos que oí en mis sueños, eran los gritos de angustia de mi desventurada hermana.

Corrí hácia la cama vacía, y puse mi mano en ella que estaba aun caliente.

Los raptos no podían estar lejos; pero hácia que lado dirigiria mis pesquisas?

La habitacion en donde habia dormido Harriet tenia tres puertas; una de ellas daba á la mia, la segunda, que habia oido cerrar con doble vuelta, se hallaba en el mismo estado, y la tercera que abria sus estrechas hojas al pie de la cama, frente á la ventana.....

Stephen puso su mano en el brazo de Perceval.

—Conozco esa habitacion, dijo, que fué tan funesta, para mi como para vos, Frank... Por esa puertecita, colocada al pié de la cama, fué por donde vi introducirse en cierta ocasion dos hombres de los cuales uno llevaba una careta..... y el otro un hachon en la mano..... Mi padre dormia en la cama donde despues durmió vuestra desgraciada hermana..... Pero continuad vuestra narracion, Perceval, os escucho.

Stephen temblaba al pronunciar estas palabras.

Frank y él estaban frente uno de otro, pálidos los dos, y agoviados con la misma punzante y profunda emocion. Parecia que aquella estraña coincidencia que adheria al mismo sitio los recuerdos de sus desgracias, los unia en aquel momento y apretaba aun mas la cadena de su mutua adhesion; pero tambien parecia que aquella circunstancia daba una tinta mas lúgubre á la tristeza de cada uno de ellos, oscureciendo mas su

pasado, concretando en un solo punto dos catástrofes, y adicionando dos dolores.

—En otra ocasion me han contado Stephen el asesinato de M. Mac-Nab, añadió Perceval, pero me lo han contado muy confusamente..... Vos me dareis los pormenores de él..... Quizá, en estos dos crímenes cometidos en el mismo lugar, no hay mas que un culpable..... Y os amo bastante, Mac-Nab, para dejar de daros parte en mi venganza.

—Y vos sois el único hombre del mundo, Frank, contestó Stephen apretándole la mano con fuerza, con quien puedo consentir en asociar mi odio para el asesino de mi padre..... ¿Qué hicisteis despues de haber desaparecido vuestra hermana.

—Permanecí un instante como anonadado, mis dos manos apretaban convulsivamente mi cérebro, que se negaba á reflexionar. Mi vista hosea y turbada, recorría la habitación en todas direcciones, y creía ver por todas partes la imagen de Harriet... Lo que sucedía me parecía un sueño. Me decía á mi mismo que nuestras leyes han purgado desde mucho tiempo antes á los tres reinos de esas guaridas de bandidos, cuya audacia horrorizaba á nuestros padres..... Me decía..... En seguida la evidencia, la innecesorable evidencia, ahogaba aquella benéfica duda.

Un momento llegué á persuadirme que estaba loco.

Me senté á los pies de la cama. Aquel momento de turbacion infinita que me dejaba incapáz de cualquiera determinacion, duró cerca de un minuto.

Al cabo de este tiempo, la necesidad de obrar, sacudió mi torpeza: me levanté de un salto, me lancé sin reflexionar y sin precaucion en el sombrío espacio que se encontraba fuera de la puertecita abierta.

En cualquierá otra circunstancia, seguramente me hubiera matado, pues la puerta daba á una escalera de granito, cuyos escalones altos, estrechos, y desgastados, bajaban á una inmensa profundidad.

—Ah!..... dijo Stephen como si hubiera esperado otra conclusion.

Después añadió casi al momento:

—Eso es extraño, Perceval. Detrás de la puerta de que hablais, no he visto nunca mas que una pared de piedra.

—Os digo lo que me sucedió Stephen.... y ademas que no es la primera vez que me hablan de esa pared de piedra..... pero hay en mi narracion cosas aun mas estrañas. Escuchad para admiraros.

Corrí sin que sospechase absolutamente la existencia de aquella escalera. Apenas pasé el dintél de la puerta, cuando el suelo faltó repentinamente á mis pies..... Esa es-

calera de que os hablo, Stephen, llega hasta la misma puerta.

—Entre la pared que yo he visto con mis ojos, Frank, respondió Mac-Nab, toda llena de musgo y que parecia tan vieja como el mundo, entre la pared y la puerta, hay lugar para dos hombres..... Y creo que alli fué donde se ocultaron los asesinos de mi padre.

—Bien sabe Dios que no he podido engañarme, añadió Perceval, y cada una de las circunstancias de aquella horrible noche está grabada con caracteres de sangre en mi memoria. Me dejé ir, pues mi impulso me llevaba. Lanzado de aquel modo sobre aquella pendiente recta, y tocando apenas con el pié despues de pasar algunos escalones á la casualidad, fuí á caer sobre la tierra húmeda de un subterráneo, donde permanecí como herido de un rayo durante algunos segundos.

Pero no estaba mas que atolondrado, y un momento despues me levanté sin ninguna herida.

Una oscuridad completa me rodeaba por todas partes. Sobre mi cabeza, á una distancia muy alta, se distinguia una débil claridad, causada por los estraviados reflejos de la luna que entraba por la puertecita que acababa de pasar.

Por un instante tuve el pensamiento de

volver á subir los escalones que habia bajado, ¿pues como tenia de persuadirme que el camino en que la casualidad me habia puesto, me conduciria hácia mi desgraciada Harriet. Quizá era aquella una caverna sin salida. No tenia ninguna idea de su echura, ninguna sospecha de su estension.

La obscuridad se estendia por todas partes como un velo opaco á mi alrededor.

Pero en el momento en que ponía el pié en el primer escalon de la escalera, un movimiento irreflexivo me impelió por última vez á volverme para intentar de nuevo atravesar el muro de tinieblas en que me veia aprisionado.

Entonces ví un espectáculo extraño, en cuya realidad se negó mi imaginacion á creer en un principio. Cerré los ojos para librarme de la fantástica aparicion que acababa de presentarse á mi vista, y que por ser extraña hasta la imposibilidad, me afirmaba mas en la idea de que mi pobre cabeza estaba trastornada.

Pero cuando volví á abrir los ojos, la ví de nuevo y la distinguí perfectamente; y en lugar de volver á subir, me interné al momento en la obscuridad del subterráneo.

A una distancia enorme, Stephen, distancia de la que no puedo tener una idea positivamente esacta, pero que reducía los

objetos hasta el punto de dar á los hombres la estatura de una muñeca, acababa de distinguir una viva claridad, y al rededor de aquella luz, distintas y vivamente iluminadas, cuatro ó cinco personas que caminaban, agrupadas, llevando entre ellos un objeto blanco.

—Hermana mia! mi pobre hermana! exclamé.

Pues desde aquel momento adiviné y conocí que el objeto blanco que llevaban aquellos hombres, que la distancia que nos separaba me los manifestaba como otros tantos enanos, era mi hermana, ó su cadáver.

Desde entonces ya no hubo irresolucion. Era necesario seguirlos á cualquier riesgo que fuese, y alcanzarlos á toda costa.

Aquella repentina aparicion á semejante distancia, manifestaba que el camino que habia de seguir no era recto. Solamente habia dos modos de explicar aquel hecho. Estaba en unas galerias subterráneas de una extraordinaria estension. La casa de Randal se levantaba en una de las estremidades de aquellas galerias, y la otra salia, Dios sabe donde. El grupo compuesto de cinco hombres y de mi hermana Harriet, caminaba por las galerias á la viva luz de las antorchas: yo no tenia nada para dirigirme. El que guiaba el grupo conocia el camino: yo lo ignoraba completamente.

Pero que importaba todo eso!

Una sola noción era la que yo tenía: la certeza de que existían peligros que evitar pues que la pequeña caravana no había seguido la línea recta, y se me había presentado de pronto en el recodo de una galería cuya pared me había ocultado hasta entonces el resplandor de las antorchas.

Bien conoceis, Stephen, cuan vana era esta noción, pues que me manifestaba el peligro sin enseñarme los medios de evitarlo.

Mi norte era el grupo y sus antorchas. Con efecto distinguía siempre la nocturna caravana, como se vé á los transeuntes desde lo alto de la cúpula de san Pablo cuando se aplica la vista á un anteojo.

Seguramente que había poca esperanza.

No obstante, seguí mi marcha estendiendo los brazos, á fin de no romperme el cráneo contra alguna pared saliente de aquellos desconocidos subterráneos. El piso de la galería iba descendiendo y mi marcha era rápida. En poco tiempo, creí distinguir, que los hombres que caminaban delante de mí crecían sensiblemente.

Mi valor se aumentó.

Pero á medida que adelantaba, un ruido lejano y que al principio no había sido mas que un sordo murmullo, llegaba mas distintamente á mi oído.

Era una cosa como el ruido de una

catarata de agua cayendo de una considerable altura.....

—El torrente de Blackflood! murmuró Stephen.

—Creia que no conociais esas galerias, Mac-Nab? dijo Perceval mirando fijamente á su amigo.

Stephen se sonrió con amargura.

—Frank, dijo, en este mundo no tenemos vos mas que á mi, y yo solamente á vos por amigo..... No desconfiemos uno del otro..... Creo adivinar que sospechais de mi tio Mac-Farlane. No tengo ninguna razon para ser de vuestra opinion, pues respeto y amo al padre de mi pobre Clary. Pero no lo defenderia á costa de una mentira.

—Perdonadme, Stephen, balbució Perceval avergonzado, pero demasiado leal para disimular un involuntario movimiento de duda.

Stephen le alargó la mano.

—No conozco los subterráneos de que me hablais, continuó; nunca he tenido la menor noticia de su ecsistencia, y creo poder afirmar que tambien la ignoran en el país. Pero admitida su ecsistencia, pues yo nunca dudo de lo que sosteneis, Perceval, si estos están atravesados por un agua corriente, debe ser precisamente del torrente de Blackflood, que con efecto desaparece de pronto bajo la roca de Traquair al sud de las ruinas de santa Maria de Crewe.

—Perdonadme, Stephen, le dijo de nuevo Perceval, por lo que respecta á las sospechas que puedo tener de M. Mac-Farlane, os haré juez.....

Tardé mucho tiempo antes de llegar al sitio de donde salia el ruido de que os he hablado. El suelo del subterráneo continuaba descendiendo por una pendiente, poco sensible á la verdad, pero continua. A medida que adelantaba, sentia bajo mis pies un terreno mas espeso y mas resbaladizo.

Bien pronto un aire húmedo vino á darme en la cara; el estrépito de la cascada se aumentaba, y no podia ya engañarme.

Di unos cuantos pasos mas, y ví correr una sábana blanca por medio de la obscuridad, era la espuma de la cascada.

Continuaba adelantando apesar de la lluvia fina y fria que comenzaba á azotarme la cara. Adelanté hasta que mis pies tocaron la espuma fosfórica del pequeño lago! ahondado por el peso de las aguas del torrente Blackflood como lo llamais.

Seguramente que aquel lago y aquella cascada eran la causa de la vuelta que habian dado las personas á quien yo perseguia, vuelta que me habia ocultado al principio la luz de sus antorchas. ¿Pero cuál era aquel camino de travesia? ¿Por dónde tomarlo?

Me dirigia á la derecha, á la izquierda, y por ambos lados encontraba, despues de dar algunos pasos, las paredes macizas y reasumidas del subterráneo, que era muy estrecho por aquel sitio.

En seguida volví hácia la sábana de espuma, Stephen, y encomendando mi alma á Dios; me metí en el torrente.

Fué un trabajo penoso. La corriente me llevaba al principio con una fuerza irresistible; pero hice esfuerzos desesperados, por que conocia el poco ancho de la galeria y temia abordar mas lejos en cualquier otra ramal subterráneo en donde se estraviase mi camino sin que sirviese de utilidad á mi hermana.

Por fortuna la corriente era mas fuerte en el sitio de donde habia salido, y despues de una docena de brazadas encontré el agua mas tranquila. Ya era tiempo, Stephen, pues veia una pared negra interponerse entre mi vista y la mitad del grupo, punto luminoso que me servia siempre de brujula. Si hubiese derivado el ancho de mi cuerpo, hubiera perdido mi camino.

Tocaba á la orilla opuesta precisamente en el ángulo de aquel muro negro que no era otra cosa sino la pared de la galeria, y continué mi carrera.

El piso subia de aquel lado como bajaba del otro. Corrí con todas mis fuerzas,

à fin de conservar el calor à mis transidos miembros, à los que se pegaba el pesado paño de mi vestido de viaje. El grupo se hacia cada vez mas visible, me acercaba, lo alcanzaba.....

Este se detuvo de pronto. Entonces estaba bastante prócsimo para distinguir delante de él una puerta formada en la pared del subterráneo. Esta puerta se abrió, y desaparecieron las antorchas.

Oh! Stephen, aquel golpe que debia esperar me anonadó. Tuve la imprudencia de dar muchas vueltas à mi alrededor para buscar una luz à lo lejos, ó alguna cosa que pudiera guiarme: no ví nada y cuando me detuve, me fué imposible decirme la direccion que debia seguir. Las antorchas habian desaparecido ¿y por dónde? no me acordaba. El ruido de la cascada aun se oia, pero cortado mil veces por las desiguales bóvedas del subterráneo, llegaba à mi oido como un sordo murmullo que resonaba lo mismo à derecha que à izquierda, delante que atras.

Estaba perdido.

Me dejé caer de rodillas, sin fuerzas, y sin valor. Me quejaba como un niño, lloraba como una muger, y la blasfemia, compañera de toda debilidad, queria salir de mis labios.....

Dios habia señalado aquella noche para

llevar al colmo mi martirio, y hubiera sido muy dichoso si hubiese muerto, perdido en la noche de aquellas inmensas galerías.

En el momento en que mi desesperación me sugetaba, inerte, al suelo húmedo del subterráneo, oí resonar á lo lejos el pesado paso de un hombre, y una voz se levantó, que cantaba canciones campestres.

Me desvié del camino, y me mantuve de pié contra la pared de la galería.

El hombre pasó, cantando siempre.

Creo que era Saunie nuestro postillon, y lo seguí.

Saunie no traía antorcha, pero cantaba, y además el ruido de su pesado paso hubiera bastado para guiarme.

Caminamos así un cuarto de hora. Creo que todo el tiempo que permanecí en el subterráneo fué una hora. Al cabo de este tiempo oí girar chillando una puerta sobre sus enmohecidos goznes, y el ruido de los pasos de Saunie cesó de pronto.

Me encontraba solo de nuevo y sin guía; pero estaba bastante cerca del objeto y una cosa me parecía brillaba debilmente delante de mí.

Aquí fué, Stephen, donde pude juzgar, ó mas bien conjeturar la inmensa extensión de aquel subterráneo. La luz que distinguía, venía de la parte de afuera. Era el reflejo de un reflejo, pues los rayos de la luna no

podian penetrar hasta alli abajo. Aquella luz daba sobre un lienzo de pared blanqueado, donde estaba precisamente la puerta por donde Saunie, y sin duda antes que él, habian desaparecido las personas que robaron á mi hermana.

Desde el sitio donde aun me hallaba no podia ver de donde venia la luz; pero al llegar junto á la puerta, distinguí á una gran elevacion un agujero, que me manifestó el cielo estrellado.

A mis lados cesaban ya las paredes de la galeria. Me encontraba en una especie de rotonda, cuyos linderos se iluminaban confusamente con la luz que bajaba del agujero. Eran doce ó quince galerias iguales á la que acababa de abandonar.

Tan anchas seguramente como largas.

Se podia errar muchos dias en aquel tenebroso laberinto, Stephen, si la muerte no viniese á interceptar el camino.....

Desde abajo, á aquella distancia, me parecia que el agujero estaba cubierto con un encaje. Debe haber una reja de fierro en su abertura, que es como la lumbrera ó respiracion de aquellas gigantescas cuevas.

Seguramente que lo conoceis, Stéphen, pues debe estar al ras del suelo.

Mac-Nab dudó.

=Hay, dijo al fin, el *Greedy Hole* (el agujero chupon), donde el antiguo laird de

Crewe mandó, según la crónica, echar miles de carros de tierra sin poderlo llenar... Yo mismo he dejado caer muchas veces grandes cantos sin oír nunca el ruido de su caída.

—¿Y dónde está situado ese agujero? preguntó Perceval.

A cincuenta pasos delante de las gradas de Crewe, contestó el joven médico.

—De suerte que me hallaba bajo el patio del castillo, contestó lentamente Perceval, y que el espacio comprendido mas allá de la puerta, debe estar bajo el mismo castillo.

—Así lo creo, murmuró Stephen; ¿qué es lo que hay después de esa puerta?

—Hace mucho tiempo que os hubiera confiado esa lúgubre historia, amigo mío, añadió Frank en lugar de responder, si no tuviese en lo íntimo de mi corazón una terrible sospecha, y que cada una de vuestras palabras vienen á confirmar totalmente hace una hora.

No me interrumpais, pues tengo intención de no ocultaros nada.

Todas esas cosas, la rotonda, el respiradero, las galerías, atrajeron muy debilmente mi atención. No estaba allí para reflexionar ó mirar.

Empujé la puerta que se abrió por sí misma y volvió á cerrarse tras de mí.

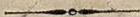
Un ruido confuso de cánticos y risas, vino á herir mi oído.

Tocando en la obscuridad, encontré otra puerta que cedió como la primera. Un grito de estupefaccion se escapò de mi pecho y cerré los ojos, herido por el brillo deslumbrador de mil bugias, cuya luz reflejaba en los cortes de innumerables cristales, y se esparcia en brillantes rayos, cuyos cruzados fuegos quitaban la vista.





CAPITULO SESTO.



Orgía.

L sitio donde me encontré de impro-
viso, continuò Frank Perceval, era u-
na gran sala abovedada, cuya espléndida i-
luminacion me hirió principalmente á causa
de la profunda obscuridad en que poco an-
tes andaba á tientas.

La sala tenia la forma de una nave, y
creo que debió servir de capilla católica,

bien fuese en los tiempos de las primeras persecuciones experimentadas por los cristianos en nuestras islas, ó en la época de las persecuciones mas modernas que atrajo la reforma tras sí. Sus paredes, formadas de enormes piedras húmedas, volvian á enviar en deslucidos reflejos la deslumbradora luz de las arañas.

Al fin de la nave, en el sitio en que se encuentra regularmente el altar mayor de una iglesia, se elevaba un estrado en el que varios músicos adornados con vestidos brillantes y de una magnificencia teatral, componian una orquesta completa.

En el centro habia una vasta mesa llena de frascos y manjares esquisitos, al rededor de la cual estaban sentados cuarenta ó cincuenta frailes cubiertos con el austero sayal de los discípulos de san Francisco. Todos tenian grandes barbas que ocultaban las tres cuartas partes de sus semblantes.

Al lado de cada uno de aquellos fingidos frailes, estaba una muger, hermosa y magníficamente adornada, con el pecho desnudo, los cabellos sueltos y sembrados de diamantes ó flores.

Aquellos hombres y mugeres bebian y reian locamente. La antigua capilla resonaba con los insensatos ruidos de la orgía. Eran risas sin término, besos, cánticos, y blasfemias estrepitosas.

Habia un no sé qué de siniestro é im-
pio en la profanacion de aquel vestido sagra-
do, que para nosotros los protestantes es
cierto que no es mas que un antiguo re-
cuerdo, pero que al menos es preciso res-
petar ó cubrir con el velo del olvido como
todo lo que ha muerto.....

Era un insulto oídioso áaquellas bóve-
das catòlicas, un ultraje sin excusa y sin
nombre.

Aquellas mugeres medio desnudas, cu-
yo blanco cutis resaltaba sobre el sombrío
y burdo hábito de los religiosos, aquellas
abrasadoras sonrisas bajo aquellas frias bóve-
das; aquellos cantares alegres en aquella tum-
ba; todo aquello imprimió en mi ser una
estraña sensacion. Se me figuró cosa del dia-
blo, de las brujas, de el infierno.....

Aquella alegria no era la de los hom-
bres: era una alegria salvaje y sacrilega,
soplando por impetuosas bocanadas, y apa-
gándose en seguida de pronto en un silencio
mortal. Despues las mugeres volvian á son-
reirse, los instrumentos resouaban, y los va-
sos llenos se chocaban unos con otros.

Nada de esto vi en un principio: mi
primera mirada no distinguió mas que la
luz, luz deslumbradora y prodigada hasta lo
infinito. Mientras que tenia los ojos cerra-
dos para sustraerme al dañador brillo de
todos aquellos fuegos que reflejaban brillan-

tes delante de mí, si un clamor estrepitoso, y me sentí cogido por dos brazos poderosos, cuyo apretón me redujo de pronto á la mas completa impotencia.

Un momento despues me arrojaron, agarrado, sólidamente, sobre una pila de cogines amontonados contra la pared de la capilla.

Hasta entonces, Stephen, no pude ver los pormenores de aquella increíble fiesta.

Si es necesario decirlo, en el primer momento mi sorpresa y mi curiosidad fueron escitadas á tal punto, que perdí el sentimiento de mi desgracia. Mi conciencia se extravió: olvidé mi situacion desesperada, y, durante un momento, creia que asistia á la mas estraña de todas las representaciones teatrales.

No se ocupaban de mí de ningun modo. El clamor que habia escitado mi repentina aparicion, se apagó en una estrepitosa risa: el fraile que acababa de echarme al suelo, volvió á ocupar su sitio. No lo hubiera podido distinguir en medio de sus compañeros.

La orgía continuaba.

Sin embargo, mi vista se dirigia curiosamente de uno á otro de aquellos bandidos disfrazados de religiosos. Habia entre ellos, Stephen, os lo aseguro, fisonomias enérgicas y distinguidas hasta el mas alto gra-

do: habia ojos espresivos , frentes blancas y pensativas, y sonrisas delicadas. Y por un singular contraste, muchos de aquellos semblantes no me parecieron desconocidos. Crei habia ya visto muchos de ellos en mi vida.

¿En dónde? Stephen, quizá sea necesario culpar en esto á mi turbacion, pues no podia colocar aquellos semblantes sino en los salones de la alta aristocracia, y mi memoria se obstinaba en separar sus facciones de aquella barba usurpadora, sustalles de aquellas cogullas prestadas , para representarlos con sus elegantes vestidos de nuestras soirées de Londres.....

Estos eran pensamientos bien frívolos en un momento tan terrible ¿no es verdad? Lo confieso , amigo mío, y me admiro de haberlos tenido: pero se me presentaban á mi pesar.....

Desde entonces rara vez he pisado los salones de nuestra elegancia. Durante el primer año que siguió á aquella noche fatal, me mantuve retirado, pues mi corazon manaba sangre. En el segundo he viajado lejos de Inglaterra.

Pero una vez, la única, segun creo, en que me encontré en un baile desde entonces, de esto hace mas de un año, me hallé frente á frente , en los salones del duque de Buccleugh, con un hombre cuya mirada me hizo estremecer. Hubiera jurado que a-

quel hombre era uno de los fingidos frailes del subterráneo de santa Maria de Crewe..

—Y que! dijo Stephen.

—Aquel hombre, añadió Frank, era uno de los oficiales mas distinguidos de nuestro ejército, el coronel sir George Montalt...

Y aun el domingo, despues de un año de ausencia, en el baile de lord James Trevor, no he creido reconocer en ese marqués de Rio-Santo.....

Pero no me comprenderiais ahora Stephen, y asi continuo mi narracion.

Casi todas las mugeres que asistieron á aquel banquete nocturno, eran admirablemente hermosas. Ademas eran criaturas acostumbradas á las fatigas del mal, que conocen la orgía, y no abate la embriaguéz. Su número escedia algo al de los hombres. Procuraban con envidia unas de otras, hacerse mas encantadoras. Sus abandonadas posiciones eran lascivas y muelles; sus sonrisas se cambiaban, sus bocas medio cerradas buscaban el amor, y mil voluptuosas promesas se anidaban bajo el velado fuego de sus lánguidos ojos.

Algunas veces se apagaba el fracaso general, la orquesta tocaba dulcemente algunas canciones tiernas, y no se oia mas que un murmullo. El lujurioso festin cambiaba de aspecto. Cincuenta cabezas cuchucheaban al rededor de la mesa: aqui y alli un brazo

blanco se posaba en el leonado cuello de una cogulla de paño burdo, y una boca sonrosada se ocultaba, ávida, bajo el negro pelo de una barba de fraile.

Y todo eso, Stephen, os lo digo de nuevo al resplandor de una profusion de luces, entre los húmedos muros de una antigua capilla, cuyas agrietadas paredes conservaban algunos pedazos de pinturas santas, y sobre un suelo todo lleno de tumbas!

Apenas habia recorrido mi vista la mitad de la mesa, cuando se detuvo en un personaje cuya importancia y evidente superioridad, cautivaron al momento exclusivamente mi atencion. Este hombre parecia era el rey de aquel pueblo tenebroso, el abad de aquel sacrilego monasterio. Su sitio colocado en el centro de la mesa, era mas ancho y mas elevado que el de los demas convidados. Tenia la forma de un tronco.

Nunca he visto, Stephen, á nadie mas hermoso que á aquel hombre. Llevaba una especie de toga de seda de un color resplandeciente, cuyos anchos pliegues caian con majestad. Su semblante, lo mismo que el de sus compañeros, estaba en parte oculto por una gran barba: la suya era negra y bajaba en abundante profusiones hasta su pecho; y lo que se veia de sus facciones, estaba en armonia con su austero sayal. Sus ojos, dulces, pensativos, imperiosos y terribles alter-

nativamente, tenían sin duda alguna un poder sobrehumano. Su frente era jóven y estaba tranquila, entre aquellas frentes bronceadas ó enrojecidas, y cuando se sonreía, todo parecía se iluminaba á su alrededor.

Apesar del desenfreno de la orgía, los convidados manifestaban á aquel hombre un respeto extraordinario. Cada cual se inclinaba al hablarle, y la reunion entera se levantaba para brindar á su salud. A él se dirigian las mas dulces sonrisas de aquellas mugeres en aquellas sonrisas que se encaminaban á un solo objeto, habia un no sé qué de temerosa adoracion.

Lo mismo deben hacer, Stephen, las mugeres del harem, cuando se disputan una mirada del sultan.

Llamaban á este hombre su honor.

Contestaba á los homenajes de todos con esa dignidad real, gage natural del poder absoluto. Su sonrisa era cortés, pero orgullosa, y su condescendencia estaba mezclada de altivéz.

Junto á ese hombre, en el mismo sillón y enlazada en sus brazos habia una muger cuyos adornos contrastaban extraordinariamente con los de los demas. Sus largos y esparcidos cabellos blondos, no tenían perlas, ni diamantes, ni flores: sus blancos hombros no estaban sugetos por el plegado corpiño de un vestido de raso ó terciopelo.

Estaba vestida con un peinador adornado con un tableado de muselina.

Parecia que habia dejado de priesa su cama para venir á sentarse en el festin y presidir la orgía.

No veia su cara por que me volvia la espalda y apoyaba perezosamente su cabeza sobre el hombro de su honor, que de vez en cuando llevaba á sus labios un vaso de cristal tallado, y aquella muger bebia.

Al ver aquella rubia jóven, Stephen, un dolor agudo me partiò el corazon. Mi sangre se habia paralizado en mis venas al impulso de un indecible terror: pues en aquella bacanal medio desnuda que llevaba su labio al vaso de un bandido, y se abandonaba á sus públicas caricias, creí haber reconocido á mi hermana.....

—Oh! dijo Stephen con indignacion.

—¿No es verdad que era este un pensamiento loco? exclamó Frank cuyos grandes ojos abiertos brillaron de pronto con un fiebroso resplandor: ¿no es verdad que era un amargo insulto á la pureza angélica de mi desgraciada Harriet?..... un ultrage sin escusa á la noble sangre de Perceval?..... ¿una locura, una debilidad, una bajeza?....

—Al menos era una idea que solamente podia crear vuestra turbacion, Perceval, dijo Stephen.

—Oh! si..... mi turbacion era grande...

mi angustia tambien..... y la idea era loca... loca é infame!.....

La rechacé con todas mis fuerzas: cerré los ojos para volverlos á abrir; para mirar de nuevo y ver mejor.

Eran seguramente sus hermosos cabellos rubios, Dios mio! y la graciosa morbidéz de sus hombros.....

Y ademas, aquel peinador de noche!... no habia sido robada mi hermana en medio de su sueño?

=Ah! Frank!..... le interrumpió Stephen.

—Gracias,..... gracias, Mac-Nab! pronunció penosamente Perceval apretando la mano de su amigo: sois un jóven muy generoso y os amo..... Oh! vos defenderiais á Harriet contra cualquiera que se atreviese á acusarla de haber puesto su frente virginal sobre el hombro de un bandido, ¿no es verdad?

—Pero vos delirais, amigo mio, exclamó Stephen. Seguramente que la defenderia, yo que la he conocido..... ¿Pero que boca seria tan vil que se abriese para acusarla?

Frank jadeaba, y sus ojos estaban como extraviados.

—La boca que se abriese para hacerlo, Stephen, pronunció muy bajo y con horrosa calma..... se volveria á cerrar para

siempre..... pues yo solo tengo derecho de acusar á la hija d. los Perceval.

Stephen quedò lleno de estupor, y permaneciò callado.

Frank añadió:

Esperimentaba un tormento horroroso: estaba clavado en mi sitio sin poder obrar ni cambiar en certeza la duda que me acababa. La jóven continuaba volviéndome la espalda, y aunque mis ávidos ojos no se apartaban de ella un solo momento, no pude conseguir ni una sola vez, ver su semblante.

Todo lo demas habia desaparecido para mi. No veia en aquella multitud mas que á la jóven, y al hombre á quien llamaban su honor.

Parecia que ellos habian hecho lo mismo que yo: se creian enteramente solos. El hombre de la toga de seda tenia abrazada á la jóven, se sonreia apasionadamente, y la estrechaba contra su corazon.

La jóven contestaba á sus caricias.

Habia en los ademanes de los dos un amor que estaba muy distante de asemejarse á aquella lasciva pantomima que se veia al rededor de la mesa. El jóven fraile tenia facciones delicadas, y la jóven conservaba el candor hasta en su abandono.

Oh! Stephen, cuanto mas hubiera deseado que fuese como las otras, voluptuosa por

costumbre y saber , y practica en los pormenores de la disolucion.

Decidme, ¿creeis que una pobre niña, arrancada violentamente de su cama , y llevada por inmensos subterráneos desconocidos, á la rojiza luz de las antorchas, pudiese perder de pronto la razon , y ser atacada de la mas completa demencia?

Al oir Stephen aquella repentina pregunta, que comprendia bastante , pero que obstinadamente no queria comprender, interrogó á Frank con la vista.

—¿No sois bastante acto para decirme esto? añadió Perceval con dureza.

—Seguramente, contestó al fin Stephen: el terror..... el estupor..... se han visto ejemplos.....

Frank lo interrumpió con un gesto , y se apretó la frente con sus dos manos.

—Dispensadme Mac-Nab , dijo en seguida, este recuerdo me hace delirar..... Y ademas, ¿qué necesidad tengo del parecer de la ciencia?..... Ella no conocia á ese hombre: por hermoso que fuese, la fascinacion no hubiera podido operar en media hora.....

—¿Era ella? murmuró Stephen.

Frank dió un salto bajo su cobija.

—Ella! ¿quién? exclamó: ¿quereis hablar de Harriet Perceval, caballero?

Un rayo de furor brilló en sus ojos, y
Tomo 6.º

se sentó en su cama frente á Mac-Nab admirado.

Pero su cólera se desvaneció lo mismo que habia venido, y añadió, mientras que una lágrima rodaba por su pálida mejilla.

—Dispensadme, Stephen. Sois bueno..., no me quereis mal por esto.... Aquella horrosa escena está aquí, delante de mi vista..... Veo á ese hombre, y tambien la veo á ella, á esa desventurada jóven.....

Dios mio! la amaba tanto!.....

¿Por qué he de ocultaroslo? ella era! era mi dulce Harriet, mi querida hermana, mi hermanita, que era pura como los ángeles, Stephen!

Frank sollozaba.

—Y figuraos esta escena añadió con voz que sus lágrimas la hacian casi inteligible; era despedazadora!..... vos tambien llorais!..... Dios mio! y la he visto sin morir.... Harriet, la desgraciada niña pasaba sus brazos al rededor del cuello de aquel hombre que tomaba por Henry Dutton, su desposado!..... Se creia seguramente en la fiesta de los desposorios y queria ocultar en el pecho de su amante su púdico rubor de desposada.....

Hubiera sido tan dichosa con Henry, que tiene un corazon tan noble!

Oh Stephen, no debe admirarnos que

el despertar la haya matado despues de aquel horroroso sueño!.....

Pero no lo sabeis todo: y ya basta de llorar pues aun no está vengada.





CAPTULO SEPTIMO.

El Conventiculo.

 RANK Perceval interrumpió por un momento su narracion. El dolor evocado, se habia presentado demasiado violento para su estado de debilidad, y no habia podido soportar el choque de sus recuerdos reavivados tan repentinamente.

Al cabo de algunos instantes añadió:
—Parecian que olvidaban mi presencia,

y nadie ponía atención en mí. El festín nocturno seguía su curso; se exaltaba la embriaguez, y el ruido subía de vez en cuando hasta cubrir completamente los acordes de la orquesta.

Su honor también se animaba cada vez más. El vaso de cristal pasaba incesantemente de sus labios á los de la joven, cuyas facciones continuaban siempre ocultas para mí.

Y él la miraba, Stephen, con unos ojos en que ardía la llama del deseo, que acrecía sin cesar, y se exaltaba hasta la pasión. Yo temblaba sobre los cojines en que me habían arrojado.

Me acordaré para siempre de aquel instante de angustia suprema en que cayó el velo, descubriendo en su caída la punzante realidad. Fué un sufrimiento sin igual; Dios mío! y yo, que en aquel momento, temí ver desvanecerse lo que me quedaba de esperanza y felicidad en este mundo, afirmo que ningún golpe podrá nunca despedazar tan cruelmente mi corazón.

Descendemos, Stephen, de una casa ilustre, y de una casa orgullosa. El inflexible honor de las razas caballerescas me fué inoculado desde la cuna, y la vergüenza es aun más terrible para quien fué criado en pensamientos de orgullo.

Y sobre todo, si supieseis que la amaba tanto!.....

Esto sucedió en uno de aquellos instantes de silencio que pasaban por entre el fracaso de la fiesta, como los intervalos de calma en la tempestad.

La orquesta se callaba.

Vi á la jóven, cuyos menores movimientos no se me escapaban, llevar el vaso hasta sus labios, y casi al mismo tiempo oí una dulce voz que decía:

—Henry, mi querido lord, bebo á vuestra salud.

Era la voz de Harriet.

Di un grito terrible, y me agité con desesperados esfuerzos para romper mis ligaduras. Aquella voz me lo explicaba todo, todo cuanto acabo de deciros, Stephen, su presencia á orillas del abismo, y su locura que le hacia tomar este por un lecho de flores.

Mis gritos quedaron cubiertos por el choque de los vasos, y el ruido de los brindis.

La palabra de Harriet habia sido una señal.

Sin embargo, como yo continuaba esforzándome en hacer que mi hermana oyese mi voz, uno de los convidados se levantó y me pegó en la cara con su servilleta.

Una convulsion de rabia me dió fuerzas para romper una de mis ligaduras, y rodé á algunos pasos de los cogines.

—Vaya un diablo de jóven! murmuró el

fraile, como ahulla!..... Me parece que lo mas conveniente es ponerle una mordaza.

—Oh! no, no, exclamé suplicando; dejadme, por compasion!..... si mi hermana oye mi voz, quizá volverá en sí.

—Qué..... què..... murmuró el fraile, seguramente, pardiez, que eso puede ser posible!..... pero no le agradará á su honor!

Al decir esto, enroscó su servilleta, y mis impotentes esfuerzos no pudieron impedir que la atase fuertemente á mi boca.

Aun procuré gritar; pero el miserable sabia muy bien su oficio: quedé con una mordaza puesta.

Me volviò á echar sobre los cogines donde permanecí como una masa inerte.

Los demas convidados no se habian dignado volverse.

—Milores y señores, dijo enaquel instante uno de los fingidos frailes que al momento reconoeí en él á M. Smith, el amo de la casa de Randal, esperamos esta noche una linda captura, y una vez que nos separamos mañana, es probable que el jóven duque de*** y su señora pasen sin estorbo por la inmediacion del castillo..... Pero esto no importa, pues que hemos hecho otra presa que parece es del gusto de su honor.

Un hurrah general acogió este discurso.

Bebieron; y el *speech* (1) comenzó.

Las arengas eran pronunciadas en una especie de gerigonza, cuyo sentido se me pasaba por alto muchas veces; sin embargo, comprendia algunas frases de vez en cuando y estas bastaron para convencerme de que estaba ante mi una parte de los miembros mas notables de una vasta asociacion organizada sin duda para el robo, la rapiña, y el asesinato.....

Su honor era el gefe supremo de aquella asociacion, cuyo centro permanente era Lòndres; pero que tenia sus ramificaciones hasta en el extranjero, y los subterráneos de santa Maria de Crewe eran á la vez el lugar de refugio en caso de peligro, y *la casa de placeres*.

—¿Y no habeis procurado poner á los magistrados en disposicion de perseguir á esa temible horda? interrumpió en esto Stephen.

(1) *The speech*, la arenga ó mas bien para espresar mejor la idea á costa de un barbarismo manifiesto, la *arengacion*. En toda comida inglesa bien sea un festin ó una orgia, el *speech* no puede faltar. Es un medio ingenioso para contribuir á el fastidio. Arengan al amo de la casa, que lo hace á sus convidados, y estos se arengan reciprocamente. Cualquiera persona mejor quisiera dormir ó dar puñadas, pero esta es la costumbre; y ademas que no impide una cosa á la otra.

(Nota del autor.)

—Lo he procurado, amigo mio, contestò Perceval; pero M. Mac-Farlane es juez de paz del condado de Dunfries..... Quedó encargado de las indagaciones, y por dos veces se ha paralizado el negocio en sus manos.

Quizá se arrepintió Stephen de su interrupcion, y conservó un silencio embarazoso.

—Su honor, añadió Frank, segun lo que he creido oir, estaba en el extranjero desde muchos años, y no hacia si no cortas permanencias en Inglaterra. Pero este estado de cosas iba á cesar, y el año siguiente, su honor debia venir á vivir á Lóndres, á fin de poner en ejecucion un gigantesco plan de pillage.

De suerte que ese hombre debe estar ahora aqui, añadió Perceval frunciendo de pronto las cejas.

Stephen prestó mucha atencion, pero Frank no dió ninguna solucion á aquella repentina salida.

—Creí, añadió, que algunos oradores hacian alusion, en su speech, á planes combinados mucho tiempo antes, y bebieron con entusiasmo á la salud de un tal Saunders el elefante que debia, el solo, llenar de oro todas las cajas de la compañía.

Este nombre de Saunders y el de Fergus, fueron los únicos que pronunciaron en mi presencia.

Ademas, la comida á que yo asistia, era la última que debian hacer en Escocia. Los asociados iban á dispersarse, llevando las instrucciones que habian discutido despacio en aquel tenebroso congreso.

Quizá estas cosas os parecerán, Stephen, imposibles, é increíbles. Ay! ojalá pudiese creer que todo esto no es mas que un sueño! ojala no tuviese en mi poder una prueba despedazadora de la realidad de mis recuerdos!..... Pero á cualquiera que judase, amigo mio, le presentaria una tumba.....

Su honor contestó brevemente y con una singular autoridad de palabras á las diversas arengas de los oradores. Parecia estaba muy fatigado de su elocuencia, y se volvía sin cesar hácia Harriet, como si fuera un crimen de sus subordinados robarle asi algunos instantes de su felicidad.

Al fin del último discurso, se levantó y saludó á la asamblea con real cortesania.

—Milores y señores, dijo sonriéndose, hay tiempo para todo. Hemos deliberado toda la semana, discutido, y combinado,..... Ahora regocijemosnos!

Un trueno de aplausos vino á conmover las bóvedas diez veces seculares de la antigua capilla.

—Fergus! Fergus para siempre! gritaron con frenesí.

Al mismo tiempo, á un gesto de su ho-

nor, se despertó la orquesta. Todos los instrumentos que la componían rompieron á la vez, y la nave se llenó de una estrepitosa y viva armonía.

Algunas coplas se entonaron. Un movimiento de vals sucedió al preludio. Cinco minutos después la mitad de los convidados bailaban al rededor de la mesa.

Al cabo de otros cinco minutos, no quedaban en sus sillas mas que el gefe de la asociación, y mi desgraciada hermana.

Los demás, impelidos por un movimiento de vals acelerado sin cesar, daban vueltas, y las daban en un círculo sin término. Mi vista se desvanecía siguiéndolos..... Inmóvil, sentía alternativamente en mi semblante el perfumado viento de los vestidos de terciopelo, y el ronco roce de los toscos sayales.

Y el baile iba apresurando á cada vuelta su rápida rotación. Las mugeres palidecían y los ojos de los hombres se llenaban de fuego.

Su honor tenía siempre enlazada en sus brazos á la joven del peñador blanco. Sus bocas se tocaban; se hablaban muy bajo, y mi pobre hermana alucinada, parecía muy dichosa.

En el momento en que el vals llegaba al paroxismo de su tronadora celeridad, el gefe se inclinó sobre la mano de mi hermana dando en ella un beso, en seguida apre-

tando al rededor de su cintura el cinturón de su toga, suspendió á la pobre jóven en sus vigorosos brazos, y bajó las gradas de su trono.

La orquesta amortiguó al punto su aire, para tocar uno de aquellos indolentes vales alemanes cuyas notas se balancean perezosamente y mecen á el alma como las pensativas elegías, de los poetas germánicos.

Entonces fué cuando pude ver el semblante de mi hermana; pues era ella, Stephen! Oh! mi desesperacion no me habia engañado!.....

La pobre desgraciada se sonreia dichosa de poder bailar su vals de los desposorios; se sonreia, y su sonrisa me despedazaba el corazon.

Su honor la arrastraba dócil, mezclándose al movimiento de los bailadores. Poco á poco las filas se aclaraban á su alrededor. Los demas bailarines cansados, ó deseando verlos, se colocaron en fila.

Muy pronto Harriet y su caballero quedaron solos. Creo verla aun, Stephen, pasando cerca de mi, sonriéndose y dichosa, cerca de mi que yacia tirado, amarrado, y privado del habla..... Veo aun el gracioso balance de su flexible talle, que se abandonaba confiada, en los robustos brazos de aquel hombre.....

Oh! á ese hombre!..... lo aborrezco! lo aborrezco, Stephen!

Un murmullo admirador los seguía, pues los dos eran hermosos.

Sin embargo, Harriet se cansaba. Apoyó con languidez su pálida frente en el hombro de su honor, que se detuvo al momento para colocarla, medio desmayada, sobre un ancho diván que ocupaba la cabecera principal de la mesa.

La orquesta continuaba tocando dulcemente el motivo del vals alemán.

Su honor se dejó caer sobre el diván al lado de Harriet. Fué una señal. Un ruido estridente se dejó oír en lo alto de la bóveda y las mil bugias se apagaron á la vez.

Todo quedó sumido en una noche profunda. La orquesta se calló.

Las cuerdas que me sujetaban se me introdujeron por las carnes al desesperado esfuerzo que hice para socorrer á mi hermana en aquel momento supremo pero todo fué inútil, y volví á caer vencido, mudo, anonadado.

Dios se compadeció de mí, pues perdí el conocimiento.

—Desventurado amigo! murmuró Stephen que apretaba dolorosamente la mano de Perceval entre las suyas.

Este se hallaba hacia algunos momentos en un estado de fría insensibilidad. La voz de Mac-Nab lo hizo estremecer.

—¿En qué había quedado? preguntó

bruscamente, pues es necesario acabar con esta cruel narracion, Mac-Nab..... ¿Os he dicho que despues de aquel vals maldito, el fraile se habia sentado junto á mi hermana, y que las bugias habian sido apágadas por una bocanada del infierno?... Si! he debido deciros esto, pues me compadeceis demasiado para que no sepais toda mi desgracia..... Caballero, se trata aqui de una hija de Perceval..... juradme por vuestro honor que guardareis mi secreto!

—Oh! Frank!..... exclamó Stephen, ¿necesitais de mi juramento?

—No! contestó Frank con estravio: ¿os he ecsigido un juramento, Stephen?..... No... Es preciso que os compadezcáis de mi..... Escuchad! Creo que amaba á mi hermana aun mas que á Mary..... Mary, mi único amor para lo sucesivo..... Oh! lo creo!

Ignoro cuanto tiempo duró mi desmayo; añadió casi al punto. Cuando recobré mis sentidos, aun duraba la obscuridad, y un profundo silencio reinaba en la sala.

Al cabo de cerca de una hora, oí un ruido en direccion á las galerias donde yo habia vagado durante la noche. La puerta por donde yo habia entrado se abrió, y muchos hombres entraron trayendo en sus manos antorchas encendidas.

Su luz iluminó vagamente los resultados de la orgía: frailes y mugeres dormian mezclados.

Pero no fué eso lo que buscó mi mirada. Mis ojos se dirigieron al momento con avidéz hácia el divan donde se habia sentado el gefe al lado de mi hermana.

Esta permanecia tendida sobre los cojines; dormitaba. Por lo que respecta al fraile estaba de pié, con los brazos cruzados sobre el pecho, y parecia absorto en profundas meditaciones.

La luz de las antorchas lo sacó de ellas, y su primera mirada fué para mi hermana, que contempló un instante con compasion y amor.

Se inclinó, y le dió un beso en la frente.

En seguida, despojándose de su bata de seda, la tapó con ella como con un velo.

¿No habia alguna delicadeza en lo íntimo del corazon de aquel hombre. Stephen?

Asi que hizo esto, se adelantó hasta el centro de los durmientes, y gritó con voz atronadora.

=Arriba, caballeros, arriba!

Los hombres se levantaron, y las mugeres desaparecieron como por encanto.

La antigua nave habia cambiado enteramente de aspecto. Iluminada ahora, no por el cándido brillo de las bugias, sino por la humeante y enrojecida luz de las antorchas, aparecia en su primitiva y verdadera fisonomia, vasta, sombría, misteriosa. La mesa

llena de manjares era todo lo que quedaba de la orgia de la víspera. Los músicos habían seguido á las mugeres, y no quedaban en la capilla mas que los frailes reunidos en círculo al rededor de su honor.

—Milores y caballeros, dijo, ya hallgado el momento de la separacion!.... Quedo satisfecho de vuestros trabajos..... Aun tengo que hacer muchas cosas en el continente; pero un año me bastará para esto, segun creo..... Entonces volveré con algunos buenos y fieles amigos..... Hasta entonces, tened siempre presente mis instrucciones; no olvideis nada, y obedeced.

Los frailes se inclinaron alrédedor.

—¿Está todo listo? preguntó su honor á uno de los que traian las antorchas.

—Los carruages esperan al pié del castillo, contestó este.

—Vamos, señores, buen ecsito, y hasta la vista.

Hubo un movimiento general hacía la puerta; pero en aquel momento uno de los frailes se dirigió hacía el gefe, me señaló con el dedo y le dijo.

—¿Qué se ha de hacer de eso?

Su honor fijó en mi su mirada.

—El hermano de esa desgraciada jóven!..... murmuró,

—¿Será necesario?..... continuó el fraile, un gesto espresivo acabó su pensamiento.

—Silencio, doctor, silencio!..... ¿De qué servirá ese inútil asesinato?

—No tan inútil, milord, contestó el doctor levantando la voz, y si consultamos á nuestros hermanos.

Esto era seguramente una llamada. Los frailes se acercaron.

—Doctor, contestó el gefe enderezando su alta estatura, no me agrada que discutais conmigo..... Retiraos, señores.

—Pero ese hombre puede perdernos, exclamó el doctor.

—Es verdad! es cierto! murmurò la multitud.

Su honor contuvo un gesto de violenta cólera.

—Milores y señores, dijo, bien sabeis que nuestro retiro no se puede encontrar..... En este momento la salida que ha dado entrada á ese jóven, ya no ecsiste..... y ademas, podrá acordarse de las mil sinuosidades de las galerias?.....

—Ha entrado una vez!..... interrumpió una voz en la multitud.

—Señores, suplico que no me interrumpais..... Os pido la vida de este jóven.

Un murmullo se oyó entre la multitud.

—Amo á esa jóven que es su hermana, añadió el gefe..... que no sea para ella esta noche sino un recuerdo de amor.....

El murmullo se aumentò.

—Que no se mezcle en su memoria mi imagen con un pensamiento de luto.

—Por el mismo infierno! milord, exclamó una voz tosca, poneis semejantes necesidades en balanza con nuestra seguridad?.....

No podeis haber visto nunca, Stephen, una transformacion mas repentina y mas terrible que la que se operó en la tranquila y orgullosa fisonomia de su honor. Sus ojos lanzaron un brillo abrasador, mientras que los músculos de su cara se estremecieron violentamente. Su frente se enrojeció de pronto, y por entre la cubierta de sangre que la coloreaba uniformemente, se manifestó la línea blanca de una cicatriz, tan clara y tan señalada, que parecia hecha con un pincél...

—¿Desde la ceja izquierda al nacimiento del cabello?..... interrumpió Stephen.

—Si, es cierto! contestó Frank; ¿os acordais de mi sueño?

—Me acuerdo de lo que he visto, Perceval! respondió con lentitud Stephen; me acuerdo de el asesino de mi padre..... Oh! él es!... seguramente él es!



CAPITULO OCTAVO.

El pacto entre dos odios.

ESCUCHAD , Frank , escuchad á vuestra vez, continuó Stephen, pues es preciso que de todo esto resulte para nosotros una certeza..... Despues continuareis vuestra narracion..... Oh! él es, es el mismo hombre que doce años antes llenó de luto á nuestras familias..... no puede haber equivocacion: ademas de esa señal con que lo han marca-

do la mano de Dios en la frente para designarlo á nuestra venganza , se vé tambien el mismo orgullo extraño en medio del crimen; y el mismo valor audáz en medio de la bajeza.

Yo era muy niño. Mi cama estaba colocada en un rincon de aquel cuarto de la casa de Randal, donde se acostó vuestra desgraciada hermana , en aquella misma cama donde mi padre dormia la noche de que os he hablado.

La puerta por donde bajasteis al subterráneo se abrió , y dos hombres enmascarados entraron.

Uno de ellos puso sobre la mesa la luz que traia en la mano , y se llegó á mi para taparme la boca con un pañuelo. Al mismo tiempo se colocò entre mi y la cama para impedirme que viese ; pero no se colocó tan bien que no pudiese mi vista introducirse por entre su brazo y su cuerpo : todo lo vi.

El otro hombre , el mayor , el que tenia dos puñales en la mano , se dirigió derecho á la cama de mi padre y lo llamó muy alto por su nombre. Mi padre se despertó sobresaltado. Al ver á aquel extraño de pié á su cabecera , dió un grito :

—Silencio , Mac-Nab , callate ! dijo el hombre enmascarado , soy yo.

—O' Breanne ! murmuró mi padre in-

clinando la cabeza; ya yo esperaba esto!..... Jugaba mi vida, y he perdido!

—Todavía no, Mac-Nab..... Arriba!.... Bien sabeis que no asesino!..... Arriba, vuelvo á decirte! he traído dos puñales.

Mi padre se levantó con lentitud. Mi terror llegó á su colmo, pero continuaba mirando.

Así que mi padre se puso de pié, el que el había llamado O' Breanne le dió uno de los puñales. Mi padre lo tomó y se puso en guardia.

El combate fué silencioso y corto. Mi padre cayó al cabo de unos momentos.

—Dentro de una hora quedaré vengado! murmuró.

O' Breanne se había inclinado para herir y al levantarse se desató su máscara. Vi su semblante por espacio de un segundo, Frank.... vi su frente enrojecida por el ardor de la lucha, y en medio de ella una cicatriz blanca en todo parecida á la que me habeis descrito.

—El niño os ha visto, milord , exclamó el hombre que me sugetaba.

Al mismo tiempo levantó sobre mi su puñal, pero O' Breanne que se había puesto de nuevo su máscara, lo arrancó de sus manos y se inclinó sobre mi cama.

—Desgraciado niño! murmuró con voz duce y llena de compasión. Bien sabe Dios

que hubiera deseado librar á tu padre..... Pero se interpuso en mi camino..... y es necesario que yo marche!

Abrió la ventana, y él y su compañero saltaron al campo.

A mis gritos se puso toda la casa en movimiento, y casi al instante entraron unos cuantos soldados de Dunfries, que habian sido llamados por mi padre.

Señalé á la puertecita. La abrieron y detrás estaba esa pared de que ya os he hablado, Perceval; pared maciza, firme, sin abertura ninguna, y cuya construccion data evidentemente de muchos siglos.

—Eso es extraño, murmuró Frank, y esa circunstancia de la que aun me veré obligado á volver á hablar al fin de mi narracion, no es uno de los menores misterios de ese funesto lugar, Stephen..... Pero seria en vano que intentasemos comprenderlo, y ademas hay en todo esto alguna cosa mas extraña aun..... Vuestra historia no se parece tan solo á la mia, Mac-Nab, se parece tambien á la de lady Ophelia.....

—Que!..... quiso esclamar Stephen.

—El secreto de la condesa de Derby no me pertenece, interrumpió Frank, y no me es permitido servirme de él sino de cierto modo, y respecto á ciertas personas..... Pero á lo menos, tengo derecho de servirme de él respecto á mi mismo, y esta revelacion

que concuerda con vuestras palabras, y con mis recuerdos, aclara mis dudas hasta el punto de casi cambiarlas en certeza.

Stephen, me parece que conozco el nombre de la persona enmascarada que mató á vuestro padre, y tambien el del infame que deshonró á mi hermana.....

Coincidencia extraordinaria! como si todo entre nosotros debiese ser igual, él os salva la vida en la habitacion de la casa de Randal, y á mi me la salva en la capilla.

Quizá me la haya librado alguna vez mas que á vos.....

Pero el beneficio es demasiado débil para cubrir la ofensa.

—¿No me direis su nombre? le preguntó Stephen.

—Amigo mio, contestó Perceval, os diré su nombre..... Pero escuchad lo que fué de mi hermana.

La repentina cólera de su gefe causó en los fingidos frailes un efecto mágico. Retrocedieron aterrorizados, dejando entre ellos y él un gran espacio vacío. Yo lo miraba con un pasmo lleno de admiración, y no podia menos de comparar aquel soberbio poder, inclinado hácia el mal, con el poder caído del ángel que fué traidor á Dios.

Los murmullos habian cesado, y un profundo silencio réinaba en la capilla.

—Ese jóven vivirá, dijo su honor con-

teniendo su voz que queria estallar. Yo lo quiero.

Nadie se atrevió á responder.

El hermoso semblante de su honor, sin perder su espresion de altiva y dominante inflexibilidad, se habia puesto tranquilo. Sus negras cejas trazaban sobresu frente, pálida entonces una línea firme y pura en toda su fuerza. La cicatriz habia desaparecido.

—Milores y señores, añadió, no os detengo..... Podeis retiraros.

La asamblea entera se inclinó respetuosamente y en silencio. Un instante despues, no quebaba ya en la capilla con el gefemas que un fraile á quien habia detenido con un gesto.

—Doctor, le dijo, derramad algunas gotas de opio en los labios de esa pobre jóven que duerme alli debajo de mi vestido Es una niña hermosa y afable..... Debe ser muy amada.... y yo quisiera..... Pero es una locura sentir lo pasado, doctor.

El fraile tomó de un nécessaire pequeño que llevaba consigo una botellita con la que humedeció los labios de mi hermana.

—¿Y ese caballero? preguntó.

—Es necesario que tambien duerma ese jóven, doctor.

—¿Y si se niega á beber?

—Intentadlo.

El doctor, cuya barba postiza era una verdadera máscara, dispuesta de modo que ocultase casi enteramente su semblante, se adelantó hacia mi y desató mi mordaza.

Su honor se paseaba lentamente á el lado de la mesa.

Respiré con esfuerzo.

—¿Quereis beber? me preguntó el doctor.

Tomé la botellita y bebí.

—Cualquiera que seais, exclamé en seguida dirigiéndome al gefe, os declaro como un infame y un miserable..... Acepto la vida que me dais, pero es para vengarme.... Oh! no estais tan bien enmascarado que no os pueda reconocer.....

—Lo ois, milord, dijo el doctor.

—Lo oigo, caballero; pero los que han querido vengarse de mi, han muerto.....

Se acercó á los cogines donde yo estaba, y me miró de frente.

—Yo tambien, os reconoceré, murmuró, y si puedo os dejaré con vida.....

Si este hombre es el mismo que yo creo, Stephen, ha cumplido su promesa; pues este lunes pasado, ha tenido mi vida en sus manos.

Stephen creyó haberlo comprendido bien, pero queria una certeza.

—¿El lunes pasado?.... repitió.

Frank enseñó su herida.

—Es el mismo que me ha causado esto, murmuró.

—Rio-Santo! exclamó Mac-Nab, casi lo esperaba; pero jamas he visto á ese hombre, y no puedo saber.... Oh! es necesario que lo encuentre! pues no sabeis, Perceval, no sabeis hasta que extremo ha igualado la casualidad nuestras desgracias..... no sabeis hasta que punto nuestro odio tiene los mismos motivos y la misma medida..... no conoceis mas que la semejanza de nuestros pasados agravios!.... Pues bien! el presente tambien nos une! ese hombre que se interpone entre vos y miss Trevor, es el que me cierra el corazon de Clary.....

—¿Será posible?.... interrumpió Frank..

—A él es á quien ama Clary con esa ternura inconcebible cuyo manantial es un misterio como todo lo que rodea á ese hombre!..... el es quien tal vez la ha robado..

Stephen contó entonces detalladamente la escena de Temple-Church, y á la descripcion que hizo del hermoso pensador, Frank no pudo desconocer al marqués de Rio-Santo.

—Si, dijo despues de un momento de silencio, teneis derechos iguales á los mios, y Dios quiere que nos vengamos juntos...

Y esa semejanza que habeis encontrado entre el hombre de Temple-Church y el a-

sesino de vuestro padre, es una nueva prueba que se añade á las otras; pues sin habernos puesto de acuerdo, lo hemos reconocido los dos.....

Stephen se levantó dirigiéndose hácia la puerta.

—¿A dónde vais? le preguntó Frank.

—A batirme con el marqués de Rio-Santo, contestó el jóven médico, á quien la cólera le hacia perder toda su sangre fria natural, quizá seré mas dichoso que vos, Perceval.. sino... tendreis que vengar un hermano con vuestra hermana... Adios!

—Deteneos! exclamò Frank con amargura, quereis aprovecharos de mi herida... Ah! Stephen! esta es la primera vez que os encuentro egoista é injusto!

Stephen volvió hácia la cama, y estrechó entre sus manos las de Perceval.

—Perdonadme, murmuró, pero no tengo noticias ningunas de Clary, Frank.....

Este tirò á un lado su cobija, y echó los pies fuera de la cama con un ademan tan rápido, que Stephen no tuvo lugar para evitarlo.

—Mirad, amigo mio, mirad, ya estoy fuerte, dijo; y no os haré esperar mucho tiempo..... Oh! mi desgraciada Harriet, añadió estendiendo sus manos unidas hácia el retrato de su hermana; estais en el cielo don-

de se perdona..... pero en la tierra se vengaga..... Oh! amais el honor, Harriet, y erais Escocesa..... Hasta en la presencia de Dios os sonreireis del castigo de ese hombre.

Cuan hermosa era, ¿no es verdad Stephen? ¿Habeis visto alguna vez tanto candor sereno, unido á esa corona de dulce melancolia que baja sobre su frente de virgen, como un presagio de muerte precóz?..... Bien sabeis que se dice en nuestras montañas, que esas frentes celestiales causan envidia á los mismos ángeles, y llaman la muerte.....

Dios mio! cuanto la he llorado!

Algunas palabras mas concluirán mi narracion, Mac-Nab, añadió haciendo un esfuerzo, por que su voz se sofocaba en un repentino impulso de dolor. El gefe y al que este llamaba doctor, se retiraron, y yo permanecí solo con Harriet dormida.

Me habian quitado una parte de mis ligaduras: me arrastré hasta llegar junto á mi hermana, y levanté el velo de seda que la cubria enteramente.

Se sonreia con ternura, y en su sueño pronunciò el nombre querido de Henry Dutton.

Desventurada hermana!

Me senté á su lado. El sueño se apoderaba de mi, y conocí que perdía el conocimiento en el instante en que le daba un beso en su frente.

No sabré deciros el tiempo que permaneci bajo la influencia de aquel narcótico; pero lo cierto es que hay tanta distancia desde Crewe á Doudley-Castle, que se halla situado entre Peebles y Middleton, que seguramente se necesita mas de un dia para recorrerla por el mal estado de los caminos del sud de la Escocia: y sin embargo, Stephen, cuando me desperté, me encontré á la vista del castillo de mi madre. El sol se levantaba por detras de las risueñas montañas del Lander. Mi hermana y yo estábamos en nuestra silla de posta, y Harriet continuaba durmiendo.

La silla estaba desenganchada, y habian desaparecido el postillon y los caballos.

Me acerqué á la reja del parque, llamé, y llevaron á mi hermana á la casa.

Se despertó, y su primera mirada fué para mi.

—Frank, dijo, me acuerdo.... sé..... Será necesario que muera.

Desde aquel dia, Stephen, no oí jamas á mi pobre Harriet pronunciar una palabra. Se consumia lentamente entre mi madre y entre mi, asesinada por la seguridad que tenia de su vergüenza. Algunas veces, mientras que duraron los hermosos dias, iba al parque á sentarse bajo de una encina. Las horas pasaban, y ella permanecia inmóvil. Mi madre la seguia llorando y se moria de verla morir de aquel modo,

Cuando llegó el otoño le abandonaron las fuerzas ; no podia ir ya al parque , y el aliento le faltaba.

Una tarde nos llamó por señas á mi madre y á mi al lado de su gran sillón. Nos sentamos junto á ella, puso sus manos en las nuestras, y comenzó á reirse por la primera vez despues de seis meses!

En seguida levantó al cielo sus grandes ojos azules.

Mi madre cayó de rodillas y oró.

Stephen, Harriet estaba muerta.

Yo no habia esperado este momento para darlos pasos necesarios con la justicia, pues al dia siguiente al de mi llegada á Dudley-Castle, escribí á vuestro tío M. Mac-Farlaine, como magistrado del condado de Dunfries, una carta terminante , detallada, donde toda la parte de nuestra misteriosa aventura que no tenia relacion directa con el honor del nombre de Perceval, quedó de manifiesto.

Vuestro tío, Stephen, me respondió con otra que tengo derecho de llamar evasiva por no calificarla mas severamente, en la que se escusaba de entablar una pesquisa sobre un hecho tan extraño, romanesco, imposible.....

Yo insistí de una manera apremiante y perentoria.

La pesquisa se verificó, principiándose y concluyéndose en la casa de Randal Gra-

ham entre las paredes de aquella habitacion en que se habia acostado mi hermana. El acto fué en sesion secreta permanente, porque desde las primeras líneas se juzgó errónea mi declaracion.

Con efecto, la escalera que indicaba me habia servido para bajar á los subterráneos no existia. En su lugar detrás de la puerta, se levantaba una pared de piedras de una antigüedad incontestable.

Por lo que respecta á los subterráneos, veinte testigos declararon que no habian oido hablar nunca de ellos.

—Yo hubiera dicho lo mismo que esos testigos, Frank, dijo Stephen.

—Os creo, Mac-Nab; quizá soy injusto respecto á M. Mac-Farlane..... Y sin embargo, aquella capilla maldita se hallaba precisamente debajo de su castillo de Crewel!... Pero no es tiempo aun de que aclaremos este negocio, pues tenemos otra cosa en que pensar para entretenernos ahora en adivinar enigmas..... ¿Permaneceis aun en la idea de batiros con Rio-Santo?

—No, contestó Stephen.

Frank tuvo un movimiento de alegría.

—¿Y creéis, preguntó con viveza, que yo estaré pronto en estado de volver á hacerlo?

—¿Vos, Perceval? dijo con frialdad Stephen; tampoco cruzareis en lo sucesivo

vuestro acero con ese hombre..... La espada, amigo mio, es un arma digna de usarse solamente contra un brazo leal..... Con el marqués de Rio-Santo se necesitan otros medios..... ¿No adivinais ahora que aquella escena diabolica representada á vuestra cabecera para engañar á James Trevor es una invencion de su señoria.

—Lo creéis así!..... empezó Frank.

Aún creo mas, exclamó Stephen. Una duda que hubiera debido rechazar, ha llegado á ser para mi una certeza..... ¿Reconoceriais á ese fraile que llamaban *doctor* en los subterráneos de Crewe?

No sé..... ¿Y por qué lo preguntais?

—Mi imaginacion se adelanta demasiado, murmuró Stephen en lugar de responder, y al fin no puedo creer que el doctor Moore..... Uno de nuestros primeros facultativos..... se fuese á beber y bailar con los bandidos en las ruinas de santa Maria... Pero no por eso es menos constante la tentativa de esesinato... ¿Y por qué tenia de querer asesinaros el doctor Moore, Frank? añadió el jóven médico dirigiéndose de pronto á Perceval.

—Ya me habeis hablado de eso, Stephen; pero el marqués de Rio-Santo acababa de librarme la vida.....

—Oh! todo gran actor, interrumpió Mac-Nab, tiene rasgos de delicadeza infinita en el

papel de representante..... Yo creo que el marqués es un gran actor..... Y en cualquier caso es un enemigo temible, por que toda clase de armas es buena para él.....

No tenemos en su contra mas que odio y sospechas, dijo Frank.

=Mucho odio, y terribles sospechas, Perceval!..... Dadme vuestra mano..... el pulso está bueno..... estareis en disposicion de volver á comenzar desde esta noche la batalla!.....

—Explicaos, Stephen.

—Voy á llamar á Jack..... Ya son las siete y media..... A las ocho estaremos en Regent-Straect.

Jack apareció en el dintel de la puerta.

—Vestid á vuestro amo, le dijo Stephen.

Admirado Frank dejó que hicieran lo que acababa de mandar Stephen. No experimentaba mas resentimiento de su herida sino una debilidad muy grande.

Asi que acabò de vestirlo el anciano criado, añadió Stephen.

=Haced venir un carruage, Jack.

—¿Por fin, me direis cual es vuestro proyecto, Mac-Nab? preguntó Frank.

Stephen le tomó la mano, y se la apretó fuertemente.

—Amigo mio, le dijo con tranquila firmeza; vamos á entablar la lucha, primera-

mente en beneficio vuestro..... Mi vez llegará..... Es necesario que tengais una conferencia particular con miss Trevor.

—Bien lo quisiera..... lo desearia aun al precio de mi sangre, Stephen; pero.....

—Quereis escucharme!..... esta conferencia será el primer golpe que se dará á el enemigo comun..... ¿Y el medio de obtenerla? No tengo ninguna seguridad, pero lady Ophelia está celosa, y nosotros vamos á su casa.





CAPITULO NOVENO.

El pequeño comité.

AQUELLA misma noche habia una pequeña reunion en Trevor-House. Lord James jugaba su whist con el doctor Müller, cuya flema alemana habia hecho su conquista, lord Stewart, y sir Arcadius Bombastic, poeta laureado.

Lady Campbell estaba rodeada de su corte, á la que faltaban el marqués de Rio

Santo, y el hermoso caballero Angelo Bembo. Reconoceríamos á su alrededor un gran número de fisonomias: lady Stewart y su hija, la linda y alegre Diana, lady Margaret Wawerwenbilwodie, baronesa, la rubia Cicely Kemp, sir Paulus Waterfield, lord John Tantivy, el sportaman, el vizconde de Lantures-Luces, y otros muchos.

Hacia cinco dias que Mary Trevor no salia de su habitacion: esta noche, habia bajado al salon para reunirse con miss Diana Stewart, su intima amiga.

La pobre Mary estaba muy débil y muy mudada. Su delicado talle parecia inclinarse bajo el peso de una terrible angustia, y no se podia ver sin compasion la diáfana palidez de su semblante.

Se notaba un gran contraste entre ella y su amiga. Miss Stewart era del país de Gales: su téz era de un morenito claro, los ojos obscuros, la boca sonrosada, un poco grande, apareciendo en ella una maligna sonrisa que la hacia encantadora. Sus cabellos castaños tenian esos reflejos cenizos que parecen particulares á la belleza británica, y ante la que se eclipsan los tonos tan estrepitosamente admirados de las caballerías españolas. Sus cejas eran negras, arqueadas, é iban á ocultar el extremo de su linea hasta bajo los abundantes tirabuzones de su peinado. Sus mejillas tenian los graciosos ho-

yuelos de las sencillas coquetas de Caernawon, y en el ovalo un poco redondo de su cara sus juanetes sobresalian alguna cosa como para manifestar su origen celtico.

Todo este conjunto brillaba de salud, de alegria, de malicia, de juventud, de vida, y de bondad.

Causaba pena ver á Mary á su lado. Su hermosura mas distinguida, y de un tipo superior, desaparecia borrada por el brillo deslumbrador de su fresca compañera. Además, habia tanto sufrimiento en aquellas facciones pálidas, tanta angustia en su mirada apagada! y sus ojos llenos de ojeras conservaban la señal de tantas lágrimas!

Las dos jóvenes hablaban á un lado: los demas de la reunion, estaban cercanos á la chimenea, bajo la presidencia natural de lady Campbell.

La conversacion iba rodando de una á otra cosa, desflorando mil objetos actuales ó pasados. Era una de esas conversaciones indefinibles que divierten ó adormecen segun las circunstancias.

Lady Campbell sostenia como de costumbre el peso de la conversacion, y, como tenia su idea fija, aquella venia á caer periodicamente en el marqués de Rio-Santo.

—Lo cierto es, que no lo he visto en el parque, dijo lord John Tantivy, desde..... esperad..... hace cinco dias seguramente.

—No se le vé en ninguna parte, añadió lady Margaret, ni en el parque, ni en otro lugar.

—Es un eclipse total! murmuró distintamente el francesillo Lantures-Luces, hablo con formalidad.

—Amigo mio, siempre hablais con formalidad añadió el sportman subiéndose la inflexible almohadilla de su corbata..... Hace cinco días montaba el marqués á Kitty-Bell, su yegua blanca que ganó el penúltimo Kandicap en Epsom..... El día anterior montaba..... ¿Estabais allí, sir Paulus?

—Si, milord..... Pero seguramente es preciso, miladies, que el marqués no vaya á ninguna parte para desterrarse así del círculo de milady: (sir Paulus saludó á la hermana de lord Trevor), y es necesario suponer que una indisposición.....

—Diantre! murmuró el sportman, me parece que ese baronet de dos peniques me ha contestado por encima de el hombro...

La honorable Cicely Kemp agitó graciosamente un desmedido par de racimos de blondas que ondeaban desde su frente á sus hombros.

—El señor marqués de Rio-Santo no está malo, dijo mordiéndose sus lindos labios rosados, y se cuentan mil anécdotas respecto á su gran casa de Belgrave-Square.

—¿Y qué es lo que dicen, amor mio? preguntó con prontitud lady Margaret.

—Oh! señora , respondió la honorable Cicely Kemp, que se mordía cada vez mas los labios; las jóvenes antes de casarse no deben manifestarse demasiado doctas respecto á ciertas cosas.

El sportman ahogó en su corbata una carcajada , y pensó que miss Fraskita , su yegua isabela, no hubiera contestado mejor.

Lantures-Luces se inclinó con aire amable, y dijo.

—Miss, teneis un abanico encantador; hablo...Con toda formalidad! concluyó el vengativo sportman.

—Lord John lo ha adivinado, señoras Lo poneis en camino. Ah! ese querido Rio-Santo no es el solo transfugo..... Tampoco se ve en ninguna parte á Brian de Lan-
cester..... Nuestros dos astros nos faltan á la par.

—Vizconde, siempre sois muy modesto, dijo sonriendose lady Campbell.

—No del todo, señora; vos sois demasiado buena; hablo..... vamos , lord John, concluid.

Tantivy hizo una mueca y murmuró. Diantre! si Lantures-Luces hubiese tenido una sangre pura, hubiera intentado un castigo ejemplar: pero el vivaracho francesito ni aun siquiera hubiera podido hacer al trote, la mitad de la vuelta del hipodromo de New-Market.

—Con toda formalidad! añadió con triunfo; lord John no ha querido ayudarme..... ¿Alguna de vosotras, señoras, ha oído hablar de ese querido Brian de Lancaster?

—Absolutamente nada desde la famosa comedia que representó en Covent-Garden, contestó lady Campbell.

—De cuyas resultas, añadió lady Margaret, el conde de White-Manor ha estado dos días en cama.

—Dicen que está enamorado, murmuró Cicely-Kemp, ruborizándose inmoderadamente.

—Shoking! murmuró *in petto* lady Margaret.

—El amor es el único y verdadero bien sobre la tierra, miladies, declamó desde lejos el poeta laureado; es una inmaterial emanacion que se escapa de un corazon para ir á encantar á otro, un soplo que no puede cogerse, una inspiracion del alma....

—Sir Argatius, interrumpió tranquilamente el doctor Muller, no se trata aquí d' inspirationi, sino de la juega..... Cuitato sir Argatius que ye voi á cogeros in uno renuntio.

Esta diversion hizo olvidar el inconveniente adjetivo empleado por la honorable Cicely Kemp. Hablar de amor á los diez y seis años y un mes!....

—Figuraos, hermosas damas, añadió el

vizconde de Lantures-Luces, que esa misma noche quiso reñir Brian conmigo á puñadas...

Escelente idea! pensó Tantivy.

=En los palcos del teatro. Yo estaba con,..... con una dama, miladies.

=Con la signora Briota, dijo la incorregible Cicely Kemp; baila muy bien; pero tiene unos tobillos muy salientes.

—Oh! señora! exclamò Lantures-Luces escandalizado.

—En otros términos, le dijo al oído Tantivy, la signora está coronada querido mio..... En la primavera pasada me ví obligado á vender á *lady Aurora* y á la pobre *Presuncion* para subvenir á estos gastos.

—Oh! milord! dijo Lantures-Luces, ¿podeis comparar?..... Pero no se puede ganar mucho en compañía de la pobre *Presuncion* y de *lady Aurora*..... Lo cierto es, señoras, que Brian me puso los puños en el cuello: un segundo despues ya yo estaba en medio de los caños.

=Es un terrible original! dijo lady Margaret con admiracion.

—Contadnos eso. M. de Lantures-Luces, añadió lady Campbell, es menester que con-vengamos, señoras, que á no ser por el vizconde..... y tambien por lord John Tantivy nos veriamos abandonadas.

Las ladies se inclinaron.

=Vaya querido mio, contad! dijo el

sportman con aire de pesarosa resignacion.

Debemos advertir al lector que lord John Tantivy poseia en aquella época del año una presencia regular. No comenzaba su famoso regimen sino en el mes de febrero, á fin de estar listo en abril para las primeras catreras. En enero era un caballero como otro cualquiera, con sus cabellos largos, una corbata desmesuradamente alta, almidonada hasta lo sumo, frac angosto, chaleco clásico, y patillas rizadas naturalmente.

Una sola particularidad lo distinguia de los sencillos modales, esta era que se mantenía doblado en su silla, y daba á su cuerpo un balance continuo, como si hubiera tenido bajo sus piernas á *miss Fraskita Hypotenuse* ó á la pobre *Presuncion*.

Este caballero inventó seguramente el trote perpetuo.

El vizconde de Lantures-Luces se hizo rogar el tiempo conveniente, declaró con toda formalidad que la historia no valia la pena de haberse contado, y concluyó por decirle entera, sin olvidar la pérdida de su querido lente gemelo.

Se proclamó la anécdota encantadora, y John Tantivy únicamente no se divirtió.

—Diantrel dijo para sí: para que esto hubiera entretenido, seria necesario cuando menos que le hubiesen desbaratado la cara de una puñada!

Yo sé muy bien, señoras, exclamó Lantures-Luces, á quien los aplausos animaban, que ese querido Brian; gracias á Dios, proveería él solo á todos los salones de Lóndres de anécdotas!.....

—Con el marqués de Rio-Santo y con vos, vizconde, dijo la hermana de lord James, con tono en el que un imperceptible matiz de burla se ocultaba bajo el mas amable buen humor, verdaderamente que se hace el gasto de todas nuestras conversaciones ¿No es verdad, señoras?

—Seguramente, contestó lady Stewart.

—Hablan de Paris! añadió lady Margaret Wawerbenbilwoodie; pero Paris nos envia lo mejor que tiene.

—Ah!..... señoras!..... ah! miladies!... verdaderamente..... verdaderamente..... verdaderamente! dijo el francesillo saludando al rededor con entusiasmo: me favoreceis!... No merezco..... no, á fé mia! pero no..... hablo.....

—Hablais demasiado, jaca maldita, dijo para sí el sportman que tenia deseos de contar una *steeple chase* donde habian muerto veinte y dos caballos sin contar los caballeros corredores.

—Ya escuchamos, añadió lady Campbell.

—A fé mia, señoras, no es una cosa nueva..... Data lo menos de tres semanas,

pero los periódicos no han hablado de ello que yo sepa..... He aquí la historia....., Ese querido Brian había cenado aquella noche en el club solo con el príncipe Dimitri Tolstoï embajador de Rusia.....

—Cuanto desearia ser embajadora! dijo para sí la honorable Cicely Kemp.

—Su gracia, es necesario que lo sepais, bebe como un Cosaco, y tiene el vino muy melancólico.....

—El vino! exclamó desde su sitio sir Arcadius Bombastic; el vino, ese néctar precioso que un cielo madrastra ha negado á nuestros frios países, el vino, esa alegría de los fuertes, esa fuerza de los débiles; el vino, que la mitología nos manifiesta bajo la forma de un hermoso jóven coronado de pampas verdes, con la sonrisa en la boca, y el chiste en los labios.....

—Diablo! mein herr Pompadig! interrumpió el germano entregándose á estravagantes originalidades de pronunciaci3n; equivocais tutto con v3stros pampas verdes. Esto es intolerabile, tarteifle!

—Su gracia, continuó Lantures-Luces, suspira al sexto vaso de champagne, llora al dozavo, solloza al décimo octavo, y así sucesivamente.

Lancaster se hallaba precisamente aquella noche lleno de ideas tetricas, é hizo coro al príncipe hasta el décimo octavo vaso

inclusive. Cuando pasa este término, su gracia tiene la costumbre de romper los platos, y generalmente todo lo que se encuentra sobre la mesa Es una fantasía nacional, una gracia hiperborenea..... Por lo demas su gracia indemniza el gasto al dia siguiente por la mañana.

Brian rehusò seguirle, hasta aquel punto, y deseó limitarse á los suspiros. De aqui una discusion grave se suscitó. Se citaron para el dia siguiente en Greenwich. Un desafio á muerte debia verificarse, pues el príncipe estaba furioso.

Lo cierto es, señoras, que solo Brian en el mundo podria impedir á un tártaro que rompiese los platos á su gusto.

=¿Y se batieron? preguntó miss Cecily Kemp.

—Amor mio, tened un poco de paciencia! constestó lady Margaret.

=He aqui, señoras, añadió Lantures-Luces, que el príncipe que conocia muy bien que no podria destruir aquella noche la cosa mas trivial de una vajilla, se levantó para salir, pero Brian lo detuvo.

=Milord, le dijo, no conozco cosa mas fastidiosa que un desafio á espada, á no ser el de la pistola.

—Podremos batirnos al sable, le constestó el embajador.

—Callaos!..... Mejor seria la lanza.... ¿Os gusta la lanza, milord?

—¿Qué quiere decir eso, caballero? exclamó el príncipe que creyó se burlaban de su gracia.

—Os pregunto, milord, si os agrada la lanza..... pero no! esto se parecería á aquellos inocentes torneos que dan ciertos lores escoceses..... Sentaos, príncipe! Buscaremos juntos un medio de matarnos lo menos tontamente posible.

Su gracia se volvió á sentar.

Trajeron nuevamente champagne, y bebieron de lo lindo. El príncipe estaba borracho como el primer marqués de Irlanda en sus dias felices.

Lancaster se beberia el tonel d' Heidelberg sin perder absolutamente nada de su sangre fria.

—Milord, dijo al cabo de media hora, es preciso ahorcarnos.

—Sea en buen hora! exclamó el príncipe, ahorquémonos, por san Nicolás!..... Waiter! trae dos sogas.

—¿Para qué, milord?..... es un desafio, bien lo sabeis..... bastará una sola. Pero necesitamos dados. Vamos á jugar cual de los dos ahorrará al otro.

—Ah! vaya una idea de Lancaster, exclamó lady Margaret.

—¿Y se ahorcó alguno? preguntó la honorable Cicely Kemp.

—Esperad, hermosa mia!.....

—El príncipe gritó: bravo! añadió Lantures-Luces. Brian y él fueron en adelante los mejores amigos del mundo. Trajeron los dados: Brian perdió, y fué condenado á ser ahorcado.

El príncipe Dimitri Tolstoï no podia contener su ategria.

Era cerca de media noche. Brian y su gracia salieron del club de bracero, dirigiéndose hácia Portland-Place....

—Pero al fin dijo la honorable Cicely Kemp, M. de Lancaster no ha sido ahorcado, pues que.....

—Por favor, corazon mio, escuchad! exclamó lady Campbell; nadie cuenta una historia como M. de Lantures-Luces!.....

—Ah! señora! balbució el vizconde, me favoreceis mucho, os lo aseguro, y no me atreveré ya.....

La honorable Cicely Kemp se inclinó al oido de lady Margaret.

—Señora, murmuró, *ex-abrupto*, ¿queréis llevarme en vuestra compañía la primera vez que vayais á ver ahorcar á uno?

Esta terrible proposicion hizo dar un salto en su sillón á lady Margaret.

—Callaos! corazon mio, callaos! añadió; á vuestra edad!.....

—Asi que llegaron á Portland-Place delante de la casa del conde de White-Major, prosiguió Lantures-Luces, pues debeis

creer, señoras, que el conde tenia parte en esto, Brian se quitó su corbata, y echó abajo el cuello de su frac.

—Vaya, príncipe, dijo, echadme la cuerda al cuello si quereis.

—El príncipe no se hizo de rogar. Le costó un poco de trabajo; pero con una buena voluntad, señoras, consigue todo. Un momento despues, Brian de Lancaster se balanceaba colgado en el pescante de un farol de gás, y su Gracia el principe Dimitri Tolstoi se moria de risa mirándolo.

—Cómo! exclamó el coro femenino, las cosas llegaron á tal extremo?

—Si, miladies.

—Pero objetó Cicely Kemp, M. de Lancaster no quedó ahorcado definitivamente?

—Se diria que lo sentiais, amor mio; hizo observar agriamente lady Margaret.

Oh! no, señora, contestò la honorable miss; pero es necesario que toda historia tenga un fin.

—Esa es una verdad profunda, expresada en términos vulgares, dijo de lejos sir Arcadius Bombastic: bien sea una historia, ó un drama, debe tener una esposicion, un enredo, un desenlace..... prótasis, epítasis peripecia.....

—Brodasis, evídasis, beribecia, repitió el doctor Müller: esto es gonocido, mein herr Pompandig..... mas hablad ó fugad.

—Pues bien, dijo lady Campbell sonriéndose, apuesto á que el vizconde nos tiene tambien preparada su peripecia.

—Diantre de palabras dijo para si el sportman, sin embargo no son malitas para un caballo..... He de poner epitasis á la potrieca de miss *Frasquita*.

—Seguramente, señora, contestó Lantures-Luces con aire modesto; mi historia tiene un fin tal cual..... Hela aquí.

Brian tenia la cuerda con sus dos manos, y antes de lanzarse á la eternidad, maldijo á su hermano con voz sonora. Su arenga atrajo poco á poco á las ventanas á todas las personas del barrio, de tal suerte que al morir ese pobre Lancaster hubiera llevado al menos el consuelo de haber dado la última estocada al conde de White Manor.

Vamos Brian, vamos amigo mio, decia el principe que se habia sentado en la acera; soltad la cuerda como un valiente chico! No me hagais permanecer aqui mas tiempo.....conozco que voy á coger un resfriado!

Brian continuaba arengando, acusando á su hermano de su muerte y llamando sobre él la maldicion del cielo.

Entretanto pasaron por alli unos de la policia. Las personas que estaban escuchando desde los balcones les gritaron que socorriesen á aquel desgraciado que se iba á

ahorcar. Brian se apresuró á soltar la cuerda pero ya no era tiempo. Los de la policia lo descolgaron á pesar de los animosos esfuerzos del príncipe Tolstoi que perdió dos dientes en aquella memorable batalla.

Pero cuando Brian se encontró en el suelo, las cosas cambiaron de faz. Sabeis que hombre tan terrible es ese querido Brian, cuando se enfada, señoras?..... Pues bien se incomodó al ver que se habian tomado la libertad de descolgarlo. Habia alli cuatro dependientes de policia y Brian los tiró al suelo uno despues de otro como si hubieran sido soldados de plomo.

En seguida saludó con gravedad á su gracia el embajador de Rusia, que tambien se hallaba en el ceno, y se fué tranquilamente á acostar.

—Deliciosa locura! dijo lady Margaret.

—Verdaderamente miladies, añadió la hermana de lord Trevor, que no hay otro como M. de Lancaster para inventar y poner en ejecucion esas fantásticas *escentricidades* tambien es menester que convengamos en que no hay nadie como el vizconde para contarlas como se debe.

—Ah! señora! verdaderamente.....verdaderamente murmuró Lantures-Luces hinchado de satisfaccion.

—Aquiles fué muy dichoso en encontrar á un Homero! pronunció sentenciosamente el oeta laureado.

—¿Y que se hizo del embajador de Rusia? preguntó la rosada boca de Cicely Kemp.

—Ah! amor mio que importa eso?.....
¿Qué dice lor John Tantivy de esta encantadora anécdota?

—Digo , señoras respondió el sportman con gravedad , que dentro de poco ni aun siquiera tendremos libertad para movernos en Lóndres..... Ya veis cuatro tontos dependientes de policia impiden á un caballero que se ahorque, cuando tiene ganas de hacerlo..... tanto valdria vivir entre los turcos.

—Tantivy habla formalmente señoras observó Lantures-Luces, á quien su triunfo aguzaba la imaginacion: para contestar á las señoras, añadió saludando á miss Kemp, diré que el príncipe Dimitri Tolstoï no ha muerto y que ha dado mil libras á los periodistas para que no se ocupen de esta ocurrencia.

Hablaron aun por espacio de algunos minutos de esto, y en seguida la conversacion siguió su curso salton. Seguramente lady Campbell poseia en el mas alto grado la ciencia del mundo; pero cual es el piloto por hábil que sea que no da en un escollo una vez en la vida cuando la marea y el viento les son contrarios? lady Campbell no tenía mas que un deseo: este era el de impedir que la conversacion cayese en Frank Perceval.

Fatalmente llegaron á ella, porque en una reunion en pequeño comité es necesario hablar de todas las cosas, de todas.

La honorable Cicely Kemp, que representaba aqui el papel que el pintor francés Gavarnig dá á sus *Niños terribles* en sus encantadores bosquejos de costumbres, pronunció el nombre de Frank. Lady Margaret preguntó qué se habia hecho de él.....

Lady Campbell dirigió una inquieta mirada á su sobrina. El nombre de Frank habia producido el efecto temido. La desgraciada Mary inclinaba su pálida cabeza en el hombro de Diana Stewart.

—Frank continua malo, respondió Lantures-Luces: ni sale ni recibe.

—Permitidme, querido, replicó Tantivy, dichoso por contradecir á su afortunado rival: quizá no os reciba, pero sale. Acabo de encontrarlo en Regent-Street, á la puerta de la condesa de Derby.

—Ah!..... dijo muy alto lady Campbell; su primera visita es para lady Ophelia..... No sabia que estuviesen tan unidos.

—La condesa de Derby busca distracciones, dijo Cicely Kemp, la *niña terrible*.

En el momento en que concluia esta frase, que quizá no era mas que una repetición de lo que habria oido decir á alguna lady entrada ya en la edad de la razon, se

abrieron las dos hojas da la puerta del salon, y un criado anunció:

—La señora, condesa de Derby!





CAPITULO DECIMO.

Curiosidades del corazon.

DURANTE la conversacion eminentemente frívola que hemos contado en el precedente capítulo, miss Mary Trevor y Diana Stewart se habian separado del círculo principal, y habian entablado, en su particular, una conversacion bien distinta de la de los demas de la reunion.

—Mary, decia Diana que se habia pues—

to sería al ver la angustia de su amiga; mi buena Mary, ¿no me abríeis vuestro corazón?..... Os acordais que nós hemos prometido no tener ningun secreto una para otra, yo no tengo ningun secreto; si los tuviese los sabiais..... ¿No me amais ya, Mary?

—Si, Diana..... oh! os amo mucho.... como antes..... mas que antes, desde que los que me amaban me han olvidado!..... pero no tengo secretos.

—¿Y por qué estais tan pálida, Mary? ¿Por qué no podeis ya sonreiros?

—¿Podia yo sonreirme antes? murmuró miss Trevor. Diana, no penseis en eso.... yo, sonreirme!.....

—Oh! si, sonreiros! ser dichosa, Mary... Miss Trevor bajó la cabeza.

—Ser dichosa! repitió, como si aquella palabra hubiera sido para ella un término de una lengua desconocida.

—Lo erais otras veces, Mary.....

—Diana, no me acuerdo ya de eso.

Mary dijo esta palabra muy bajo. Era la espresion sencilla y sincera de una desanimacion tan profunda, que miss Stewart sintió llenársele los ojos de lágrimas.

—Querida Mary, dijo, no hableis asi. No podeis haber olvidado nuestras graciosas conversaciones en el castillo de mi madre, y nuestros largos paseos en los hermosos bos-

ques de Trevor-Castle!..... Que lindos sueños de porvenir hacíamos las dos!

—Eran sueños, Diana!....

—Sueños que se pueden cambiar en realidad, Mary!.... No ecsiste todo á vuestro lado como otras veces? No veis á mi primo Frank que ha vuelto de su viaje?.....

—Es necesario que no hablemos de Frank, dijo miss Trevor frunciendo ligeramente sus delicadas cejas.

—¿Por qué, Mary? ¿No lo amariais ya?

—No.

Mary volvió la cabeza. Cuando mirò de nuevo á su compañera, una especie de sonrisa que causaba pena, contraía su semblante.

—No lo sabeis? añadió; amo al marqués de Rio-Santo!

—Vos tambien! exclamó miss Stewart; Oh! tened cuidado pobre Mary! yo he tenido mucho miedo de amarle..... Creo que lo he amado..... aun creo.....

Diana se detuvo y se puso mas sonrosada que el raso de la cinta que sujetaba su hermosa cabellera. En seguida, de pronto, se sonrió de corazon.

—Pero yo, continuó, amo á mi modo, y no dejo que se apodere de mi esa melancolia..... Al fin es el rey de los hombres! Ah! vos lo amais, Mary..... Pues bien, ne puedo deciros lo dichosa que soy viendos embromar.....

—No embromo, Diana, sino miento.

Miss Stewart perdió su sonrisa, y contempló á su amiga, cuya quejosa voz se habia llenado de pronto de amargura.

—¿Mentis?..... repitió sin comprender.

—Sufro! murmuró miss Trevor.

Diana pasó su brazo al rededor del débil talle de su compañera.

—Demasiado se conoce pobre Mary, contestò suspirando, pero vuestro pensamiento se me escapa..... vuestras palabras no tienen sentido para mi....

—Tanto mejor Diana! es por que sois dichosa.

—Lo seria, Mary, sí no os viese sufrir..... Y quisiera aliviaros..... Dios mio! Pero yo no comprendo vuestro corazon..... Por compasion por vos y por mi, respondedme sin rodeos..... ¿No amais ya á Frank Perceval?

—Me caso con el marqués de Rio-Santo, Diana.

—Me lo habian dicho.... Y no queria creerlo..... Pobre Frank!

Mary aspiró con fuerza el olor acre y sutil de su tarrito de sales.

—Espero morir muy pronto! dijo.

Los brazos de miss Stewart volvieron á caerse.

—Morir! añadió. oh! aun lo amais, Mary.... Y como lo habeis olvidado! Un co-

razon noble como el vuestro no se cambia, y no ama mas que una vez..... ¿Pero qué estraña tirania fuerza asi vuestra voluntad? Lord Trevor es el mejor de los padres : lady Campbell.....

—Escuchad! interrumpió Mary con un estremecimiento de terror.

—¿Qué es lo que hay? preguntó miss Stewart.

—¿No ois?....

Diana escuchó con toda su atencion y no oyó nada á no ser la voz aflautada dei vizconde de Lantures-Luces , narrando, del agradable modo que lo hemos contado, una escentricidad de Brian de Lancaster.

Los nervios de la pobre Mary, parecian, no obstante, violentamente contraidos.

—Oh! yo oigo! dijo , y ese ruido me causa terror.... Es un carruage Diana que corre por el piso de Park-Lane.... Si será el suyo?.....

La voz de miss Trevor tenia un horror indecible.

—¿Qué carruage? preguntó Diana.

—El suyo!..... lo oigo desde muy lejos..... alguna cosa de él ausente corresponde con mis pobres nervios y los atormenta..... mi tia dice que lo amo..... y quizá lo ame. Diana..... no ameis nunca, oh! nunca; vos que sois tan fresca y tan linda, vos que os sonreis tan alegremente, Diana;

vos que cantais con tanta dulzura en vuestra harpa, vos que bailais con una alegria tan franca, vos que estais libre en todas partes, y que en todas partes sois dichosa!..... no ameis nunca, esto hace sufrir demasiado!... se aprende á llorar, Diana, se pone una pálida y triste..... el canto irrita, el baile cansa..... y la noche..... oh! la noche, Dios que no tiene compasion, os envia sueños de felicidad.... Sueños cuando la felicidad es imposible y que la angustia os espera al despertar!

Mary levantó al cielo sus grandes ojos sin lágrimas; su voz era sorda y lenta como la desesperacion.

—Pobre Mary! suspiró miss Stewart que adivinaba vagamente la estension de aquel extraño martirio.

—Hace seis dias que no ha venido, añadió miss Trevor: sé yo, Dios mio! si deseo que vuelva!..... sufro tanto cuando está lejos de mi, por que su pensamiento lo tengo sin cesar presente..... Ah! espero morir muy pronto!

—En otro tiempo, Mary, exclamó miss Stewart despedazada, cuando amabais á Frank Perceval, no sufriais así!

Una luz pasajera iluminó la pálida frente de miss Trevor.

—En otro tiempo, murmuró, en otro tiempo!..... cuando debia venir, cuan alegre

estaba yo! como espiaba la marcha demasiado lenta de la manilla en la muestra del reloj! Que solícita estaba por verlo, dichosa con su presencia, atenta á su noble palabra, celosa de cada una de sus miradas!.... Pero esto no era amor, Diana..... Mi tia me ha explicado muy detenidamente todo esto..... detenidamente y muchas veces.... si, tantas veces que una niebla ha cubierto mi propio pensamiento.... Ya veis que el amar es un suplicio, y lo que yo experimentaba por Frank, era un sentimiento lleno de esperanza y felicidad..... Oh! al marqués de Rio-Santo es al que yo amo!

Esta palabra que parecia ser una burla amarga y desesperada, la pronunció Mary con un tono de triste conviccion.

—Eso es locura, querida Mary! exclamó Diana: habeis comprendido mal á lady Campbell, ó la fascinacion que ejerce ese hombre ha turbado vuestra inteligencia..... Amais á Frank, y nunca lo habeis amado mas que ahora.

—Sois una jóven, mi buena Diana, dijo miss Trevor meneando la cabeza, y no entendeis nada de esas cosas.... ni yo tampoco, verdaderamente.... yo muero sin conocerlas.

Hubo un momento de silencio entre los dos amigas. M. de Lántures-Luces habia concluido su historia, y la conversacion tambien

tenia un momento de treguas al otro lado del salon. Diana contemplaba á su compañera con dolorosa curiosidad. Mary parecia meditaba, ò para hablar mejor, entregaba su imaginacion sin defensa á los asaltos de su cotidiana tristeza. Una nube de melancolia mas amarga, bajó de pronto sobre su frente.

—Sabeis, Diana, le dijo, que es muy hermosa la muger que me ha robado el corazon de Frank Perceval!

—Que decis, Mary! contestó con prontitud miss Stewart herida de un rayo de luz: amar Frank á otra muger!... Oh! cuanto desearia no engañarme y creer que solamente los celos causan vuestro tormento! Os tranquilizaria... pues estais en un error Mary!..... Y quien sabe si no ha sido una calumnia con la que os han querido robar al pobre Frank?

—La he visto, contestó Mary; y es muy hermosa.

—¿Y qué habeis podido ver? exclamó Diana, volviendo á recobrar toda su petulancia. Frank es mi primo, y no consentiré.... Pobre Mary! añadió; perdonadme! Creo que ahora comprendo vuestro mal.... Pero, ¿quién es en casa de Trevor el enemigo de Perceval.

—Yo! contestó miss Trevor, cuyos ojos tuvieron un fugitivo brillo de enojo.

—Vos, Mary!..... Como quereis que os crea! Sé que sois tan noble, tan buena!

..... Oh! todo esto es muy extraño Dios mio!.... He creído por un instante comprender; pero ahora veo que todas esas cosas extrañas son superiores á mi pobre inteligencia.... Parece que os han hecho algun maleficio!

=Quizá, Diana!..... ¿pero qué importa?..... No se que moriré muy pronto?

En aquel momento fué cuando, habiendo anunciado á la condesa de Derby, entró en el salon de Trevor.

Anteriormente, antes de la llegada de Rio-Santo á Lóndres, lady Ophelia estaba intimamente unida con lady Campbell. Despues, su conocida amistad con el marqués, habia naturalmente entibiado las relaciones entre ella y la tia de Mary. Sin embargo, no habian cesado del todo: no se hacen estos rompimientos voluntariamente en cierto círculo de la sociedad; por que un rompimiento siempre dá que hablar: Ya hemos visto á lady Ophelia en el baile de Trevor House.

Pero era muy raro ahora que lady Ophelia y lady Campbell se hiciesen una visita sin etiqueta, por decirlo asi, y en los dias reservados á los intimos. Un muro de etiqueta se habia levantado entre las dos: no se amaban.

Al contrario, lady Ophelia habia conservado para Mary Trevor una especie de amistad, ó mas bien de eterna compasion. Sin

embargo , Mary era su rival , pero el alma verdaderamente noble de la condesa de Derby, no podia conservar rencor contra aquella débil é inofensiva adversaria que le presentaba la casualidad. Y ademas, su esquisito talento, mundano, sutil , y sabio para distinguir los matices mas imperceptibles, veia muy claramente, ó casi leia en el fondo del corazon de Mary.

Adivinaba que su verdadera rival no era la pobre niña, sino su tia , lady Campbell, cuya tenacidad era una pasion, y que amaba, hasta perder en vano la razon, por cuenta y en lugar de su sobrina.

No sabemos que hayan compuesto ninguna comedia respecto á esto. La materia no es muy apropiado; pero Sheridan ó mejor Fielding, la hubieran sabido poner al alcance de todos. Y qué cosa mas cómica efectivamente, que esas escelentes criaturas, llegadas á la edad de la prudencia , que llevan la adhesion hasta encargarse de sentir por otra persona.

Las ladies Campbells ay! son menos raras de lo que se cree. Son mugeres virtuosas, espirituales, amables.....

Verdaderamente es asi, y nadie puede decir lo contrario. Y esas buenas criaturas llenas de dulzura de alma , hacen mas mal cada una que tres ó cuatro furias de la peor especie.

Están ociosas, tienen demasiado talento y demasiado corazon y lo emplean uno y otro. Es preciso que sea así, pues es la ley de la naturaleza.

Con algun mas egoismo buscarian la felicidad para si propias, y con menos talento no serian peligrosas seguramente.

Volved esto de otro modo y tocareis en lo grotesco y os hará reir; pero en nuestros labios se yela la risa. Bajo esos burlescos caprichos hay tambien tragedias.

Para los cuidados solícitos, generosos, maternales de cualquiera, lady Campbell, hay casi siempre alguna Mary Trevor que palidece, que sufre y llora....

La condesa de Derby con su mirada de gran señora, habia separado desde mucho tiempo la parte de la tia y la sobrina. A la primera, todo su rencor y á la segunda, toda su compasion. Solo que como ella no podia calcular esactamente la estremada esclavitud moral de miss Trevor, no sabia hasta que punto llegaba su martirio.

La entrada de la condesa de Derby, causó alguna sorpresa, á los tertulianos de Trevor house. Cada uno de ellos sabia perfectamente los términos en que se hallaban la hermosa visitadora y la dueña de la casa. El vizconde de Lantures-Luces acarició enérgicamente la cadena de su lente: el sportman murmuró: Diantre! Y mis Cicely Kemp, abria ya su boca de rosa para pronunciar

alguna enormidad, *shohwing*, alguna agudeza cuando lady Margaret tuvo la buena idea de imponerle silencio con un gesto.

Por lo que respecta á lady Campbell que seguramente no era la menos sorprendida, se levantó sonriéndose, y corrió al encuentro de su amiga con un verdadero transporte de alegría, lo que dió ocasion á lord John Tattivy de murmurar para si esta juiciosa reflexion.

—Dos yeguas se cocearian en semejante caso, y estas se acarician!

La palabra estas en el conocimiento de lord John, no envolvía ninguna comparacion que ofendiese á la mas hermosa mitad de la especie caballar.

Los jugadores al whist se levantaron. Tuvo un recibimiento en toda regla.

Pero mientras mas solicita y encantada aparecia lady Campbell, mas disgustada y turbada se manifestaba la Condesa de Derby. Y era una cosa muy estraña, pues lady Ophelia era citada en todo Lóndres por su incomparable conocimiento del mundo. Sus rivales copiaban sus pasos desesperando de hacerlo bien, si lo hacian de otro modo.

Estaba muy pálida. Sus ojos aun conservaban algunas señales de fatiga ó quizá de lágrimas, y su mirada era distraida hasta el estremo.

—No veo á mis Trevor, dijo antes de sentarse: ¿estará mala? T. 6.^o — 11.

Mary estaba delante de ella.

=Ah! añadió lady Ophelia distinguiéndola; cuan muada estais querida Mary!

Le dió un beso en la frente y por un movimiento involuntario, su mano se introdujo en su seno; pero la retiró vacia y avergonzada como si hubiera estado á punto de hacer una mala accion.

En seguida se alejó bruscamente de Mary para ir á sentarse en medio del círculo.

=Señora, le dijo Lantures-Luces, creo que no os he visto nunca un broche tan lindo como ese.

Es preciso añadir que lady Ophelia no tenia abanico que pudiese admirar con preferencia el francesillo.

—¿No ibais á darnos, añadió, noticias de ese querido Frank Perceval?

Lady Ophelia cambió de color.

—Como os ruborizais, milady, exclamó la honorable Cicely Kemp; y como palideceis ahora!

—Callaos, amor mio, callaos; murmuró lady Margaret.

=Frank Perceval! balbució lady Ophelia; no se.... seguramente..... caballero....

—Lord John se habrá engañado! interrumpió el francesillo que sobre todo tenia buen corazon.

La condesa advertida de este modo, añadió, haciendo un esfuerzo para reponerse:

=Efectivamente he visto al honora-

ble Frank Perceval, caballero. Continua padeciendo de su herida , y ademas..... sufre mucho, caballero.

Mary apretó el brazo de miss Stewart. Se alejaron , y lady Ophelia la siguió con mirada inquieta.

El resto de la visita, que no se prolongó mucho, fué penoso. apesar de los esfuerzos de lady Campbell que hizo prueba aunque en vano , de admirables recursos de conversacion. Seguramente la condesa sufria, y, cosa singular , se hubiera dicho que su disgusto provenia como de vergüenza ó remordimientos.

En fin se levantó. El círculo apresuraron á imitarla , pues contra toda costumbre, su presencia pesaba sobre la imaginacion de todos.

Despues de haber dado la mano á lady Campbell y saludado á lord James , en vez de dirigirse á la puerta , fué precipitadamente hácia Mary, que dió un débil grito.

Seguramente fué de sorpresa.

Sin embargo, miss Cicely Kemp pretendió , apesar de los repetidos chu de lady Margaret, que la condesa habia sacado de su seno un papel y echádolo en las faldas de Mary al abrazarla.

Lady Campbell dirigió una sospechosa mirada hácia aquel lado; pero no vió nada.

Es verdad que la blanca mano de Dia-

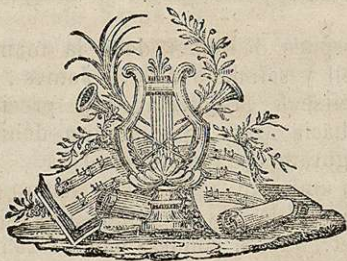
na Stewart se habia adelantado con prontitud, retirándose en seguida. Afortunadamente, la honorable Cicely Kemp, no distinguió este movimiento.

La condesa de Derby no estaba ya allí.

No era nada seguramente. El círculo se reformó, y glosó acerca de aquella inesperada visita.

En el interin, Mary, temblando, y respirando con dificultad, recibia á escondidas, de mano de miss Stewart, una carta en cuyo sobre reconoció á la primera ojeada la letra de Frank Perceval.

Miss Cicely Kemp no dejaba de tener alguna poca de razon.





CAPITULO DECIMO PRIMERO.

La cita.



RANK Perceval habia entrado solo en casa de la condesa de Derby , y Stephen lo esperò en el coche.

Necesitó muchas súplicas para determinar á lady Ophelia, tan verdaderamente dotada de la delicadeza del corazon, é imbuida en aquella alta y digna reserva que ocupa el lugar de la moral en las personas de

nuestros salones, necesitó, decimos, muchas súplicas para determinarla á dar el paso equívoco que encierra el capítulo precedente.

Entregar una misiva clandestina á una joven! Esto en nuestras costumbres hipócritas, que se ocultan para la multitud bajo un austero manto de gazmoñería, y aparentan incesantemente el falso puritanismo de una castidad llevada hasta el extremo, sobrepasa realmente los límites y debe parecer á todos una enormidad escandalosa. De trescientas docenas de ladies que hubiesen oído referir este hecho, ni siquiera una lo dejaría pasar sin levantar los ojos al cielo y entonar ese maullido cacafónico, ese oh! oh! oh! pronunciado en tres notas uniformemente falsas que es en Lóndres la suprema imprecación femenina. El famoso *shoking* sería impotente para espresar todo el fervor de su virtuosa indignación.

Somos muy galantes para no hacer también coro: es preciso maullar con las ladies; y también es casi indispensable ahullar con los lobos.

Formalmente, el hecho es grave en tesis general, y estamos muy distantes de aprobarlo.

Pero el caso de lady Ophelia no era un caso ordinario. Pedimos para ella al lector, no la vergüenza de las circunstancias atenuantes, sino una franca y completa absolución.

¿Acaso no sabia, la amenaza que pesaba sobre el porvenir de miss Trevor? ¿y no conocia los derechos de Frank para colocarse como defensor de la pobre afligida?

Por consiguiente, sus principales escrúpulos no habian dimanado de la repugnancia natural que tiene toda alma orgullosa por una accion equivocada. Si lady Ophelia hubiera juzgado este paso vergonzoso ó solamente vituperable al punto de vista del verdadero honor, nada del mundo la hubiera podido obligar á darlo. Su duda provenia de otra causa. Temia perjudicar al marqués de Rio-Santo.

Habia ya revelado el secreto del marqués, y se arrepentia de haberlo hecho, por muy segura que pudiese estar de la rectitud de Frank, tenia una lucha en la que ella misma habia preparado las armas contra el hombre que amaba. ¿Debia seguir mas adelante, dar la señal de la carga de algun modo, y comenzar ella misma las hostilidades?

Presentada la cuestion bajo este aspecto, era fácil resolverla. Al oír las primeras palabras de Frank, la condesa se levantó y se negó á todo.

Pero Frank tenia estudiada su leccion. Entregado á si mismo, no hubiera sido mas que elocuente, y su proceso se hubiera perdido, pues el amor, que defendia la causa contraria en el corazon de lady Ophelia, no

puede ser vencido en el terreno de la elocuencia. Stephen habia hablado ; Frank se acordó y fué abogado : el amor derrotado se calló.

El secreto confiado por lady Ophelia, no pertenecia mas que á ella sola ; pero Frank habia comprometido su hñonr de velar tambien por Mary Trevor. Su deber era conservar el silencio mientras que fuese posible ; pero las circunstancias iban adelantando. Lord James, en cuyo corazon el secreto confiado hubiera permanecido sepultado como en una tumba, rehusó toda explicacion. Dos caminos quedaban abiertos , pero no habia el tercero.

El primer espediente consistia en ir á casa del marqués, amenazarlo, y obligarlo á abandonar su intento: dominándole, manifestándole el arma que la indiscrecion de la condesa habia forjado contra él.

El otro era mas sencillo, pues consistia en ver á Mary.

Pero Mary no salia, y Frank no podia presentarse en Trevor-House.

Tal fué en sustancia el pleito de Perceval.

¿La eleccion de lady Ophelia podia ser dichosa entre las dos proposiciones del dilema? Por este último medio ofrecido, Rio-Santo lo ignoraba todo , y el secreto permanecia entre Frank y Mary Trevor.

Aquella se resignó. Frank escribió una carta, la condesa hizo enganchar su coche, y marchó á Trevor-House.

La turbacion escesiva en que la hemos visto en el momento de entregar á Mary la carta de Perceval, era el resultado de las dos causas que acabamos de manifestar al lector. Pero bajo las enemigas miradas de lady Campbell, su vergüenza se sobreponia á su amoroso temor. La condesa tenia el rubor en la frente, temblaba; no ya por Rio-Santo, sino por ella misma.

No temió á la honorable Cicely Kemp, sino por que sus temores no fuesen realizados.

Al salir de Trevor-House, la frente de la condesa estaba bañada de sudor. Se echó aterrorizada en un rincon de su carruage. Un peso horroroso oprimia su pecho. Le parecia que todo Lóndres iba á leer en su semblante al dia siguiente, el crimen de lesodecoro que acababa de cometer.

Pues Lóndres, tan benigno para el vicio aceptado, convenido, normal, no tiene compasion para cualquiera falta no definida.

Puede hacerse todo en él, pero de cierto modo. Es preciso conservarse bien, y no encenagarse sino arreglado á etiqueta.

El carruage se detuvo en el peristilo de Barnwood-House y aun se hallaba la condesa toda conmovida.

—No lo hubiera hecho! murmuró estremeciéndose; oh! no, no me hubiera determinado, Dios mio!..... Pero la pobre niña estaba tan pálida y parecía sufrir tanto!....

La carta de Frank no contenia mas que algunos renglones. Solicitaba, con términos respetuosos, pero firmes y ecsigentes, á miss Trevor una cita, en casa de miss Diana Stewart, prima de Frank Perceval.

Mary la leyó, y permaneció un instante como absorta.

—¿Creeis, Diana, que un hombre pueda amar á dos mugeres? preguntó al cabo de algun tiempo.

—¿No sabeis, Mary, contestó aturdidamente Diana, que el señor marqués de Rio-Santo no ama menos que á cuatro á la vez?

Una lágrima rodó por la mejilla de miss Trevor.

—Seguramente hace lo mismo Frank, murmuró: me ama; y ama á esa muger..... Yo no lo amo ya.

Entregó la carta á miss Stewart.

—Escuchad, Diana, continuó; mañana, cuando vaya á vuestra casa á veros, decidle que soy muy dichosa..... decidle que es un gusto oirme cantar, y verme sonreir.... Decidle que os cuesta trabajo igualarme en alegría, pues estoy loca de contenta.

Se interrumpió fatigada.

Diana que no la comprendia, dirigió una mirada á la carta.

—Que es eso! Mary, exclamó, teneis bastante valor para negaros á lo que solicita ese pobre Frank, herido, sufriendo!.....

—¿Sufre tanto como yo? contestó miss Trevor cuya voz se debilitaba: decidle..... os acordais de todo, ¿no es verdad Diana?... decidse todo..... Pues bien! cuando haya muerto sabrá que he sufrido..... pero hasta entonces que me crea dichosa!.....

Oh! Mary! pobre Mary! murmuró miss Stewart; que maligna influencia pesa sobre vos?..... que mano ha apretado sobre vuestros ojos la cruel venda que os ciega!..... Por compasion por vos, no rechaceis la suplica de Frank; venid mañana á mi casa aun cuando no sea mas que para darle un último adios.

—Si la hubieseis visto Diana, contestó Mary, volviendo á encontrar alguna fuerza en un repentino movimiento de celos: si lo supieseis cuan hermosa es!..... No, oh! no, no iré.....

Mary, asi como todas las naturalezas débiles, era obstinada hasta el extremo, cuando ninguna influencia superior pesaba sobre su voluntad. Miss Stewart no procuró vencerla mas.

Al dia siguiente á la hora fijada, Frank Perceval corrió á la cita. Diana estaba sola en el salon de su madre. Debia hacerle saber á su primo la triste noticia de la negativa de Mary.

Pero Frank no tuvo tiempo de manifestar su pesar. Apenas acabó de hablar Diana, cuando entró miss Trevor sin hacerse anunciar.

Venia vestida de blanco, aun cuando era por la mañana y estaban en el rigor del invierno. Uno de esos graciosos sombreritos de paja de Italia que nuestras ladies llevan en toda estacion, encerraba su cabellera, de la que se escapaban algunos rizos, muebles por la humedad.

Atravesó el salon con su paso flexible y ligero de otra época, y alargó la mano á Diana y despues á Frank.

En seguida se sentó entre los dos, como tenia costumbre de hacerlo en otro tiempo antes del viaje de Perceval.

—Toda la noche he soñado con vosotros dos, dijo, he soñado estando despierta, pues no duermo hace ya mucho tiempo.... He pensado en mi querida Diana que me creeria con mal corazon, y he querido ver á Frank diré, á mi querido Frank, añadió con una sonrisa, para asegurarle que Mary Trevor desea siempre su felicidad.

Pronunció estas palabras con voz sencilla, firme, y sin que la turbase ninguna emocion.

—Ayudadme, Frank, añadió. Mi sombrero es demasiado pesado para mi pobre cabeza; pesa demasiado á mi frente.....

Gracias, Frank, continuó con imperceptible amargura así que la obedeció. Perceval, no habéis olvidado el arte de servir á las damas durante vuestro viaje.

Sus largos cabellos, libres de toda sujecion, cayeron en rizos ligeros sobre sus hombros, y llenaron con sus dorados reflejos de oro, los pálidos contornos de su demagrado semblante. Aun era hermosa; pero su hermosura parecia no pertenecer ya á la tierra. Se hubiera dicho que era una de esas blancas vírgenes que la nebulosa poesia de Ossian nos manifiesta saliendo de la tumba, y entregando su forma impalpable al soplo del viento del norte que se la lleva haciendo flotar á lo lejos sus trenzas rubias y los diáfanos paños de sus velos.

Miró alternativamente á Perceval y á miss Stewart, y ambos, permanecieron mudos de admiracion.

=Pareceis muy triste, querida Diana, dijo; y vos Frank estáis muy mudado..... Yo, no sé si me muero, ó me vuelvo loca.

Estas estrañas palabras fueron pronunciadas, como todo lo demas, con ese tono despejado que se toma para espresar los lugares comunes de una conversacion insignificante. Pero cayeron como un plomo helado sobre el corazon de Frank, é hicieron temblar á Diana.

Mary no observó la dolorosa impresion

que producian, y meneó su linda cabeza con una especie de coqueteria infantil.

—Diana, añadió de pronto, ¿no os acordais ya de vuestro papel?..... Cuando nos encontrabamos los tres asi reunidos, al cabo de algunos minutos, os daban ganas de tocar vuestro piano..... ¿No es verdad, querida Diana?..... Entonces Frank y yo nos quedamos solos.

Miss Stewart permaneció inmóvil, y Mary dió una patada con su pequeño pié, sobre la alfombra.

—Pues bien! Diana! exclamó con impaciencia: mientras que esteis aqui, no me dirá Frank que me ama!.....

Diana se levantó, movida por un impulso automático, y se dirigió lentamente hácia su piano, que abrió.

Mary dió su mano á Perceval, que la contemplaba dolorosamente. Los fugitivos colores que su reciente impaciencia habia atraído á sus mejillas, desaparecieron. Inclino la cabeza sobre su pecho, y no habló mas.

Diana pasó maquinalmente sus dedos por las teclas del piano, de donde salieron un conjunto de notas, sonando á la casualidad.

Este inesperado ruido causó en Mary Trevor el efecto de una conmocion electrica. Se estremeció con violencia, levantó su debilitada cabeza, y retiró su mano de las de Perceval.

==Oh!..... dijo con un prolongado suspiro.

En seguida, mirando á Frank, como si lo hubiese visto entonces por primera vez, se alejó de él y añadió.

==Qué haceis aqui, milord?

==Mary! mi querida Mary! exclamó Frank que preferia aquel rigor repentino al extraño abandono que Mary acababa de manifestarle: Mary, en nombre de Dios, no os negueis á oirme.... no seais tan cruel como vuestro padre..... no me rechaceis antes de haber oido mi justificacion..... Os amo siempre, Mary! y nunca he amado mas que á vos!

Miss Trevor hizo un visible esfuerzo para conservar la capa de frialdad en que se habia envuelto.

—Milord, dijo, vuestras palabras me admiran. ¿Para qué quereis justificaros? Yo no os amo..... Eso es dar demasiada importancia á un pasado que está muy distante de nosotros, y de que nos hal'amos en disposicion de renegar los dos.

—Los dos, Mary!..... Oh! no.... yo no, á lo menos! Ese pasado será siempre mi mas querido recuerdo..... Dios mio! es cierto que no me amais ya!

==Si, milord.

—Y podeis decir eso sin emocion y sin pesares, Mary!

—Puedo, y debo hacerlo, milord, porque soy la desposada del señor marqués de Rio-Santo.





CAPITULO DECIMO SEGUNDO.



Confianzas.

L nombre del marqués de Rio-Santo, pronunciado por la boca amada de Mary Trevor, penetró el corazon de Frank como una puñalada: sus facciones cansadas por la fiebre, y pálidas de resultas de su herida, manifestaron elocuentemente el agudo dolor que oprimia su alma, y permaneció un instante sin fuerzas para responder.

El corazón de Mary se lanzó hacia él en aquel momento. La pobre niña se echaba en cara el sufrimiento de Perceval. Se conocía amada, y libre un instante de la obsesión sofisticada ejercida sobre ella por lady Campbell, conocía que también amaba.

Pero uno de los principales rasgos del carácter de Frank era una altivez sombría que llevaba hasta el extremo la delicadeza de sus susceptibilidades. Así que pasó el primer momento de dolor, se levantó con todo su orgullo, y puso un velo sobre su herida.

El curso de sus ideas cambió. Un momento, impelido por su amor, había estado á punto de olvidar el objeto real de su visita. Había venido para acusar, y lo hemos visto hasta ahora pensar únicamente en defenderse. Si aun hubiera continuado un instante mas, si hubiese dado á Mary la explicación de la presencia de Suzannah en Dudley-House, la pobre niña, enternecida ya, y arrepentida del mal que acababa de hacer, hubiera cambiado muy pronto, de resolución y con que alegría!

Pero no agradó á Perceval continuar en aquel momento la explicación anunciada.

—Señora, dijo con aquella voz grave y firme que obliga á la atención, ignoraba que fueseis la desposada de el marqués de Rio-Santo, pero aun cuando lo hubiera sabido, no por eso hubiera estado menos so-

licito en dar el paso que nos pone en presencia..... Yo no hablo por mí, señora.... Suceda lo que quiera, mi boca no dejará pasar ni quejas ni súplicas..... Procuraré olvidar como vos esos queridos recuerdos de amor que eran mi mas precioso tesoro.... Ya no median entre nosotros ningunos juramentos, pues los que me habeis hecho os los devuelvo, señora.

Mary escuchaba, conservando la actitud activa que habia tomado al principio de la conversacion; pero vencida ya en lo íntimo de su corazon, y conteniendo con dificultad sus lágrimas, que estaban prontas á correr.

Miss Stewart, continuaba sentada á su piano, dejando correr á la ventura sus dedos sobre el teclado, y tocaba, sin saberlo el estrivillo natural de una cancion de Gales.

—No obstante, no espero ya, añadió Perceval, cuya voz sedulcificò, amo aun, y no he hecho nada, señora, que pueda hacerme perder el derecho de velar por vos, y de apartar, con [todos mis esfuerzos, la horrorosa desgracia que han suspendido sobre vuestra cabeza....

—No vos comprendo, milord, balbució Mary.

—Voy á esplicarme, señora..... Oh! no temais encontrar en mis palabras amargura ó reprensiones. El movimiento de cólera que vuestro helado recibimiento escitó en mí,

está ya bastante distante de mi corazón.....
Habeis sufrido, Mary..... sufrido horrorosamente! y aun sufris..... Vos á quien yo habia dejado tan llena de juventud y de vida..... Ay! pobre Mary, os perdono....

—Mucho he sufrido, es verdad, milord..... y debo pareceros muy mudada, dijo miss Trevor; desde que ya no os amo, mis dias están sin alegría, y mis noches se pasan en el llanto..... ¿Por qué?..... No lo sé.... Amo al marqués de Rio-Santo que me ama..... ¿Deberé ser desgraciada?

—Pobre Mary! repitió Frank que la contemplaba con las manos juntas y con indecible compasion, ¿jamais decis?..... No..... Si amaseis, no me lo diriais..... tendriais escrupulo de destrozarme asi el corazón.....

—Oh! no, milord, interrumpió Mary humedeciéndosele los ojos, es mas hermosa que yo..... Las lágrimas no la han palidecido.. Oh! no, no tengo escrupulo de deciros que no os amo ya.....

—¿La habeis visto, tambien vos, señora? preguntó Perceval.

—La he visto, milord..... ¿Sé acaso por qué creí morir al verla?..... Ay! Frank, mi cabeza está débil como mi corazón..... Quizá he creído que aun os amaba.... Si, la he visto..... subia los escalones de Dudley-House.... Mi padre la siguió..... y yo he llegado á ser la desposada del marqués de Rio-Santo.

—Se puso la mano en la frente y cerró los ojos.

—Pero ha sido á la fuerza ó por sorpresa como le perteneceis! exclamó Frank.

—¿Quièn os ha dicho eso, milord? preguntó Mary levantando la cabeza: ¿cualquiera muger no debe estar envanecida del amor del marqués de Rio-Santo?

Frank apartó los ojos sin responder.

—Soy una loca, añadió miss Trevor; me he desconsolado atronadamente, mientras que hubiera debido regocijarme.... ¿No debía ser dichosa al verme olvidada, cuando yo misma no amaba ya?

—Señora, dijo Perceval, que sacudió por segunda vez la apatia que le causaba la vuelta de su amorosa preocupacion, no me es dado comprender lo que pasa en lo íntimo de vuestro corazon..... Pero por lo que respecta á mi, no he cesado nunca de amaros, y podria justificarme con una sola palabra.....

—Justificaos, murmuró muy bajo miss Trevor.

Frank, le tomó la mano y la besó.

—Los que han alucinado de ese modo vuestro leal y buen corazon, Mary, son muy crueles, dijo: Oh! si, siempre os he amado.. y os amaré continuamente!

—¿Y esa muger, milord?

—No la conozco, Mary..... Esa muger

ha representado á mi cabecera una infame y p rfida comedia..... esa muger estaba apostada.....

— Por qu n , Frank?..... Dios mio!  por qué no puedo impedir el creerlo?.....  por qu n?

—Por el mismo, seguramente, que ha intentado emponzo ar mi herida.....

—Oh! Frank!..... murmuró la pobre niña con horror.

—Por el solo hombre en el mundo que tenia interés en mi muerte   en mi desgracia.

—Oh! Dios mio! Dios mio! solloz  Mary, han querido mataros , Frank , mi noble Frank!..... Y yo que os rechazaba!.....

Se interrumpió, y su mirada qued  fija y muerta.

==Y yo que soy ahora su desposada! añadió. Basta ya; milord, no os creo.

—Pobre niña! murmuró Frank cuya emoción crec :  qu n ha podido reducirla   ese extremo?....

Escuchadme, señora, añadió de pronto. No he venido aqui ni para echaros en cara vuestra conducta, ni para justificar la mia..... He venido para deteneros   orilla de un precipicio..... Lo que voy   hacer por vos, lo haría por cualquiera otra, pues , al hacerlo, cumplo mi deber de caballero..... Escuchadme.

Mary lo miró temerosamente, subyugada por la solemnidad de sus palabras.

—Hay en Londres una noble muger que se ha compadecido de vos y de mi, señora, continuó Perceval. Me ha dicho su secreto, á fin de que os salve. ¿Quereis jurarme de que no revelareis á nadie este secreto, Mary?

—¿Y en qué me concierne, milord?

—Concierne el pasado del hombre que quieren daros por esposo.

—Milord, no puedo escuchar nada contra el marqués de Rio-Santo.

—Sin embargo, me oireis Mary, exclamó Frank, me oireis, si yo os suplico.....

Y pasó su brazo al rededor del talle de miss Trevor, cuya frente se despejó.

—Me oireis, añadió Frank con seductor acento, pues aun me amais, Mary, apesar de ellos, y á vuestro pesar.

—Es cierto! dijo muy alto la pobre jòven. Frank os amaba otras veces menos que ahora!..... Pero soy su desposada!.....

Y echó sus dos brazos al rededor del cuello de Perceval con el abandono gracioso de una niña, y se puso á mirarlo con dulce sonrisa.

—Es necesario que no os regocijeis como tampoco el que os entristezcais, mi bien amado Frank, añadió; mirad.... ya no tengo fuerza... Dios que es bueno me envia la muerte en su misericordia

—No, no morireis, Mary! exclamò Frank cuya despedazadora angustia vino á oprimir su corazon; la felicidad os volverá la vida Y yo sabre impedir muy bien que se realice ese horroroso casamiento..... Jurad Mary, jurad que guardareis el secreto de lady Ophelia.

=Tambien ella que es buena sufrel dijo Mary: lo juro.

Frank la estrechó contra su pecho.

—Mary, añadió en voz baja, ¿sabeis que la condesa ha debido casarse con el marqués de Rio-Santo?

=Se que le ama, contestó Mary.

—Quizá os acordais de un estrangero que vino á Lóndres al mismo tiempo que el marqués, y que por consiguiente no he podido conocer. Se llamaba el caballero de Weber.

—Me acuerdo de eso, Frank..... á los tres meses partió para la India.

—No, Mary..... el caballero fué aun mas lejos, y no volverá de su viaje..... el caballero fué asesinado.

Frank sintió que la débil niña se estremecía en sus brazos.

=Era jóven, añadió, rico y elegante caballero. En uno de los bailes d' Almack, en la última primavera se enamorò perdidamente de la condesa Ophelia, que comprometida ya en sus relaciones con el marqués debió rechazar desde el principio los obse-

quios de aquel nuevo pretendiente. Weber no se desanimó. Escribió á la condesa una carta apasionada en la que le suplicaba que no uniese su suerte á la de Rio-Santo. En aquella carta, hablaba, con palabras obscuras, de terribles peligros, y se ofrecia á revelar de viva voz respecto al marqués, hechos tan graves, que la condesa no podria sin hacer una locura, verificar aquel casamiento.

»Si no recibo respuesta, milady, decia al concluir la iré mañana, á las once de la mañana á vuestra casa.»

La condesa despreció aquella carta, y no se dignó contestarla al momento. Sin embargo, asi que llegó la noche, se acordó de la última frase y resolvió responderle, á fin de evitar la visita anunciada del caballero de Weber.

Para contestarla, era necesario las señas del caballero, y la condesa buscó la carta que habia dejado abierta sobre el tapete de un velador. La carta habia desaparecido, el marqués de Rio-Santo fué el único que penetró en su tocador aquel dia.....

El corazon de Mary latia con movimientos irregulares contra el pecho de Frank. Este tuvo un vago terror y soltó su talle para alejarse y considerarla mejor. Mary estaba muy pálida, esto era todo: parecia que no sufria mas que lo de costumbre.

Diana Stewart tocaba un wals brillante, cuya discreta armonia se elevaba como una barrera entre su oido y la confianza de Perceval.

Este continuó.

—La condesa pasó una noche inquieta y agitada.

Al dia siguiente á las diez, el marqués de Rio-Santo estaba en su casa.

Lady Ophelia no me ha contado el pormenor de esta entrevista, señora. Todo lo que sé es que el marqués de Rio-Santo llevaba dos espadas bajo su carrik, y que la condesa, vencida por sus imperiosas suplicas lo dejó en el salon, despues de haber dado orden de introducir en él á M. de Weber cuando se presentase.

Señora, nadie puede saber precisamente lo que pasó entre el marqués y el caballero, pues su conversacion no tuvo testigos. La condesa que habia caido medio muerta en un sofá de la habitacion contigua, oyó solamente que hablaban en voz baja.

El marqués mandaba; y el caballero parecia defenderse y rogar.

En seguida hubo un gran silencio, y despues la condesa oyó el ruido de dos espadas que se cruzaban.

Al cabo de medio minuto uno de los dos combatientes cayó pesadamente sobre la alfombra. La condesa entró corriendo pues temia por Rio-Santo.

Pero cuándo abrió la puerta vió á este de pié inmóvil delante del caballero tendido sin vida en el suelo.

—¿Lo habeis matado, milord? exclamó.

—Señora, contestò únicamente Rio-Santo, queria interponerse entre los dos.....

—¿Me escuchais, Mary?

Frank hizo esta repentina pregunta, por que hacia algunos segundos que toda la persona de miss Trevor habia tomado un aspecto extraño. Se mantenía derecha en su silla; su seno agitado poco antes no latia ya: sus grandes ojos abiertos no tenían vista. Así, vestida de blanco, inmóvil, y no teniendo en sus manos ni en su semblante descolorido ninguna de esas tintas vivas que manifiestan el movimiento de la sangre en las venas, se asemejaba á una encantadora estátua de mármol.

No contestó á la pregunta de Frank.

Horrorizado este, quiso coger su mano, y la encontró helada. Cuando la soltó, en lugar de caer bruscamente; volvió lenta, graduada, é insensiblemente, á su primera posición.

—Mary! Mary! exclamó Frank; ¿qué teneis?..... contestadme.

El mismo silencio; la misma inmovilidad.

—Oh! Diana! dijo Perceval, venid, os lo suplico!..... Mary está muerta!

Miss Stewart no dió mas que un brinco

de su piano á donde estaba su amiga; y quedó sin voz al aspecto de Mary.

—Muerta! murmuró al fin; es imposible..... Mirad! su espalda ni aun se apoya contra el sillón..... Mary!..... En nombre de Dios, Frank, que le habeis hecho!

—Le he dicho lo que es Rio-Santo, su desposado, contestó Perceva!..... Oh! Diana! no son mis palabras las que la han destrozado.... el golpe es mas antiguo..... Pobre y dulce martir.! Que cruelmente han atormentado su corazón! Dios nos la volverá, lo espero..... Pero á quien acusar de este lento suplicio! Qué verdugo tan desapiadado?.....

—Escuchad, le interrumpió Diana; oigo ruido.... Es necesario que no entren.....

Corrió para impedir la entrada, pero ya era demasiado tarde: no llegó sino para encontrarse frente á frente con lady Campbell.

—Mary y Frank! exclamó esta que se puso pálida de cólera. Que es esto! miss Stewart, añadió dando á su voz una inflexion de amargo desden, la casa de vuestra madre se ha hecho para semejantes citas!

—Señora, contestó Diana ruborizándose, habeis elegido un momento malo....

Y señaló con un ademán á miss Trevor que continuaba inmóvil, tiesa, y como petrificada.

—Siempre es oportuno el momento para indignarse contra una accion ruin é inexcusable, señorita, contestó con sequedad lady Campbell que no adivinaba el estado de Mary.

—Ah! señora! señora! exclamó miss Stewart incapáz de contener mas tiempo la petulancia de su rencor. Frank Perceval preguntaba ahora mismo quien era el verdugo, el desapiadado verdugo capáz de haber atormentado asi hasta la muerte á esa angelical y querida niña.....

—Entonces es ella! murmuró Frank, que midió á lady Campbell con una mirada de odio.

Esta se revistió de un aire de altiva dignidad, y pasó con la cabeza erguida, delante de Diana y de Frank para adelantarse donde estaba Mary.

—Venid, hija mia, dijo; salgamos de esta casa donde no hubierais debido venir,.....

Y como no le contestase Mary, quiso tomarle la mano; pero, al contacto de sus dedos de mármol, dió un grito, y cayó anodada en un sillón.

Frank se acercó á ella con paso lento.

—Os la habia dejado, jóven, bella, dichosa, dijo con una voz en la que habia indignacion y lágrimas: dichosa, lo ois!.....

Y ahora, vedla que se muere!..... ah! los
hombres no os juzgarán, señora..... Dios
os perdone!.....





CAPITULO DECIMO TERCERO.



La catalepsia.

 ADY Campbell era una de esas mugeres cuyo retrato es necesario retocar á cada página de la narracion. Su carácter tenia mucho mas de bueno que de malo, y el daño que hacia no era voluntario. Sus semejantes llenan nuestros salones, donde son con justo título amadas, y muchas veces admiradas. Solamente es necesario no darles

á guardar las jóvenes, porque; ya lo hemos dicho, el exceso de su buen deseo las impele á usurpar el papel de sus educandas. Eligen por ellas, aman por ellas, y quizá, ¿quién sabe? se casarian con mucho gusto por ellas.

Tan cierto es que la adhesion en las mugeres puede alcanzar las proporciones mas heroicas.

Lady Campbell, seguramente, no merecia las severas palabras que fueron la despedida de Perceval. Y sin embargo, Perceval estaba en su derecho para decirselas. Esto puede parecer contradictorio, pero es la verdad esacta. La muger espiritual habia matado á su sobrina con buena intencion, sin otro objeto que hacerla la mas dichosa de todas las misses del Westt-End. Tenia el corazon limpio, la conciencia tranquila, y se votaba *in petto* una corona.

¿Qué habia hecho sino el bien? Y con cuanto trabajo, Dios mio! Cuantos cuidados para traer á buen fin este casamiento!.....

Asi es, que las últimas palabras de Frank no causaron en ella el efecto que hubieran podido esperar. No las comprendió.

Ademas, estaba entregada á una inquietud tan verdadera, á un dolor tan real en aquel momento, que no debia sorprender su falta de inteligencia. Lady Campbell amaba verdaderamente á Mary mas que á nada del

mundo, y por consiguiente, su infatuacion por Rio-Santo no era mas que un resultado de su ternura por Mary. En su imaginacion hacia mucho tiempo que los veia casados.

Asi que salió Frank, cogió la mano de miss Stewart.

—Mi querida hija, dijo, sé que sois buena y perdonareis la vivacidad que he manifestado ahora poco..... Os amo por que amais á mi pobre Mary, y no he podido querer ofenderos..... Pero, por favor os lo pido, no me ocultéis nada! ¿Qué es lo que ha habido entre ellos?

—Lo ignoro, señora, contestó Diana, y, aun cuando lo supiera, suplicaria á vuestra señoría que dejase sus preguntas para otro momento..... Lo mas importante, á mi parecer, es, dar los socorros necesarios á la pobre Mary.

—Es verdad, hija mia.... es muy cierto, señorita, murmuró lady Campbell, voy á mandar que lleven á mi sobrina á Trevor-House.

—Mucho temo no lo podais conseguir señora..... En cualquier caso, será necesario la opinion de un médico..... ¿Mandaré á buscar el de mi madre?

—No, hermosa mia, no..... Una vez que sois tan buena..... mandad buscar á M. Moore, n.º 10 Wimpole-Strett..... el marqués de Rio-Santo es el que nos lo ha recomendado.

Un criado, partió al momento para Wimpole-Street á fin de buscar al doctor Moore que vivia en la casa contigua á la que habitaba Suzannah, bajo el nombre de la princesa de Longueville.

Esperando la llegada del doctor, lady Campbell y miss Stewart se apresuraron, sin fruto, á dar socorros á Mary que continuaba petrificada. Este extraño mal las llenaba de sorpresa y terror. Creian que miss Trevor vivia, pero no podian tener ninguna seguridad, pues no se le advertia ni respiracion, ni pulso, ni calor.

Lady Campbell se desconsolaba, culpaba á Dios, á la casualidad, á Frank, á todo lo que ecsistia, esceptuándose á ella.

Diana, arrodillada delante de Mary, tenia cogida una de sus manos, y lloraba silenciosamente.

En fin, llegó el doctor Moore. Este práctico, á quien ningun miembro del real colegio podrá desconocer, apesar del nombre fingido que le damos en esta narracion, tenia una seguridad en su golpe de vista que casi habia pasado á ser un proverbio entre sus compañeros. Su celebridad, como *físico* era grande, y sus obras, poco numerosas, pero eminentes, son estimadas en su justo valor por toda la Europa ilustrada. Los adéptos de las ciencias de curar, hojeaban con respeto las doctas páginas que aquel ilustre

médico (la palabra no es demasiado fuerte y se une bien muchas veces al verdadero nombre del doctor Moore en las catedras de medicinas de Lóndres, de Paris, y de Viena). Los jóvenes discípulos, decimos, no se cuidaban mucho que esos luminosos trabajos fuesen el fruto de algunos raros instantes robados á una vida de vergüenza y rapiña. ¿Para que instruirlos de esto? Si Dios permitiese que un mal árbol produjera por casualidad frutos sabrosos y escogidos, se debería apartar de ellos la mano del caminante que quisiera cogerlos? Seguramente seria cometer un acto de estúpida prevencion, y en este mundo donde el bien y el mal se mezclan en todo lugar y tiempo, es necesario guardarse de imputar á crimen el parentesco fortuito que tiene el bien con el mal.

Podríamos decir respecto á esto cosas incontestables y nuevas, tanto cuanto una cosa puede ser nueva bajo nuestro envejecido sol. Pero ciertas personas han tomado por enseña esta palabra admirable, ELEGIR, y su enseña no nos agrada. Por consiguiente nos callamos, temiendo tanto como á la peste, que nos tomen por un eclectico.

De una sola mirada reconoció el doctor Moore el estado de miss Trevor. Su impasible fisonomia no manifestó ni sorpresa ni inquietud; pero para un observador la repentina celeridad de su paso, tan mesurado re-

gularmente, hubiera sido una prueba de la gravedad de las circunstancias.

—Señor! oh! señor! exclamó lady Campbell, decidnos prontamente lo que debemos temer, y lo que podemos esperar.

El doctor le recomendó el silencio con un ademán.

Diana, que se habia puesto á un lado, devoraba con la vista la muda fisonomia de Moore, y procuraba adivinar su pensamiento; pero, en aquellas facciones de bronce, no se veia nada escrito.

El doctor arrastró un sillón, y se sentó precisamente frente de Mary.

Así que hizo esto se recostó en él, y la consideró con atención durante un minuto.

—Milady, os suplico que hagais preparar al momento, unos sinapismos, dijo sin cesar de mirar á la enferma, que traigan antes de eso una palangana y agua.

Un no se qué se manifestó entonces en la fisonomia del doctor que resplandeció de inteligencia profunda y de curiosidad.

Se levantó y puso su mejilla delante de la boca de Mary. Lo que no habia podido percibir Diana y lady Campbell, lo descubrió M. Moore. Mary respiraba: un soplo imperceptible y frío vino á herir ligeramente la mejilla del doctor. Puso su mano sin guante sobre el pecho de la pobre jóven: el corazón latía, pero tan poco, que eran neces-

rios aquellos dedos ejercitados para poder apreciar sus débiles pulsaciones.

—Esto es! esto es! murmuró con una especie de satisfaccion.

Lady Campbell y Diana se abrazaron, pues aquellas palabras le causaron una verdadera alegria.

El doctor se frotó las manos, y volvió á sentarse.

Trajeron la palangana llena de agua.

El doctor sacó su bolsa y tomó una lanceta.

—Veamos, dijo.

El brazo tieso de la pobre Mary fué presentado, y su vena abierta dejó caer gota á gota algunas lágrimas de sangre.

—Muy bien! dijo el doctor.

Apenas soltó el brazo de miss Trevor, cuando este describiendo una curva insensible, recobró su primera posicion.

—«Afeccion rara, misteriosa, terrible, murmuró Moore como si hubiese hecho alguna cita, que parece lleva en la vida todos los caractéres de la muerte, y en la muerte las principales condiciones de la vida»..... Esto mismo es!..... Eter, miladies, eter y opio.

Hizo tragar á Mary una pequeña dosis de eter y opio, y continuó:

—Remedio bueno para las viejas..... si esto obra buen efecto, será necesario romper

los diplomas.. pero la niña resiste... bravo!... estaba seguro que sucederia asi!

—Va á salvarla, señora, dijo miss Stewart uniendo sus manos.

—Oh! hermosa mia, contestó lady Campbell, el marqués de Rio-Santo es quien nos lo ha recomendado.

En aquel momento entró una doncella con los sinapismos. Moore los aplicó, abrasando, en los delicados y lindos pies de miss Trevor. En seguida volvió á sentarse, comenzó de nuevo, con su lente puesto en los ojos, su observacion.

—Mandad preparar una cama, señoras, dijo al cabo de algunos minutos: una cama dura, sin plumas, inclinada..... oh! mucho tiempo hace que tenia deseos de dar con un caso semejante á este!

Diana y lady Campbell se miraron admiradas.

—Todos los médicos son asi, mi querida niña, se aventuró á decir timidamente lady Campbell.

—Acercaos! exclamó Moore en aquel momento: acercaos á ver!.. esto es muy curioso, á fé mia, mas que cualquiera otra cosa del mundo!..... He aqui unos sinapismos que hubieran taladrado la piel de un toro, y acercó á sus narices el lienzo lleno de mostaza; excelente harina, y agua hirviendo; mis dedos aun conservan la señal..... pues bien! mirad!

—Sus pies están blancos como el alabastro, mi querido señor, dijo lady Campbell; es esa buena señal?

—Así lo creo, milady!..... Temí al principio que fuese un histérico ordinario, pero es una catalepsia en toda regla. Una catalepsia! añadió con entusiasmo dogmático, afección rara, misteriosa, señora, terrible! que parece lleva en la vida todos los caracteres de la muerte, y en la muerte las principales condiciones de la vida.....« Ah! es la primera que veo en veinte y cinco años que ejerzo!.....

—Este hombre está loco, milady! exclamó miss Stewart horrorizada.

Moore se estremeció y bajó los ojos.

—Señora, dijo á Diana con tono de severa reprension: los que se dedican á la ciencia para consagrarle todos los instantes de su existencia, están sugetos á no conocer las leyes transitorias y convenidas que rigen la vida del mundo..... Algunas veces se entregan á su pensamiento en voz alta, y como estos son superiores á la inteligencia del vulgo, oyen con mucha frecuencia murmurar á su alrededor. Este hombre está loco! pero no se conmueven por eso, señora, porque saben despreciar el ultrage, y perdonar á la ignorancia.

Diana, la pobre jóven, balbució algunas palabras de escusa, mientras que lady Campbell decia:

—Ah! hermosa mia! como habeis podido disgustar al señor doctor!

En todos los paises, las grandes palabras son un arma soberana contra los niños, las mugeres, y los nueve décimos de los hombres ya formados. La ciencia de disfrazarse es la mas útil de todas. Sirve igualmente al vicario de un mezquino beneficio, al pedante profesor de una universidad, á los *conn-moners*, á los lores, á los ministros.

Sobre todo á los ministros.

La cámara de los comunes no haria mas caso que de un zote de un ministro que no supiese disfrazar sus pensamientos.

Los franceses tienen una palabra que, entre otras acepciones, se emplea para manifestar de un modo cortés la perfeccion de ese estimable arte. Usan de la voz *doctrina* por no decir charlatan.

Formamos votos para que esta pulida locucion encuentre una buena acogida en nuestro vocabulario.

Sin embargo, Mary Trevor continuaba inmóvil y petrificada. Ni la sangria, ni el opio, ni el eter, ni los sinapismos, habian producido el menor efecto en su entorpecimiento.

Habia un no se qué singularmente horroroso en el aspecto de aquella viviente estatua. Regularmente la idea de la muerte es inseparable de la idea del abatimiento. Se puede representar á una persona muerta, a-

costada, ó cuando menos apoyada. Un muerto de pié, es un espectro, es horroroso, y sobrenatural.

Mary no estaba de pié, pero su talle erguido conservaba una posicion que hubiera sido cansada para una muger robusta y llena de salud. Uno de sus brazos pendia á lo largo de su cuerpo; el otro, levantado algunas pulgadas de su asiento, habia quedado estendido, aun cuando el sillón de Perceval, donde anteriormente se apoyaba, lo hubiessen retirado. Su cabeza estaba levantada, pero no hasta el extremo de tener tirante de una manera visible los músculos de su cuello. Miraba fijamente ante si, si puede llamarse mirar, tener los ojos muy abiertos, las pupilas desmesuradamente dilatadas, pero en apariencias desprovistas de la facultad de percibir los objetos.

La catalepsia es un mal casi desconocido en el continente. Ciertos autores de las facultades de Francia y Alemania han llegado hasta á poner en duda su ecsistencia. Entre nosotros sin ser muy comun, se presenta desgraciadamente con mucha frecuencia para que nadie pueda desconocer sus estraños y misteriosos efectos. Esta afeccion, tan estraña como terrible, contra la que nuestro sabio colegio aun no ha podido encontrar un remedio, ha tenido tambien su época. Era la enfermedad de moda. Nuestros leones

estaban catalepticos los dias que nō tenian nada que hacer, por ejemplo los domin-
gos; acometia á una jōven lady la catalep-
sia inmediatamente por la muerte de un ca-
nario. Por todas partes se oye esta pa-
labra, y lord John Tantivy, el sportman, mu-
rió persuadido que Peppercon, su caballo a-
lazán, habia muerto en estado de cata-
lepsia.

Peppercon era hijo de Royal Cocoa y
de Viscountess, la famosa yegua de lord
Sandewich, cuyo lord inventò las rebanadas
con manteca conocidas con el nombre de san-
dwiches en las cinco partes del mundo.

No hay en Lōndres un médico que no
haya tenido ocasion de ver en su vida al-
gun pretendido cataleptico. Pero las verda-
deras catalepsias no se encuentran diariamen-
te, y son *buscadas* con empeño por los apa-
sionados. Una cosa es este mal funesto cuyos
síntomas horrorizan, cuya marcha lenta, se-
gura, obstinada, conduce casi seguramente á
la muerte; y otra cosa los síncope voluntarios
ó causales de algun ocioso que quiere
decorarse con una enfermedad escentrica.

No hay quien desee una verdadera ca-
talepsia.

El lector debe comprender hasta cierto
punto la alegría del doctor Moore en pre-
sencia de ese caso precioso. Era una joya
que iba á tallar, un manjar nuevo que iba

á probar. Su primera amputacion no le habia regocijado tanto.

Acordaos, señores, de vuestra primera cita de amor, acordaos, miladies de vuestra primera cachemira, y solamente tendreis una débil idea de los infinitos deleites de una primera amputacion....

Dos criadas levantaron á Mary en sus brazos, y la pusieron en la cama preparada segun las órdenes del doctor Moore. Este la acostó por si mismo, y despues de grandes esfuerzos consiguió doblar sus miembros tiesos.

=Es una cosa muy sencilla, murmuró. Hacia mucho tiempo que la jóven se hallaba en un estado contra natural.... y conozco muchas mugeres mas fuertes que no hubieran podido resistir tantos dias. Su sistema nervioso estaba irritado hasta el estremo.... Sin cesar pasaba por las aniquiladoras alternativas de excitacion y de atonia..... En una palabra, la sujetaban aunque por otros medios á un procedimiento análogo al que observo con esa hermosa niña que me ha vendido Bishop en cien guineas y en la que hago experiencias en Wimpole Street..... Hoy habrá sentido un choque violento... .. Su sangre se ha coagulado en sus venas..... y el cérebro ha sido acometido de parálisis..... Esto mismo es, pero no es todo. Es necesario buscar, escrutar, descubrir....

Procuró cerrar los párpados de miss Trevor. Cedieron sin mucha resistencia á la presion de sus dedos , pero volvieron á levantarse lentamente.

—Señora, añadió muy alto, necesito saber de que naturaleza es el suceso que ha precedido y que ha producido sin duda el desmayo de miss Trevor.

—Doctor , ¿no es mas que un desmayo?

—La muerte es un desmayo prolongado hasta lo infinito , señora..... Permitidme que os diga de nuevo que necesito saber....

—Lo ignoro , señor , absolutamente lo ignoro..... Y á menos que miss Stewart no pueda decirlo.

—Todo lo que sé , contestó Diana , es que ha hablado mucho tiempo con Frank Perceval.

—Aaah!..... dijo el doctor prolongando este elástico monosilabo.

—Desde esta mañana, cuando vino, parecia estraviada y entregada á estrañas ideas..

—Perfectamente, señora..... Y..... ¿no tenia algun motivo su venida?

Diana se ruborizó y se calló.

—Señora, prosiguió Moore con autoridad, miss Trevor está muy mala..... es necesario responderme.

—Recibió una carta de Frank, dijo muy bajo miss Diana.

—Era un complot!..... exclamó lady Campbell.

—Ah!..... dijo de nuevo el doctor; el honorable Frank Perceval se ha curado muy pronto!..... Me hallé por una casualidad en esa cura, señoras..... ¿Con que no podemos saber lo que ha pasado entre miss Trevor y él?

—No, señor, contestó Diana.

Moore lanzó hácia ella su observadora mirada.

—Señoras, os doy gracias, dijo volviéndose hácia Mary.

Diana lo consideraba con terror y desconfianza. Por lo que respecta á lady Campbell, su mirada habia sido atraída por una especie de fascinacion hácia el ojo vidrioso y fijo de Mary. No podia separarla de aquellas pupilas dilatadas sobre las que no batian ya las largas pestañas de sus párpados abiertos, y algunas le parecia que esas pupilas rodaban con lentitud á derecha é izquierda, como los ojos de esmalte de esos moros que hace mover un balancin.

Estaba oprimida, y tenia sobre su conciencia una cosa como un pesar ó un remordimiento.

El doctor se levantó al cabo de algunos minutos, y saludó en silencio para despedirse.

—Oh! no nos dejéis así, caballero, es-

clamó lady Campbell, al menos decidnos que hay esperanza!

=Miss Trevor no está muerta, señora, contestó con frialdad el doctor.

Se puso sus guantes con gran cuidado y añadió.

—Voy á enviaros á Rowley, mi practicante, que pondrá una ventosa entre las espaldillas de la enferma..... Esta noche volveré!

—Dios mio! Dios mio! murmuró lady Campbell con desfallecimiento cuando salió el doctor: que horrorosa desgracia!..... tan cercana á ser dichosa!..... No veis, mi querida niña, que mirada tan aterradora tienen los ojos de Mary!..... Oh! moriría si estuviese mas tiempo á su lado!

=Señora, respondió miss Stewart: si quereis yo sola velaré.....

En el interin el doctor Moore habia entrado en su coche y volvia á galope á Wimpole-Street.

=Decid á Rowley que baje á mi gabinete, dijo al lacayo que abrió la puerta de la casa.

El practicante farmaceútico-asesino, se presentó casi al mismo tiempo.

—Que hay! Rowley, preguntó el doctor: ¿y nuestro hermoso pájaro?

—Continúa en la jaula, señor, contestó el perillan riéndose con una especie de buen

humor; y mal haya si la jòven no daria una de sus piernas por correr á pié cojito con toda libertad.....

==¿Permanece á dieta?

—Tiene un buen pedazo de pan de media onza cada dos dias.

==¿Y la habitacion está bien oscura?...

==Como un horno..... Me hubiera muerto eu ella veinte veces, señor.

Moore se encogió de hombros.

—Ah!.... añadió Rowley, cuan mudada está! que débil!..... pero sin embargo resiste todavia..... esto me ha llamado la atencion..... Esta mañana la dejé dormir, en vez de despertarla á los diez minutos, segun la consigna que tengo..... cuando la vi bien dormida, entré para verla..... curiosidad solamente señor.... á fé mia que se puede asegurar que se ha manejado bien este asunto! no tiene mas que los huesos y el pellejo..... y que opresion, señor! que estremecimientos..... vaya! vaya! que se ha conseguido el objeto á las mil maravillas!

Rowley sacó su relox.

—Por vida de sanes! exclamó con impaciencia, que esta vez he dejado dormir á esa picarueta trece minutos!..... que de tiempo!..... voy á llamarla para su martirio con la vocina.

El ayudante envenenador salió á toda priesa.

Un momento despues se oyó rugir en el piso superior una voz atronadora, y un débil grito de muger respondió á este estruendo.

FIN DEL SESTO TOMO.

